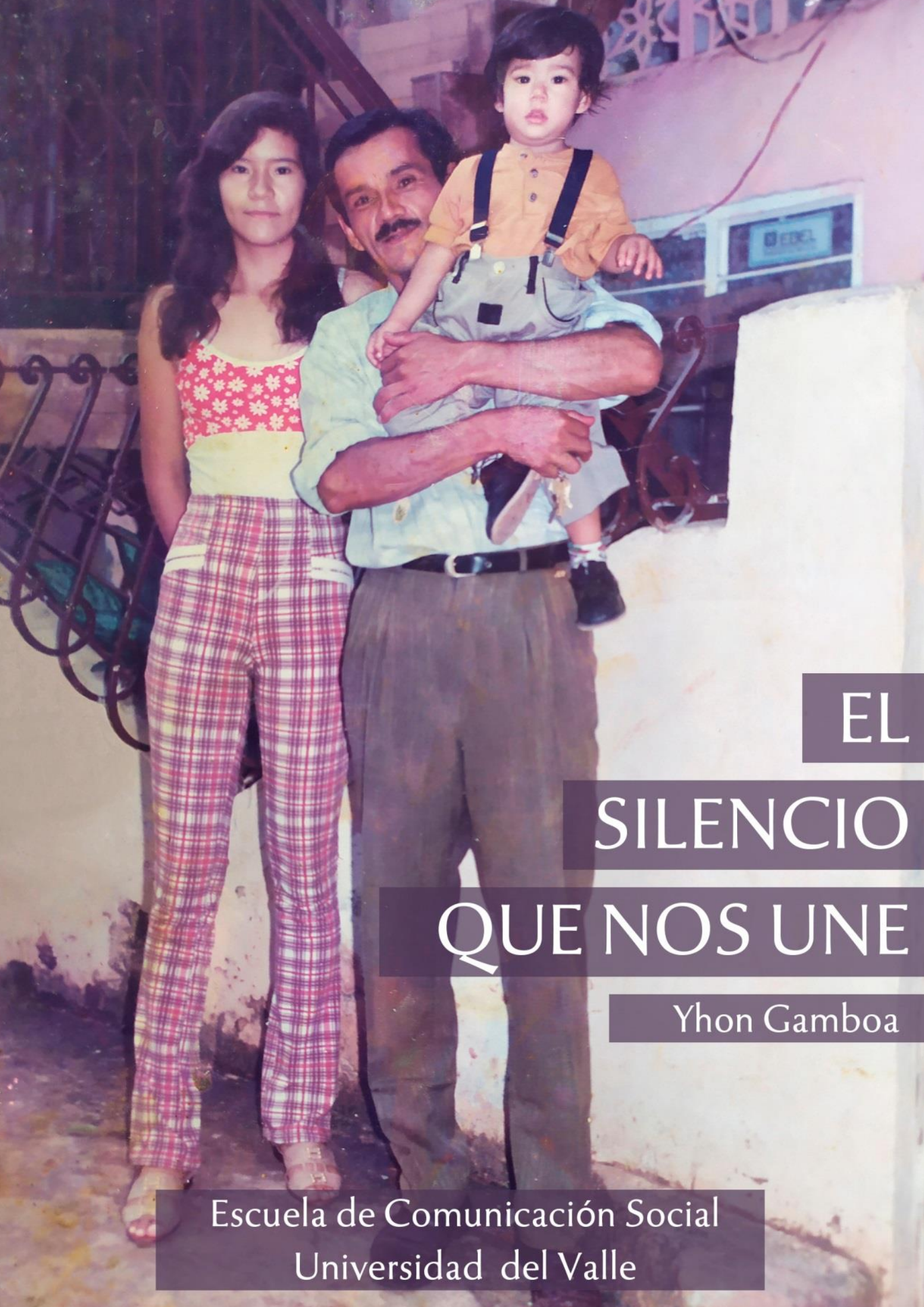




EL
SILENCIO
QUE NOS UNE

Yhon Gamboa

Escuela de Comunicación Social
Universidad del Valle

EL SILENCIO QUE NOS UNE

EL SILENCIO QUE NOS UNE

Los últimos días de mi padre

Por:

Yhon Eduar Gamboa Mayor

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE
COMUNICADOR SOCIAL – PERIODISTA

Director: Kevin A. García

Universidad del Valle

Facultad de Artes Integradas

Escuela de Comunicación Social y Periodismo

Cali, Colombia

2021

Resumen:

Este trabajo de grado se enmarca en la tradición del periodismo narrativo originado en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo pasado. Tomando aportes de autores insignias de esta corriente narrativa, busca poner en escena la relación distante entre el autor y su padre, y exponer los detalles de las últimas semanas de vida de este, junto con todos los intentos que se dieron en procura de salvarle la vida. Lo que viene a continuación se puede entender como un ejemplo contemporáneo de escritura de no ficción en un formato de largo aliento, cuyo tema central es la relación padre-hijo. Se incluye, además, un texto introductorio que hace las veces de sustento teórico de la historia.

Palabras clave:

Periodismo narrativo, soledad, distancia, enfermedad, reencuentro.

Tabla de contenido

<i>Bitácora: la estructura de una casa imaginaria.....</i>	<i>7</i>
<i>Los primeros indicios</i>	<i>27</i>
<i>Entre la negación y el reencuentro</i>	<i>58</i>
<i>Idas y venidas.....</i>	<i>87</i>
<i>El silencio que nos une</i>	<i>133</i>
<i>El descubrimiento de la nostalgia</i>	<i>162</i>

“Le pedí cuentas a mi padre. Pensaba todo el rato
en la vida de mi padre. Intentaba encontrar en su vida
una explicación de la mía.”

Manuel Vilas

Ordesa

“La naturaleza de su vida había preparado al mundo
para su muerte —una especie de muerte prevista—,
y cuando lo recordaran, si es que alguien lo hacía, sería
de una forma imprecisa, sólo imprecisa.”

Paul Auster

La invención de la soledad

Bitácora: la estructura de una casa imaginaria

El silencio que nos une, trabajo que presento a continuación, empezó en los primeros meses del 2019, poco después de la muerte de mi papá. Ya para cuando él estaba en el hospital, la última vez que lo vería con vida, me había planteado la necesidad de escribir algo sobre la poca dignidad con que son tratados los pacientes en hospitales públicos, pero no fue sino hasta que regresamos de un largo período de paro académico en la universidad que me reuní con el profesor Kevin García y se lo propuse.

En respuesta él me dijo que escribiera sobre la vida de mi papá durante esos días, presumiendo que mi conocimiento de causa iba a dar con algo mucho más interesante que un reportaje sobre el sistema de salud público en Cali. En las siguientes semanas, durante los pocos minutos que me dejaba un semestre a toda marcha y el trabajo de medio tiempo que había conseguido, logré escribir una crónica de 16 páginas, en las que trataba de poner en escena todo lo que había ocurrido en los meses de enfermedad de mi papá. De por sí tiendo a escribir con mucha extensión, y no importó mucho que me situara dentro de un género que permite una escritura de largo aliento. Mientras la escribía me di cuenta de que, por cuestiones de espacio, estaba haciendo menciones muy cripticas a aspectos de mi relación con mi papá y de su forma de ser que merecían una mayor exploración. No tenía otra alternativa, nadie iba a publicar una crónica demasiado larga. Cuando la entregué, convencido de su próxima publicación en la revista *Ciudad Vaga*, creí que había cumplido con mi deber. Días más tarde, cuando me encontraba tomando un café en uno de los asientos que quedan al frente de la fotocopidora de la Escuela de Comunicación Social, me enteré de que, tal y como lo sospechaba, la historia que había presentado no resultaba tan poderosa como aquella que se sugería entre líneas.

El profesor Kevin me dijo que, en lugar de una crónica, nos veíamos frente a una novela de no ficción en potencia. Respiré hondo. No porque me asustara la idea de escribir una novela, sino porque no me sentía preparado para escribir *esa* novela. La novela del padre. Pasaron los meses, mientras trataba de dar con todos los peros posibles para no abordar esa historia tan pronto.

Apenas me encontraba descubriendo el peso borroso pero quebrantador de un duelo, y aunque no me lo proponía una parte importante de mí estaba tratando de reconocerlo. Finalmente, ocho meses después, me sorprendí a mí mismo contándole a algunas personas ciertos episodios de la vida con mi papá, como si quisiera explicar las múltiples equivocaciones y mi andar errático desde que ocurriera su muerte. Supe que había llegado el momento, así el miedo fuera tan grande. Desde entonces empecé a escribir pequeños borradores, a la par que iba planteando el proyecto de investigación e iba aterrizando la historia en común con mi papá dentro de la tradición periodística que le correspondía.

1.

El silencio que nos une, dentro la tradición

Fue un puñado de escritores –venidos, en su mayoría, de salas de redacción de periódicos y revistas— quienes, desde la segunda mitad del siglo pasado empezaron a renovar las formas en las que se escribían piezas periodísticas, fundando las bases de lo que sería conocido en su momento –y aun ahora, pese a la ironía de su anacronismo— como el “Nuevo periodismo”. Conscientes de que disponían de un sinfín de herramientas heredadas de la escritura de ficción, hombres como Truman Capote, Norman Mailer, Thomas Wolfe, Guy Talese y John Hersey se dieron a la tarea de buscar formas que les permitieran alejarse de ese modelo encorsetado que les imponían los manuales de estilo para periodistas –cuyas reglas exigían imparcialidad, lenguaje acartonado, tratamiento superficial de los hechos, reproducción sin atenuantes de las versiones oficiales—, estableciendo así los modelos a seguir a la hora de contar la realidad con herramientas distintas basadas en todos los géneros existentes hasta ese entonces.

Libros como *Los periodistas literarios*, de Norman Sims, y *El Nuevo periodismo*, de Tom Wolfe, identifican cuatro puntos recurrentes en las escrituras que empezaron a desarrollarse en Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XX, y que vendrían a constituir la columna vertebral de este tipo de periodismo. Para uno –Sims—, estas eran “Inmersión”, “Voz”, “Exactitud” y “Simbolismo”; para otro –Wolfe—, implicaban una definición más meticulosa: “Descripción escena por escena”, “Transcripción literal de los

diálogos”, “Uso de la tercera persona” y “Uso de detalles simbólicos en escena”.

Ya que no difieren en mayor medida, pues hacen referencia a las mismas directrices a la hora de realizar dicho periodismo, es útil ahondar en lo que ambos autores buscaron cifrar, las condiciones para su ejecución, ahora desde un punto de vista metodológico de cara a lo que se presenta con *El silencio que nos une*.

- 1) El tiempo que se le da al proceso de la reportería tiene que ser mayor al que, usualmente, se le permite –o se permite— a un periodista que cubre un hecho en específico, pues no es sino entonces, cuando el tiempo habitúa la mirada del reportero al mundo que desea retratar, que se tienen mayores posibilidades de encontrar eso que se escapa usualmente, y que contiene a su vez la esencia de lo que busca y mayores probabilidades de dar con una mejor descripción.
- 2) La búsqueda de una voz propia como autor, que se presenta como efecto secundario –felizmente inevitable del alejamiento de los esquemas que abundan en las redacciones a la hora de redactar una noticia—, es un factor determinante, pues en ella se reúnen tanto la perspectiva como la apuesta estética que se desee presentar con la historia, su base estructural más evidente.
- 3) La responsabilidad de cara a la verdad, que para el periodismo debe primar por sobre cualquier deseo estético, no debe ser distorsionada en ningún momento, dándole a la información que se recabe mediante entrevistas una especial importancia y primacía.
- 4) El deseo osado de que la historia que se publique sea, a su vez, el referente simbólico que dé cabida a otros temas, con lo que un trabajo no será más que la síntesis de una problemática mucho mayor. La gota de agua a través de la cual se refleje el mundo, según decía Ryszard Kapuściński.

Juan Villoro, heredero inmediato –junto con el argentino Martín Caparrós y la mexicana Alma Guillermoprieto, por nombrar algunos— de estas enseñanzas, resumiría el carácter híbrido que constituye, en la actualidad, este

tipo de periodismo: llamado por él el “ornitorrinco de la prosa”, en su versión del “nuevo periodismo” confluyen la eminencia subjetiva y la posibilidad de crear un mundo y unos personajes con los cuales el lector pueda situar los hechos que le son narrados, propio de la novela; la importancia del drama, la consciencia del espacio corto y la búsqueda de un final que esté acorde con la historia presentada, propio del cuento; la fidelidad con los datos recabados luego del proceso de la reportería, propio del reportaje; la cabida de una reflexión, propia del ensayo; entre otros.

Son estos los puntos cardinales de los que se han servido, a su vez, generaciones recientes que han mostrado, debido a su vasto número de exponentes, tanto la vigencia como el buen momento que ha vivido este tipo de periodismo. Entre otros se puede mencionar a Juan José Hoyos, Alberto Salcedo Ramos, Mario Jursich, Andrés Felipe Solano, Josefina Licitra, Frank Báez, Gabriela Wiener, Cristian Alarcón, Alejandro Zambra, José Navia, Juan Forn, Juan Miguel Álvarez y, más recientemente, Carlos Manuel Álvarez, cuya variedad de temas abarca la complejidad de sus respectivos países desde perspectivas originales que les permiten a quienes los leen disfrutar de historias bien contadas que tienen un sustento real.

El silencio que no une, sin embargo, se aleja de estas versiones recientes y fundamenta sus bases en el legado clásico de los principales exponentes del movimiento, pues se propone, como ellos, pensar en historias con mayor extensión que la del artículo o especial periodístico. Por nombrar las más emblemáticas, cabría recordar a las consabidas *A sangre fría*, *Hiroshima* y *Honrarás a tu padre*, y mencionar cómo estas por méritos propios se adjudicaron en su momento el derecho a ser nombradas con diferencia, a mitad entre la ficción y la no ficción: la “novela de la no ficción”, el epíteto que las agrupó, una versión mucho más rica del reportaje de largo aliento que pretendió la presentación de una historia sucedida en la vida real dentro de estructuras y poéticas propias de la ficción. Un género igual de ambiguo que la vanguardia de la que había surgido en la segunda mitad del siglo XX, y que descubrió sendas intransitadas para posteriores publicaciones a lo largo de los años.

De otro lado —y sin proponérselo— *El silencio que nos une* congrega dos universos que la historia reciente de la literatura ha venido decantando, hasta

casi postularlos como género en sí: en un extremo, lo que se podría llamar como “la novela del padre”, cuyo tratamiento no es nuevo pero cuyo volumen de trabajos publicados da cuenta de la importancia que ha cobrado en décadas recientes la relación entre hijo/padre como tema literario. El interés que ha suscitado entre escritores quedará en evidencia en el próximo apartado de este documento.

En el otro extremo, mucho más interesante en términos de la realización que supuso *El silencio que nos une*, el hecho ineludible que para este caso particular implica la vida del autor, ya que es esta el centro de lo que se cuenta. Dado que la diversidad de temas que permite abarcar esta condición es mucho más amplia, no es posible denominarla —ni siquiera a modo de postulación— como un tipo de novela específico. Aun así, suele considerársele bajo el epíteto de “literatura del yo” y es abordada, en su mayoría, por escritores de ficción cuya curiosidad por el examen a sus propias vidas —aunado al auge de este tipo de publicaciones en el mercado editorial contemporáneo— les ha brindado la confianza suficiente para creer que a partir de sus testimonios de vida se pueden reflejar las vidas de sus lectores. Que su historia es la cifra de un tema universal, y que por ende vale la pena de escribirse. La gota de Kapuściński. En el tercer apartado me referiré a los hallazgos que, frente a esta circunstancia particular, tuve a lo largo del proceso de escritura de *El silencio que nos une*, como autor que a la vez es uno de los protagonistas de la historia que se cuenta.

2.

Lecturas de “la novela del padre”, un género aún no establecido

➤ Carta al padre, de Franz Kafka

El primer ejemplo de lo que podría denominarse “literatura del yo”, que aborda con furia y temor una de las tantas variantes que se le achaca a la “novela del padre”: el padre déspota, aquel que impone reverencia en sus hijos a partir del temor que les causa con sus acciones violentas y los maltratos a los que los somete. En este libro Kafka, a modo de carta, nos permite ver la

versión de un hijo frente a un escenario como el antes retratado, y con ello nos invita a una suerte de memorial de agravios siempre destinado —aunque a simple vista no lo parezca— a redimir la figura de su padre, así ello suponga cargar él solo el peso de los juicios que le caigan. Muchos han dicho, con el paso de los años, que la actitud del padre de Kafka, descrita a través de los múltiples momentos que le saca en cara su hijo, fueron las correctas. Que Kafka se haya quejado en vano es algo que poco o nada importe. Lo que habría que sacar en limpio de este libro —y como autor de una historia diametralmente opuesta, por el tipo de papá que pensaba retratar en *El silencio que nos une*, traté de mantenerlo siempre presente— es el cariño y la veneración que traslucen esas páginas, en las cuales Kafka pretende absolver a su padre incluso en los peores escenarios descritos.

➤ El olvido que seremos, de Héctor Abad Faciolince

La historia paradigmática de “la novela del padre” en Colombia. En ella Héctor Abad Faciolince narra la vida de su papá, Héctor Abad Gómez, médico y defensor de los derechos humanos asesinado en Medellín en 1987. Si bien este libro compartió la figura del padre y la reconstrucción de lo que significó su vida para su hijo, no tardó en instalarse en las antípodas de lo que quise realizar con *El silencio que nos une*: el hecho que detona la historia se enmarca en márgenes nacionales, en los que la historia familiar de un hijo y un padre conversa con los conflictos sociales de la Colombia de finales de siglo. Pese a esta diferencia insalvable, *El olvido que seremos* presenta, por primera vez, un tono íntimo que desde el principio sospeché como aquél que le correspondía a la historia que iba a contar.

➤ El hombre que no quería ser padre, de Alfonso Buitrago

El hombre que no quería ser padre, de Alfonso Buitrago, es un reportaje en el que este narra la vida de su papá, luego de que aquél muriera de cáncer de laringe. En este libro se evidencia la relación de Alfonso con su papá, una persona distante que, presa de intereses lejanos a los de construir un hogar y llamado siempre a cumplir con un deber social, logra ser descrito como alguien reconocido dentro de un sector de la sociedad por sus ideas políticas.

Tal y como sucede con Héctor Abad Gómez, en *El olvido que seremos*. Este reportaje cuenta con la novedad de poner en escena un elemento capital para la construcción de este padre como personaje: un puñado de escritos y cartas de su mano propia, que sirven como un diario que le revela a su hijo el camino a seguir para contar su vida, una especie de conversación que sostuvo y siguió sosteniendo después de muerto con este. Contar con estos elementos le permite a Alfonso Buitrago, a su vez, emplearlos para ahondar en las complejidades que caracterizaban el carácter de su papá en vida.

➤ Ordesa, Manuel Vilas

Fue el que marcó, por lo demás, la estructura que pensé inicialmente para *El silencio que nos une*. En *Ordesa* el español Manuel Vilas presenta una narración atómica, más parecida a la estructura más experimental que suele encontrarse en cronistas como Leila Guerreiro, con la que sin embargo logra dar cuenta del paso del tiempo desde sus días de niño hasta el momento en que decide escribirla, a raíz de la muerte de su madre, ocurrida ocho años después de la de su papá. Este libro, a pesar de contar con la novedad que implica la muerte de la madre para el universo de *El silencio que nos une*, no deja de ser un elemento de valor en sí, en el que el autor manifiesta una escritura que recurre a elementos separados entre ellos, cuya función es la de servir de origen a recuerdos con los que logra hablar del valor de sus padres y su vida juntos. Frente a su estructura diseminada, la sensación final al terminar la lectura fue la de haberme encontrado con una crónica del duelo, un factor importante frente a lo que viví como autor en paralelo a la escritura de mi historia con mi papá.

➤ Examen de mi padre, de Jorge Volpi

Retomando la senda principal —relación padre/hijo—, acudí a otros autores que, desde campos no necesariamente tan ceñidos a una reconstrucción de la realidad, abordaron la figura de su padre. Uno de ellos fue *Examen de mi padre*, del mexicano Jorge Volpi, una serie de ensayos que tienen como base una parte del cuerpo humano y que hacen las veces tanto de elemento de rememoración como de un homenaje al padre —médico—. Con estos Volpi busca hablar de su relación con él, aunque el tono y el objetivo que se entreen son sobre todo ensayísticos y se centran en determinar el nivel de importancia

del cuerpo humano, su fragilidad. Una apuesta, más que narrativa, metafórica. Este libro, concebido así, es también una especie de catarsis, el homenaje que Volpi escribe seis meses después de la muerte de su padre.

➤ La invención de la soledad, de Paul Auster

Este libro me sirvió como base a la hora de pensar en la metodología inicial con la que pensaba escribir *El silencio que nos une*, pues Auster hace hincapié en elementos específicos esperando proveerse de ellos para cimentar el simbolismo que caracterizó la relación con su padre, dada su distancia en vida. Baste agregar que el papá que sale en limpio de esta escritura fue, siempre, la versión más cercana a quien había sido mi papá en vida. Un ser distante, discreto, silencioso y, en cierta medida, misterioso. *La invención de la soledad* se convirtió, entonces, en el libro que más afinidades tenía con aquello que yo buscaba decir, aunque dicha afinidad solo se mantuvo durante la primera parte de la novela. La segunda deja de lado la narración de la vida del padre para sumirse en elucubraciones que pretenden dar con una respuesta al estado de ánimo que signó la vida de Auster en adelante, y lo que esto implicó para sus relaciones interpersonales. Esta segunda parte importó menos, tanto por su tono abstracto como por aquello a lo que recurre: yo no pensaba prolongar los límites de *El silencio que nos une* hasta dar cuenta de cómo había vivido mi duelo, pues presentía que de hacerlo de esa manera iba a perder los elementos con los que contaba para dar con una historia de inicio a fin. Por lo demás, nunca estuve en condiciones para abordar ni entender lo que constituyó —o constituye— el duelo por la muerte de mi padre, que apenas y quedó saldado en lo simbólico con la escritura de nuestra historia.

➤ La muerte del padre, Karl Ove Knausgård

Junto con el padre retratado por Paul Auster, el de Knausgård me sobrecogió por muchos meses de escritura, a tal punto que fue el norte al que dirigí la poética y la escritura de *El silencio que nos une* hasta sus versiones finales. Aunque Knausgård empieza su historia con un recuerdo de infancia, en el que se establece la eterna relación de distancia y cierta violencia entre un hijo y su

papá, algo que le permite explorar luego los alcances de la muerte de una persona, con el paso de las páginas se desnuda el ejemplo más claro de distancia entre uno y otro, y las consecuencias que puede tener para un padre perder —en cierto sentido— el contacto con la familia que construyó en medio del confinamiento de sus últimos años. En este punto el papá de Knausgård y el mío se parecieron más, con la diferencia de que el mío no era tan afecto al alcohol, como el de aquél. Dejando de lado cuestiones de semejanzas, que pasadas por el tamiz de la literatura —sea de ficción o no— suelen presentarse con ciertos grados de edición, nada más y nada menos que la subjetividad de quien escribe, lo importante de *La muerte del padre* fue el final que presentó, ese regreso a la casa donde vivió el padre de Knausgård hasta su muerte, pues yo también iba a narrar un regreso similar en *El silencio que nos une*. El extremo de la desidia, la estupefacción ante lo que ocurrió con la vida de su padre, la falta de respuestas lógicas a tanta indiferencia fueron elementos que encontré en esta novela, cuya sensación de repulsión intenté mantener en uno de los capítulos que escribí. Es importante añadir que *La muerte del padre* no es más que el primero de los seis volúmenes con el que el escritor noruego se propuso escribir su versión de *En busca del tiempo perdido*, la apuesta más extrema que se puede concebir de la “literatura del yo”, y que a tantos equívocos me llevara como autor novel, como se verá en el siguiente apartado.

➤ **Cómo maté a mi padre, de Sara Jaramillo Klinkert**

Por mucho tiempo estuve tentado a decir que la novela del padre era una historia escrita en su totalidad por hombres. Me planteé que era un asunto masculino. Incluso, haciendo gala de una arrogancia absurda, me atreví a comparar que lo que el padre representa para un hombre es lo que la sociedad representa en general, con sus concepciones machistas, para una mujer. El deseo de emancipación de una parte y otra cambiaba de protagonista, y era mucho más simbólico para ellas. En definitiva, una equivocación mayúscula que no tardé en corroborar cuando leí *Cómo maté a mi padre*.

Este libro, a diferencia de los demás, contiene una carga de ternura digna de agradecimiento. Una forma menos descarnada de ver la vida, pese a lo que fue. “Treinta escenas calidoscópicas”, en forma de capítulos, conforman el libro, y

con ellas Sara Jaramillo busca hablar del padre y lo que implicó su muerte. El episodio de la muerte de su padre, un abogado antioqueño, se presenta como el punto de partida de la historia; en su momento pensé que iba a presentar una estructura típica del regreso al hecho detonante, pero pronto entendí que la poética del libro le permitía ciertas licencias temporales, que le servían para hablar de lo que había ocurrido con su familia años después de ese asesinato. En *Cómo maté a mi padre* se habla, pues, de una esposa que queda viuda, con la responsabilidad de una familia a medias, y de la niñez de unos hijos huérfanos. Para este fin Sara Jaramillo se sirve de un simbolismo bellissimo, que se aproxima al fuero más íntimo de cada uno de sus protagonistas a partir de metáforas medidas, algo que autores como Knausgård deciden dejar de lado, quizá como el precio a pagar por su apuesta hiperrealista que trata de explicar la realidad proveyéndola de mayor grado de realidad.

En este sentido *Cómo maté a mi padre* fue mucho más rico que cualquier otro libro con el que me hubiera topado. No fue precisamente la puesta en escena de lineamientos del “Nuevo Periodismo”, sino la apuesta de una voz que prefirió acercarse a la muerte, y verla de través, con un lente mucho menos invasivo. Su lectura, que avanza en el tiempo hasta ajustarse al presente de Sara Jaramillo, también me habló de las distintas maneras de enfrentar el duelo y añadirlo a una historia que ocurrió muchos años atrás, como diciéndome que lo que viví todavía requerirá de mucho tiempo, que está bien enfrentar ahora las dudas prácticas de una historia que sigo viviendo. *Cómo matar al padre*, por lo demás, fue el título más acertado con el que me encontré: contiene el deseo de todos, incluido el mío.

➤ **La sombra de mi padre, de Martín Franco Vélez**

Con el respeto que merece aquello que todavía ignoro, declaro que la única utilidad que encontré con este libro fue la de no cometer sus mismos errores. En *La sombra de mi padre* Martín Franco Vélez intenta hablar de su relación con su papá, y para eso abre la historia con un viaje de regreso a la casa paterna. El problema se presenta cuando, con el paso de las páginas, es evidente que no hay un motivo de peso —de verdadero peso— para dejar constancia de esa acción. Su papá, por lo demás, es un antagonista de Martín.

A pesar de que se ponen de manifiesto las diferencias entre uno y otro, el autor no termina por hilvanar la historia de tal modo que le permita centrarse en un punto exacto. La novela se presenta, en palabras de Héctor Abad Faciolince, como un examen a una de las principales taras de ciertos padres, el alcoholismo, pero la historia no es capaz de ahondar lo suficiente en este aspecto como para constituirlo como su tema central. *La sombra de mi padre* se desperdiga, así, entre relatos del abuelo, el problema depresivo del hermano, los miedos propios del mismo autor. Nada más. El tiempo narrativo es una suerte de hilo que termina enredándose y se explica como mejor puede. Una frase de Martín Franco Vélez bien podría explicar la naturaleza de su fallo: “Es un libro, ahora que lo veo, que no terminará de escribirse pronto, quizás nunca, porque esta historia tampoco se ha acabado y ella misma sigue escribiéndose”. Es decir, un libro que quizá no debió de haberse escrito —no, por lo menos, todavía—, porque adolecía de todos los elementos que los demás autores, cualquier autor, requeriría para iniciar semejante empresa. Una historia con un fin. Las enseñanzas, si hubo alguna: no banalizar el ejercicio de la escritura con cualquier historia, evitar caer en el peligro de contar por contar, desconfiar de ciertas ofertas editoriales que terminarán echando por los suelos con el nombre de alguien que, pese a que ha publicado periodismo en medios importantes, no cuenta todavía con su primera novela.

➤ Honrarás a tu padre, de Gay Talese

Mención especial merece *Honrarás a tu padre*, pues su lectura —cuando llevaba más de la mitad de *El silencio que nos une*— me salvó de inconvenientes a nivel narrativo que empezaban a reñir con los preceptos del nuevo periodismo que intentaba mantener hasta ese momento. En cierto sentido *Honrarás a tu padre*, que se presentó en su momento como una “novela de la no ficción”, se puede entender como una “novela del padre”. En ella Gay Talese, el autor más prolífico dentro de los abanderados del “Nuevo Periodismo”, se dedicó a narrar la vida de los Bonnano, una familia de inmigrantes italianos radicados en Estados Unidos, a propósito del juicio al que el padre de la familia, Joe Bonnano, fue llamado por las autoridades, por sus nexos y posible conducción de una de las cinco familias de la mafia neoyorquina. La estructura tuvo, como era de esperarse, muchos puntos en común con otras de las grandes escrituras

de este tipo, como *A sangre fría*. Se trató del libro más apropiado en términos de metodología para *El silencio que nos une*, pues su base era la de la tradición periodística de la que me pensaba servir para la escritura de mi trabajo de grado y, como lo mencioné antes, contaba con la suerte de tratar la relación del padre y el hijo, ahora desde la perspectiva distante de un autor que tuvo el privilegio de compartir por un tiempo prolongado y sin mayores condiciones la vida diaria de sus protagonistas. El ejemplo que seguí, luego de releerlo tres veces, fue capital para la puesta en marcha de muchos capítulos que constituyeron *El silencio que nos une*, más otros dilemas: cómo ser un periodista que entrevista a familiares y, en especial, cómo hacer para que la mención propia y lo que se recaba en el período de reportería no se presente como un análisis a la propia condición de autor/protagonista —como ocurre, por poner un ejemplo, en varios pasajes de *Ordesa* y *La invención de la soledad*—, sino como un todo de una historia que, por suerte, terminó por tener la suficiente autonomía como para ser leída sin que los estragos de estos meses de escritura hicieran mella en su presentación final.

3.

Descubrimiento de la “literatura del yo”, autobiografía y autoficción, como antagonista del relato de vida

Parto de una declaración de derrota que signó por mucho tiempo las múltiples versiones preliminares que presenté de *El silencio que nos une*: mi apuesta narrativa, periodística y poética, estaba en la mitad entre *La muerte del padre* y *Honrarás a tu padre*. Afortunadamente, y como se verá a continuación, ganó la segunda.

Los meses de los que habla *El silencio que nos une* fueron especialmente difíciles, no solo por el deterioro progresivo de mi papá hasta su muerte. En realidad, y no por esto quiero aumentar las magnitudes de mis problemas personales, la enfermedad de mi papá no fue más que el colmo —un clímax triste— de esa época para mi familia. La dificultad de separar las problemáticas de esos meses radicó en que, tal y como era de esperarse, unos y otros mezclaron sus aguas y terminaron por confluír en los últimos días de su vida.

Inmerso de súbito en el análisis de mi propia vida, creí que escribir la historia en común con mi papá iba a ayudarme a obtener ciertas respuestas a interrogantes que me habían acompañado desde antes de su enfermedad. Quise —y no me faltaron ejemplos a seguir, como luego se verá por la lectura ansiosa de Knausgård— que la muerte de mi papá fuera el punto de partida para cobrarme algunas deudas que pensaba que la vida —en muchos aspectos— tenía conmigo. En ese sentido, en un primer momento *El silencio que nos une* pretendía partir de su tema central —mi relación con mi papá— para explayarse en los momentos que creía fundamentales para explicarme quién era yo y por qué había vivido hechos específicos. Era inevitable: caía en la fácil trampa a que invita la autobiografía asumida como una actividad que solo se ejecutará una vez en la vida: hablar de todo, como si la vida hubiera representado algún valor extraordinario que la hiciera interesante como materia literaria, sin poner el acento de la historia en algún lugar específico. Eso explicaría cómo, en un primer instante, *El silencio que nos une* tuvo un borrador de cincuenta páginas del que pocos capítulos quedaron.

Escribí esas cincuenta primeras páginas como un ejercicio introductorio, pero también como una forma de convencerme de que podría dar con una historia sin recurrir a ningún tipo de reportería. Tenía vergüenza de preguntar por mi papá, sospechaba que pudiera ser capaz de darle forma a la información que me dieran. Pensaba que podría sacar de mis recuerdos el universo completo de lo que había vivido con él, en parte porque creía que solo yo podía contar con los recuerdos suficientes para hablar de nuestra relación. Luego de presentárselo al profesor Kevin, que para esas alturas era el director de mi proyecto, entendí que ese borrador no era ni un croquis de lo que tendría que considerarse la historia. Se trataba, más bien, de una suerte de recolección de imágenes de mi niñez, en las que se dilucidaba la imagen de mi papá, pero que vista con detenimiento no era más que una voz en *off* presentada sobre una pantalla en negro. No había matices, no lograba dar cuenta del lugar en donde ocurría la historia —Pueblo Joven, uno de los tantos barrios que conforman Siloé, en la comuna 20—, incluso carecía de voces. En mi idea ingenua de lo que tenía que ser una historia basada en la realidad no me permitía voces impuestas, que no tuvieran asidero en mis recuerdos. En ese borrador apenas se encontraban dos frases breves, que por lo mismo me habían acompañado con los años. Nada más. Para no alargarme, no había ni el más mínimo atisbo

de una estructura que englobara —o siquiera, postulara— una historia completa. En esos momentos pensaba que ese borrador era la primera parte de una serie de experimentaciones formales en las que iban a aparecer toda clase de géneros —desde el ensayístico hasta el epistolar—, imbuido de una idea extrema de lo que iba a ser la poética que quería para la historia.

Después de esas primeras observaciones por parte del profesor Kevin, me puse a la tarea de escribir versiones en las que las voces se hicieran presentes. Opté por pasar por el tamiz de mis recuerdos algunas formas del habla de mi papá, para así poner en escena diálogos que habían sucedido pero cuyas palabras ya no estaban. Pasaron las semanas y con ellas se multiplicaron los borradores. En su momento realicé algunas entrevistas a personas claves —mi mamá, una de mis tías—, quienes supieron decirme lo que yo nunca hubiera sabido y que, sin embargo, justificaba la forma de ser de mi papá. Era evidente el empeño con el que realizaba el trabajo, y con él el avance, tanto en esos aspectos como en uno fundamental: el tono y el estilo de mi escritura. El primer borrador se había escrito con un estilo que no lograba, todavía, desenvolverse ni presentar la historia con la libertad suficiente como para que se desplegara en las direcciones que precisaba. Por lo demás, mi escritura entonces tenía una imposición falsamente estética, que por su exageración —esa idea errónea de lo poético a partir de las maromas del idioma— rayaba con la caricatura. En otras palabras: había estado bastante lejos de mi objetivo, pero conforme avancé se empezó a notar que encontraba el tono adecuado. Haber estado en dominio, en mayor o menor medida, de esos elementos que antes habían faltado me enfrentó de nuevo a un problema: ¿por qué el lector iba a avanzar en su lectura? Hacía falta un elemento dramático que llamara el interés de quien se acercara a la historia y lo llevara de la mano hasta el final. Una estructura total.

Una reunión más dio con la respuesta: la estructura se iba a basar en las últimas semanas de vida de mi papá, como en su momento había hecho con la crónica, con la diferencia de que esta vez iba a permitirme el espacio para poner en escena mi relación con él. Esa historia más amplia, que buscaba dar cuenta de los más de veinte años a su lado, se iba a contar a través de flashbacks. Sentí que, con esa idea, todos los recuerdos encontraban su lugar, sin que por esto la historia que presentara al final se atomizara sin dirección alguna.

Para esas alturas ya había realizado la mayoría de las lecturas que hacen parte del anterior apartado. Me importaba, sobre todo, aterrizar *EL silencio que nos une* en la tradición a que se había adscrito desde un comienzo, por más que otras vertientes me hubieran presentado tal diversidad de formas para abordar el tipo de historia que pensaba contar. Entonces di con Talese. *Honrarás a tu padre* fue fundamental para este propósito. No solo me permitía asistir a una de las obras referencia del “Nuevo Periodismo”, que nada le envidiara a la clásica *A sangre fría*: de una u otra forma, con las distancias marcadas por el autor frente a sus protagonistas, ese libro era la mejor versión que yo podía encontrar de lo que pensaba contar. Era, a su vez, el libro cumbre de la tradición periodística en la que se enmarcaba *El silencio que nos une* y el ejemplo de cómo desde la no ficción más periodística se puede abordar la “novela del padre”. También me sirvió para ubicar la información que iba obteniendo de a pocos en mis trabajos de campo, que consistieron en visitar lugares donde había ocurrido la historia con mi papá, según la misma me los fuera pidiendo.

La reportería, dicho sea de paso, se había planteado como un trabajo mucho mayor, que implicaba la entrevista de muchas personas que habían conocido a mi papá en vida, pero una vez me decanté por la estructura de las últimas semanas muchas de dichas entrevistas dejaron de ser necesarias, y lo más importante en este sentido pasó a ser la descripción de los lugares en donde había ocurrido la historia.

Talese me ayudaba a resolver dilemas inéditos: ¿cómo hablar de mí mismo, realizar una investigación periodística en la que luego me pondría como protagonista, sin que el resultado final se convirtiera en una crónica de quien fui durante el proceso? ¿Cómo considerarme autor y protagonista, cómo alejarme de los hechos para narrarlos desde un pasado, a pesar de que la investigación me los presentaba como un presente desde el que también podría abordarlos? ¿Estaba bien darle cabida a los resultados de esa reportería, así eso supusiera una ruptura dentro del tiempo narrativo que había planteado con la estructura definitiva, esas semanas de vida de mi papá?

Durante los primeros semestres de mi carrera adopté la escritura de Martín Caparrós como el ejemplo a seguir para escribir periodismo de corte narrativo, pero ante el desafío que significaba una historia tan singular, tanto por

extensión como por su contenido, debí desechar esa forma de trabajo que lo encuadraba todo, descripciones y voces, dentro de bloques concretos. Seguí la estela de Talese y traté de que todas las anotaciones con las que regresaba de mis trabajos de campo luego se integraran de manera armónica, sin mayor primacía, dentro del relato que venía construyendo. Que le ayudara a cada capítulo a establecerse temporal y, en especial, espacialmente. Pero nada más. Se trataba de brindarle a la escena los suficientes elementos para que pudiera tener potencia y autonomía por sí misma. Fue así cómo muchas de las situaciones que se desarrollan en *El silencio que nos une* se presentan como un todo, donde en lo posible intenté desaparecer como autor y centrarme en añadir la información que recabé dentro de los márgenes de la estructura final del trabajo.

Cuando presenté la totalidad de la historia, era claro que había un conflicto en su interior —un conflicto en mi interior—: en la primera de las cinco partes que conformaban *El silencio que nos une* había un par de capítulos que reflejaban lo difícil que había sido la vida de mi familia, y la mía en particular, durante el tiempo anterior a la enfermedad de mi papá. El ajuste de cuentas que había quedado sugerido. Se trataba de un problema con algunos vecinos por culpa del ruido que estos causaban durante las noches, y que luego de varios meses habían adquirido las dimensiones temerarias que me tenían a mí, nuevamente, como el posible protagonista de una tragedia. En este punto de la escritura era donde más se notaba mi ubicación novel dentro de la escritura de historias de tan largo aliento.

Como dije antes, pensé que escribir *El silencio que nos une* era, a su vez, hablar sobre mí, mis taras, frustraciones, deseos, impotencias. En esos capítulos, por lo tanto, aparecía el nacimiento de mis deseos por escribir, que se habían potenciado durante mis primeros años en la universidad, la relación familiar con el paso del tiempo, mi relación con el barrio desde mi niñez, mi relación con la universidad. En fin. En efecto buscaba acudir al recuerdo de mi papá para sacarme algunas espinas que llevaba clavadas de años atrás. Las digresiones eran evidentes. Páginas y páginas que, si bien estaban escritas con el mismo nivel creciente del total de la obra, se alejaban del centro de esta a tal punto que pronto constituían un elemento completamente ajeno. El profesor Kevin me insistió en acortar esas partes, pero yo todavía no era capaz de ver la historia sin ellas. Me daba miedo no poder explicar el final, pues era ahí donde

confluían ambas historias. Entonces me recomendó *entramarlas*. De repente me encontré buscando motivos para hablar acerca de mi papá, a la luz de lo que había escrito en esos capítulos. Pensar en él, encontrar las razones en su distancia para lo que yo había tenido que vivir. Traerlo de los pelos, impostar situaciones y conexiones dentro de una historia que claramente no pertenecía ahí. El resultado fue esperanzador, pero la tendencia seguía perdurando.

Pronto me di cuenta de que, inconscientemente, estaba emulando lo que Knausgård había hecho con su libro. Es cierto que en *La muerte del padre* se presentan digresiones que casi deslegitiman el tema central —la relación del autor con su padre—, y llevan al lector a atravesar páginas y páginas de anécdotas anodinas que no contribuyen más que a consolidarlo como un escritor hiperrealista que es capaz de poner en escena el pasado con una exactitud superlativa. Como lector lo toleré por sus logros en ese aspecto, la calidad de su narración, pero no me dejó de inquietar la distancia que solía encontrarme entre los episodios que narra con su papá y el basto universo que se cuenta en el resto del libro.

Sin embargo, no dejaba de hacerme una pregunta un tanto terca: ¿por qué si él lo había hecho, y su libro era celebrado como lo había sido, una apuesta parecida en la historia que yo escribía no hacía más que echarla a perder? Pronto entendí algo, tan obvio que me avergüenza haberlo pasado por alto por tanto tiempo: *La muerte del padre* no es un libro que se pueda entender en solitario. Hace parte de un compendio por parte de su autor, quien pretende contar *la totalidad de su vida*. No en vano muchos lo llaman el Proust contemporáneo. El hecho de que hubiera empezado su lucha —y el título del total se llama, precisamente, *Mi lucha*— con la muerte de su padre es un aspecto interesante, que daría para pensar en la influencia que los padres tienen en la vida de sus hijos, pero no necesariamente lo convierte en un referente de una historia central. En el caso de Knausgård, el padre en efecto fue el motivo del que se sirvió para contar su historia. *El silencio que nos une* estaba lejos de ser eso. De ahí que las digresiones que yo intentaba se convirtieran en un lastre, que me costó mucho tiempo dejar atrás.

Como tenía que ser, luego de varias semanas de acabar el manuscrito final y seguir con la deuda pendiente de esos capítulos, decidí ver la historia con menos romanticismo. Ahora estaba convencido de que podía escribir algunos

apartes de mi vida, sirvieran de algo o no, y me había convencido de que algunos de ellos definitivamente no aportaban nada a la historia con mi papá. Bien podría usarlos en el futuro, para abordar un nuevo proyecto, esta vez más centrado en mi experiencia vital, pero en esta ocasión eran innecesarios. Decidí eliminar la totalidad de esos capítulos, junto con algunos apartados más que se diseminaban en pequeñas proporciones a lo largo de la historia, luego de entender que por más que los hubiera *entramado* no era posible mantenerlos.

Ese mismo rigor me sirvió para acortar tanto como fuera posible el manuscrito, que en su momento llegó a alcanzar las 200 páginas. Preferí centrarme en mi relación con mi papá, lo que de verdad había importado desde un comienzo, así ese nuevo énfasis supusiera un esfuerzo adicional de mi parte. Todo tenía que dar cuenta de nuestra relación. Ante la amenaza latente que suponía el momento de la historia en que ambas aguas se encontraban, se me ocurrió utilizar los capítulos en los que se describían las conversaciones que mi papá y yo habíamos sostenido durante los primeros días de una convalecencia que poco duraría. Estos episodios sirvieron, en adelante, como puentes para introducir la información contextual de ese otro universo paralelo que era la historia de mis desgracias, de modo que cuando las dos fueran una sola el lector tuviera suficientes herramientas para asociarlas sin haber tenido que aguantar la farragosa extensión que habían presentado versiones anteriores. Así, pues, el proceso de edición final dio de baja más de 50 páginas. El resultado: una historia que se ceñía a sus límites apropiados y que, por lo mismo, reconcentraba las energías y los logros en su temática central.

Caso aparte fue la consciencia que quedó de la muerte de mi papá, cada vez más definitiva a medida que me acercaba, y cuyos hallazgos se pueden encontrar al final del capítulo 27, donde por primera y única vez en la historia me permito el atrevimiento de escribir olvidándome de todo lo que constituye a la historia misma y me doy la libertad de expresar en un pequeño fragmento lo que le hubiera querido decir a mi papá. Si algo innovador tiene *El silencio que nos une* frente a la tradición a la que se adscribe, tiene que ubicarse en ese punto de la historia, en la que el lector no tardará en notar que me olvido de él para establecer el último diálogo que iba a tener con mi papá, en donde le expresaba las “conclusiones” de lo que había sido mi proceso durante la escritura de nuestra historia en común.

Lo que vendrá a continuación es el resultado de más de dos años de borradores, ansias, angustias y, sobre todo, muchas lecturas sobre lo que es un padre en la vida de un hijo y lo que queda tras su muerte.

Referencias

- Agudelo, D. J. (2012). *Antología de la crónica latinoamericana actual*. Bogotá: Penguin Random House.
- Auster, P. (1994). *La invención de la soledad*. Barcelona: Anagrama.
- Buitrago, A. (2012). *El hombre que no quería ser padre*. Medellín: Planeta.
- Faciolince, H. A. (2006). *El olvido que seremos*. Bogotá: Planeta.
- Kafka, F. (2009). *Carta al padre*. Debolsillo.
- Klinkert, S. J. (2020). *Cómo maté a mi padre*. Medellín: Angosta.
- Knausgård, K. O. (2016). *La muerte del padre*. Barcelona: Anagrama.
- Sims, N. (1984). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Planeta.
- Talese, G. (2011). *Honrarás a tu padre*. Madrid: Alfaguara.
- Vélez, M. F. (2020). *La sombra de mi padre*. Bogotá: Planeta.
- Vilas, M. (2018). *Ordesa*. Bogotá: Penguin Random House.
- Volpi, J. (2017). *Examen de mi padre*. Bogotá: Penguin Random House.
- Wolfe, T. (1977). *El nuevo periodismo*. Barcelona: Anagrama.

Los primeros indicios

1.

Luego de varios minutos de espera, mi papá me abrió la puerta de su casa. Al darse cuenta de que se trataba de mí, me dedicó un saludo endeble, me dio la espalda y se encaminó a su cama. Vestía solo con una vieja pantaloneta verde que usaba para dormir desde hacía años. No se preocupó por disimular el esfuerzo que le costaba caminar unos pocos metros — quizá así enfatizaba las razones de su demora— ni mucho menos pareció avergonzarse la impresión desgarradora que provocaba su torso desnudo.

Llevaba enfermo poco más de un mes, pero solo hasta ese momento me atrevía a visitarlo. La verdad era que no quería ir. Me apenaba que se diera cuenta de lo preocupado que estaba y cómo echábamos de menos sus visitas a la casa de mi mamá, ubicada dos cuerdas más arriba de la suya. Lo veíamos a diario. Cuando comenzaron a ser evidentes sus faltas, pensé que estaba ocupado en sus cosas, esas de las que no solía hablarnos. Pero las malas noticias no tardaron. Mi papá estaba más grave de lo que imaginábamos y la ausencia prolongada era su llamado de auxilio.

Sin embargo, jamás habría imaginado que estuviera así. Las costillas se le marcaban con tanto detalle que parecían salidas. El abdomen era casi inexistente, como si alguien le hubiera extraído de un solo tajo el estómago y solo quedara un hueco a la altura del ombligo. En su rostro la piel se había contraído a tal punto que todos los huesos de su cara habían adquirido las dimensiones que normalmente pasan inadvertidas en las personas. Cada comisura era acentuada por líneas gruesas, una tela fina y antigua que se podía rasgar en cualquier instante. Su cuerpo expresaba, sin que él lo quisiera, el cansancio que le producía la vida a la que se había habituado últimamente. Era el signo de una derrota que ya no le interesaba negar. En los pocos segundos que logré verlo, con el disimulo suficiente para que no se percatara de mi espanto, me había parecido encontrarme con uno de esos personajes que aparecen en las películas del holocausto nazi, y no me había quedado duda de que mi papá estaba atravesando los peores tiempos de su vida.

Frente a la puerta entreabierta, recordé que días antes había tenido una suerte de premonición. En ella un rostro negro como la noche me abordaba de repente, en medio de la nada, y era tal el susto que me quedaba sin aliento. Aquella vez había logrado escapar de esa imagen horrible sacudiendo bruscamente la cabeza. Ver a mi papá en estas condiciones era revivir el mismo miedo, con una diferencia radical: ahora se trataba de nuestra realidad y debía enfrentarla. Entré y me acomodé en un asiento frente a él. Desde ese momento no me quedó más remedio que ignorar la distancia que nos caracterizaba y aceptar que habíamos llegado a ese punto de la vida en el que la línea inesperada que separa a un padre de su hijo se borra para siempre y éste empieza a hacerse cargo del bienestar de aquél.

2.

Como cualquier problema que se ha querido disimular por mucho tiempo, los síntomas de aquello que aquejaba a mi papá habían adquirido una notoriedad evidente, y sin tener cómo ocultarlos habían empezado a manifestarse en las ocasiones menos pensadas. Fue un anochecer en el apartamento del primer piso donde vivía mi hermana Paola, en medio de lo que parecía una broma, cuando no pudimos hacernos más los de la vista gorda frente a su salud.

En esos momentos vivíamos en “Pueblo Joven”, uno de los tantos barrios que conforman Siloé, en la comuna 20 de Cali. A diferencia de lo que ocurría en otros sitios, la calle que daba la bienvenida a “Pueblo Joven” — por así decirlo— era una línea recta que se extendía sin interrupciones por 250 metros en dirección a la montaña, con casas a ambos lados, y de la cual se desprendían cada tanto calles transversales a mano izquierda, el inicio de nuevas pendientes con casas. Muchos la llamaban “Cinta Larga”.

Lejos del ambiente enloquecedor que se vivía en la zona baja de Siloé, dedicada al comercio, en “Cinta larga” se asentaba un silencio somnoliento, aunque bien podría acabar de la nada cuando alguien prendía un equipo de sonido con el volumen alto. En ese momento la pasividad del lugar se transformaba, y todos los vecinos participábamos de la misma intimidad de quien escuchaba la música, cuyos gustos podían ir desde vallenatos hasta reguetón, pasando por rancheras. Algunos vecinos creían tener derecho sobre las calles. Aprovechando la amistad que sostenían entre unos y otros, atravesaban postes de bambú para cerrar por unas horas el paso y pintar sobre el asfalto escudos del América de Cali, el equipo del que la mayoría era fanática, junto con sus propios nombres a un costado.

La casa de mi mamá quedaba en la tercera y última transversal, a dos casas de “Cinta Larga”. No medía más de seis metros de ancho por ocho de largo. En sus inicios era de un solo piso, con su antejardín y un árbol de jazmín en la esquina, hasta que, en mitad de mi octavo grado, mi mamá tuvo dinero suficiente para mandar a construir el segundo piso, adonde nos pasamos los dos. Paola quedó en el primero, en una especie de herencia adelantada. Mi hermana era una mujer cuya estatura sobrepasaba el promedio, la tez de su piel era un poco más clara que la mía, aunque sus

ojos eran igual de oscuros. Su voz era cálida y se relacionaba con los demás con tratos cordiales. Cuando hablaba con mi mamá, yo sospechaba que en ella habitaba un deseo inconsciente por obtener su aprobación, pues solía ponerse de su lado en la totalidad de sus juicios, así estos contradijeran lo que había hecho o pensado en un primer instante. Me llevaba once años y trabajaba como manicurista, luego de que sus estudios en manejo de guadas no hubieran resultado en empleos bien pagados. Cuando tuvo las llaves de su piso, celebró que por fin podría disfrutar de los privilegios de la privacidad.

Salvo raras ocasiones, nunca entrábamos allá. En especial yo, que me había dado cuenta de que el piso que compartía con mi mamá me permitía disfrutar de una mayor independencia y privacidad, y me sentía a mis anchas yendo de un lado para el otro. Estaba conforme con tener, por primera vez, un cuarto propio. Podía ir a la cocina y preparar lo que quisiera cuando se me antojara. Escuchar música a todo volumen, cuando me iba a bañar o hacía ejercicios. Ver la lluvia caer a lo lejos, desde el pequeño balcón en la parte trasera, con una taza de café caliente. Echarme en el sofá y ver películas y series toda la tarde. Estaba solo el día entero, como siempre. No importaba si Paola hubiera llegado ya del trabajo. Vivíamos en la misma casa, pero casi nunca estábamos juntos. Rara vez hablábamos: cada uno respetaba la privacidad del otro, y como no parecíamos tener mayores problemas que enfrentar, pues la mayoría del tiempo estábamos concentrados y ocupados con el trabajo o el estudio, nuestras conversaciones no pasaban de lo cordial. Un saludo, cada que nos topábamos en la entrada.

Para Paola el espaldarazo de tener un lugar a su completa disposición había significado una invitación a formar una familia. Ella lo aceptó, quizá porque siempre la quiso. Y lo intentó, pero ninguno de los hombres a los que conoció estuvo a su altura o supo serle fiel, razones suficientes para que sus relaciones acabaran tarde o temprano. Hasta que llegó el día. Cuando tenía 29 años, amigos en común le presentaron a Andrés. Él era un poco más pequeño que Paola, tenía el pelo rizo corto y en la parte baja de la cara podía notársele el cambio de tono en la piel que delataba un rasurado constante.

Había nacido en La Unión, un municipio a tres horas de Cali, y trabajaba como contratista para una empresa llamada *Manos Maestras*, que ofrecía servicios de instalación de soportes para televisores y persianas. Vivía cuadras arriba, en un sector conocido como “La cancha”, porque tenía la única cancha pavimentada de la zona. Las cosas entre ambos se dieron, hasta cierto punto, rápido. Paola lo invitó un 24 de diciembre para celebrar navidad con la familia, a la casa de la que era inquilina mi tía Sandra. Mi tía era la menor de los tres hijos de mi abuelo; una mujer vanidosa que solía gastarse el sueldo como aseadora en empresas tratando de llevar una vida opulenta, y contraía deudas con prestamistas que solían visitarla constantemente. Esa misma noche, minutos después de llegar, Andrés hizo gala de su sentido del humor y empezó a divertirnos. Todos reían de sus chistes, a lo mejor contentos al ver que no serían necesarios los silencios incómodos de las primeras veces. Paola también se veía aliviada, a su lado. A mí realmente me dejaba indiferente, y solo me dedicaba a sonreír desde la mesa en la que estaba sentado, sorbiendo invariablemente una gaseosa. Cuando me presentó a Andrés no lo vi ni con buenos ni con malos ojos. Allá mi hermana con quien decidía compartir su vida.

Una vez nos acostumbramos a él, a Paola le pareció que había cumplido su objetivo. Sus visitas a mi mamá empezaron a espaciarse, probablemente creyendo que por fin le dábamos el visto bueno. Al final casi siempre subía sola. Andrés, en cambio, permanecía abajo, adonde se había mudado con sus cosas. Para esas alturas todos sabíamos que su relación iba en serio. Era su marido. Por eso no nos sorprendió que, al cabo de pocos meses, ella aceptara que una pareja de niños de menos de diez años viajara desde La Unión, donde vivían a la deriva por culpa del desinterés de su madre, para instalarse en la casa. Se llamaban Karen y Killian. Eran de contextura gruesa y tez clara, cabellos castaños, de pocas palabras y con el sentido alerta de quienes se saben nuevos en un sitio. Serían los hijastros de mi Paola.

A mi papá le costó mucho tiempo ingresar a donde vivía Paola, aunque nunca hubo una restricción por parte de ella. Su piso, por lo demás, daba la sensación de ser mucho más pequeño que el de arriba. Solo tenía un

cuarto, donde dormían Paola y Andrés. Karen y Kilian se ubicaban en la sala, un espacio más al fondo que daba de frente con el baño y el lavadero de un lado, y la cocina del otro, separados por una pared. Dormían en el camarote que había sido de nosotros cuando yo era niño. Todos mantenían en la sala, viendo televisión —casi siempre partidos de fútbol— mientras Paola o Andrés preparaban la comida. Al principio, al llegar a la casa, mi papá se conformaba con saludarla de lejos, al otro lado de la reja de la entrada, y seguía su camino hacia el segundo piso, donde se sentía con pleno derecho de entrar.

A lo mejor su distancia se debía a la presencia de ese trío desconocido. Por mucho que fueran la familia de su hija, habían llegado de repente, y a él todavía le parecían extraños. Tal vez creía que hacía más si se mantenía lejos, porque de lo contrario iba a verse obligado a mostrarse social. Hablar, hacer y responder preguntas. Ser un suegro, aunque no sabía lo que implicaba. Por lo demás: nadie aseguraba que eso le interesara. Él solo quería constatar que Paola estuviera bien. Con saberlo quedaba tranquilo. Eso era todo.

Finalmente, la presencia de Andrés y los niños dejó de intimidarlo, y decidió ignorar el pudor y entrar hasta la sala, a visitarla. Se sentaba en una silla Rimax, o donde estuviera libre, y conversaba con Paola sobre cualquier tema. A veces arrimaba antes, a veces después de visitarnos a mi mamá y a mí, y asegurarse de que allá todo estaba en orden. Esa era su rutina de los últimos años: subir, preparar el café de las tardes, recostarse sobre el sofá que daba al pie de la ventana por la que veíamos a todos los vecinos subir y bajar, y acompañarme un rato viendo televisión hasta que la cena se servía y se iba a su casa a dormir. Una de esas visitas coincidió con la hora del día en que empieza a oscurecer al interior de las casas.

—Alde, haceme un favor y me prendés la luz —le pidió Paola esa vez, al poco tiempo de que él llegara. “Alde” era una forma abreviada de su nombre, Aldemar, al que tanto ella como yo nos habíamos acostumbrado desde niños. Nunca le decíamos papá, ni papi, ni pá’. Mucho menos padre. Solo Alde. Toda la familia lo llamaba así.

Mi papá extendió el brazo, con la mano abierta, en busca del interruptor, pero no dio con él. Paola pensó que estaba bromeando. No podía ser de

otra manera. Lo tenía ahí nomás, bastaba con que se fijara y oprimiera el botón de una vez. Qué esperaba. Los segundos pasaban, y nadie notaba algo distinto de la oscuridad del cuarto, haciéndose cada vez más densa, que los obligaba a aguzar la mirada más de la cuenta. Mi papá no hacía más que subir y bajar el brazo, en un recorrido por la pared que asemejaba al de los mimos, mientras de reojo intentaba disimular la urgencia con la que buscaba el interruptor. Los segundos continuaron.

—No, Alde, usted está muy ciego... —terminó por decirle Paola, a modo de burla inofensiva. Desconocía que esa sentencia no hacía más que echar al traste todo el esfuerzo con que él había intentado combatir la ceguera que estaba reduciendo su mundo a una sucesión de sombras y objetos borrosos, desde hacía tanto. Al final el bombillo se prendió, pero ya todo estaba dicho: era el momento de visitar a un médico.

Ella se lo comunicó, y como era de esperarse el miedo de mi papá se tradujo en una indignación que lo puso en pie en segundos y lo sacó casi que corriendo del piso. Paola lo vio irse, en silencio, con una mirada de sorpresa que parecía expresar su vergüenza por la situación. Aunque en el fondo sabía que la molestia que nuestro papá había exhibido no era más que una salida rápida para evitar darle la cara a sus problemas. Ella reconocía que los hospitales representaban uno de los mayores miedos de él, sino el más grande. Mi papá siempre había preferido la medicina alternativa. Era normal encontrar en su mesita de noche, al lado del radio que le indicaba la hora todas las mañanas, un frasco tras otro con bebidas naturales que madrugaba a comprar sin decirle a nadie al Centro Botánico Gregoriano, un lugar de medicina naturista ubicado en el oriente de la ciudad. Además, sabíamos de los brebajes que preparaba con cuantas matas existían, por consejo de sus amigos. Su fe era distinta, alejada y escéptica de la ortodoxia que representaban los grandes laboratorios, con sus pastas e inyecciones. Paola lo entendía, pero ante la gravedad de aquello que había presenciado era necesario recurrir a medidas más efectivas. Un médico, por variar. Mejor tarde que nunca. Al ser la testigo principal, tendría que insistirle más que nadie hasta lograr que él derrotara sus miedos y aceptara la ayuda de alguien. Estaba segura de que el futuro de la salud de mi papá estaba en sus manos. Iba a tener que inventarse algo para que fueran, cualquier cosa. No había otra alternativa.

3.

Era la mañana de un viernes cualquiera, en la que bajaba sin apuros por “Cinta Larga”. Iba a mis clases en la universidad. Siendo poco más de las ocho, la mayoría de los vecinos recién despertaba, así que apenas se oía el cantar de los pájaros. El sol que caía sobre el pavimento ya anunciaba un día caluroso. La calle estaba desierta, tranquila, hasta que a mitad del descenso vi que dos personas aparecían en dirección contraria. Una mujer con vestido de embarazada y un señor que caminaba con lentitud. Cuando los tuve a pocos metros supe de quiénes se trataba. Eran Paola y mi papá.

Estábamos a unas cuantas casas de la de él. A mi izquierda, había un grueso poste de la electricidad que alguien se había tomado la libertad de pintar de blanco hasta la mitad, el mismo color de la fachada de la casa más cercana, y en el cual se podían notar las huellas de varios afiches pegados con cinta adhesiva, publicidad para negocios, invitaciones a velorios y demás información que miembros de la Junta de Acción Comunal consideraban útil para el barrio.

—Está grave... —me dijo Paola, y luego añadió que venían de la cita médica a la que después de mucho él había accedido. Mi papá estaba vestido con una vieja camiseta negra tipo polo, un pantalón en drill oscuro descolorido con dobleces en las botas y unas zapatillas en cuerina cuyas puntas y empeine se veían opacos y resecos debido al moho que había comenzado a atacarlas. Por el tono enfático de Paola, entendí que más que informarme sobre su estado de salud, ella buscaba advertirle que sus problemas eran bastante serios y no podría seguir negándose a lo que estaba por venir.

—¡Mentira! —contestó él, negando brevemente con la cabeza, mientras bajaba la mirada para ubicar el bolsillo de su pantalón, del que sacó un pequeño fajo de billetes de mil, dos mil y cinco mil pesos, arrugados y a punto de rasgarse. Los empezó a contar. Me imaginé que su billetera no había aguantado más remiendos, como los que les había hecho a otras con cáñamo y aguja capotera cuando se rompían de tanto uso. Al no interesarle una nueva billetera había terminado por cargar su plata de esa manera. Instantes después me dio la incómoda sensación de estar fiscalizando cuánto tenía mi papá, así que levanté la mirada.

Quizá él tenía razón: Paola exageraba. Salvo sus ojos, que ahora tenían una especie de velo que los tornaba azules grisáceos, ante mí estaba el mismo hombre que había visto siempre. Con el bigote que nunca se quitaba, las largas pestañas arqueadas que tanto le habían gustado a mi mamá, la mandíbula redonda tapizada de verde por el rasurado, la frente amplia, de pequeñas entradas que quedaban al descubierto por su forma de peinarse, un estilo serio que lograba con un ademán de su mano izquierda: cerraba los dedos como si estuviera cogiendo la empuñadura de un mazo, el pulgar erguido, y la pasaba de un costado de la cabeza al otro, como una vasija que entra en un estanque de agua, para a continuación asentar el cabello en esa dirección con un ligero golpe de su palma derecha.

Finalmente me extendió su mano con un par de billetes, los siete mil que me daba a diario para cubrir mis gastos de transporte y alimentación. Me apuré a recibirlos, en silencio, sin agradecerle. Los guardé en mi billetera. Luego, sin darnos tiempo de decirnos nada más, me despedí.

—Chao, que te vaya bien —respondió mi papá, y junto a Paola siguió el ascenso, después de saludar al vecino que salía a barrer la hojarasca que había caído la noche anterior desde lo alto de un árbol ubicado en la República de Panamá, la escuela donde yo había estudiado mis primeros años. Caminaron por un costado de la vía, justo del otro lado del muro de concreto que protegía el patio de la escuela del desnivel con respecto a esa calle, una pared a la que la humedad le había causado manchas iguales a cascadas de agua verdusca. Encima de mi papá y Paola, el tendido eléctrico en el que a veces se posaban las torcasas caía en parábolas entre un poste y otro, cubierto por malezas que se enredaban en los cables.

Seguí caminando hasta que llegué a la parada del bus. Me senté a esperar que llegara, sobre un banquillo de cemento a pocos centímetros de la carretera. Cuando llegó me subí a él y seguí mi viaje. Me tranquilizaba que fuera Paola quien se estuviera haciendo cargo de mi papá. Estaba convencido de que, sin importar el delicado diagnóstico que le dieran en el centro de salud, con ella pendiente no faltaría nadie más para garantizar su bienestar. Pronto, sin embargo, iba a ser necesario que también me involucrara, en escenarios que no hubiera imaginado ni en mis peores pesadillas.

4.

Dos semanas después, Paola y mi papá acudieron por los resultados de unos exámenes. Apenas iniciaba el día. Cuando supieron el resultado mi hermana confirmó que no exageraba con lo que me había dicho.

Debido a que mi papá acababa de cumplir 61 años, después de diagnosticar que su problema de visión se reducía a unas cataratas densas, la doctora había recomendado inscribirlo en un programa de salud destinado a los adultos mayores. Dicho programa implicaba la evaluación de las funciones vitales de su cuerpo —una precaución que no estaba de más para alguien que jamás había asistido a controles médicos—. Fue gracias a ello que pudo descubrir el riesgo en que estaba su vida: por un lado tenía la presión alta, algo que a ninguno se nos hubiera ocurrido antes, y por el otro una muestra de sangre reveló picos temerarios de creatinina, un compuesto de desecho que el metabolismo de las personas sanas excreta por la orina sin problema y que si se conserva en el organismo puede ser muy tóxico. La sorpresa mayor: sus ojos desgastados no eran más que la punta del iceberg.

—Así como está no lo podemos dejar ir —sentenció la doctora—. Tenemos que trasladarlo, hasta que estemos seguros de que don Aldemar no corre ningún peligro.

Frente a la desconocida que le indicaba que su caso no era tan sencillo como todos pensaban, era muy probable que mi papá se estuviera arrepintiendo de haberse dejado seducir por Paola. Ella, luego de darle vueltas al asunto, había dado con una solución sencilla para su negativa de ir a consulta médica. No recurrió a escenarios nefastos, con finales que hubieran dejado mudo a cualquiera, sino que había optado por decirle que estaba muy joven —apenas tiene 61 años, de qué se preocupa—, y no le vendría mal que un médico confirmara su buen estado. Eso no demoraba, era más bien un trámite. Como para estar seguros. Y ya...

Ahora lo lamentaba.

Su vanidad le salía cara, al parecer. Había dicho que sí, motivado por la promesa implícita de que no iría más que esa vez, pero cuando un examen dio paso al siguiente supo que se había equivocado. Lo único que le correspondía era resignarse. De ahí no podía salir corriendo como de la sala

de Paola. Qué hubieran pensado. Se había visto obligado a mantener la compostura, así por dentro estuviera muerto de miedo, mientras se preguntaba para qué habían ido, si no hacían más que retrasarlo para el trabajo, al que por nada del mundo se permitía llegar tarde. Nunca.

¿Para qué tanta cosa, si él no se sentía mal? Le costaba un poco ver, y le caería bien ganar peso, pero de resto no se quejaba. Al escuchar lo que la médica le dijo, sintió por primera vez en muchos años temor por lo que una hospitalización podía traer consigo, e intentó acabar con todo de una vez y para siempre.

Sabía que no podía salir de buenas a primeras; entonces recordó su trabajo: todos los días de su vida había vivido de vender helados en la calle, salvo breves períodos en que trabajó como ayudante de construcción y un tiempo en el que fue recolector en el Eje Cafetero. Desde antes de que yo naciera trabajaba como heladero en un cementerio llamado Jardines de la Aurora, un enorme camposanto ubicado en el extremo suroccidental de Siloé que lindaba con la Escuela de Carabineros de Cali. Todos los días, de diez a doce y de dos a cinco de la tarde. ¡Bingo! Creyó que esa obligación lo excusaría, tal como había pasado antes con otros compromisos que no deseaba, y así podía posponer lo que le harían en el hospital indefinidamente. Hasta cuando tuviera el coraje de admitir que necesitaba ayuda.

—¿No podríamos dejarlo para el lunes? —dijo— Es que yo entro a trabajar ahora a las 10...

En la mirada de la doctora se alojó por un instante el brillo de la ternura, al darse cuenta de que aquello que motivaba la evasiva de su paciente no era la extrema responsabilidad sino el físico miedo. Sospechaba de sus preocupaciones, pese a que la expresión de mi papá rara vez dejaba entrever sus emociones, y le pareció que trataba igual que con un niño que no quiere una inyección. Pero no era así. Estaba obligada a recordarle la gravedad de lo que habían descubierto, para que entendiera su alarma y aceptara quedarse bajo observación. Tenía que colaborar, era por su bien. Así de sencillo. Paola, a la espera en el asiento del acompañante, se daba cuenta de que efectivamente estaba presenciando el temor más grande de nuestro papá. Le parecía increíble que siguiera buscando excusas para huir.

De nada sirvieron sus intentos. Lo trasladaron esa misma mañana. Vine a enterarme apenas en la noche, cuando volvía a la casa de la universidad. La noticia fue tan abrupta que cuando la oí de mi mamá no supe qué decir. Sin embargo, en esta ocasión no tuve tiempo de seguir de largo como la vez pasada. Me habían encomendado una tarea específica.

La preocupación más grande de mi papá, luego de llegar al hospital y aceptar a regañadientes que lo internaran, había sido la de dejar conectado todo el día el congelador que usaba para guardar los helados. Si no lo desconectaban por la noche, corría el riesgo de sobrecalentarse y dañarse. Y eso no lo podía permitir. ¿De dónde se conseguiría la plata, luego, para mandarlo a arreglar? Como Paola contaba con seis meses de embarazo para entonces, no le permitían quedarse en el hospital y acompañarlo. Antes de que ella lo dejara solo, mi papá le entregó las llaves de su casa para que le hiciera el favor y le desconectara el congelador. Algo así me explicaba mi mamá, al tiempo que señalaba la mesa, donde ahora estaban: el lugar exacto en el que mi papá solía dejarlas cada que nos visitaba.

Me duché para apaciguar el cansancio del día, tomé las llaves y salí a la casa de él, sin saber muy bien si podría ubicarme una vez llegara. No en vano habían pasado más de diez años desde que yo entrara en ese lugar por última vez. Iba a ser una visita extraña, lo podía apostar, pero no me imaginaba su magnitud. Nadie me hubiera podido explicar que ese favor iba a enseñarme, sin que lo pidiera, cuán afincado vivía mi papá en su pasado, como si en algún momento de su vida hubiera perdido por completo el interés por las cosas materiales y se hubiera conformado con sobrevivir con lo que había alcanzado en sus mejores años.

Su casa era de dos pisos, también. En el primero había construido cuartos independientes, que le arrendaba a inquilinos. Tres, para ser exactos. El primero de ellos estaba al frente, con todo lo que necesitaba, baño y cocina. Los dos restantes daban la impresión de estar escondidos más al fondo, adonde uno llegaba por un sendero lateral. Compartían el baño. Así como la casa de mi mamá, tenía un árbol en la esquina, pero el suyo era un enorme guanábano que había crecido al punto de enredar sus ramas con las cuerdas de electricidad que atravesaban lo alto de las casas vecinas. En el

segundo piso, a donde se llegaba luego de subir más de quince escalones de granito, vivía él. Se trataba de una habitación amplia, con un balcón donde había puesto algunas cajas de icopor como macetas para sus matas de sábila, que junto con las macetas que pendían de los troncos más gruesos del árbol daban la sensación de vivir internado en medio de una selva en pequeña escala.

Encontré la llave, por fin, luego de probar muchas de las que cargaba en su llavero. Entré y empecé a subir hasta que me topé con una segunda reja, esta vez más pequeña, a un par de metros de distancia de su puerta. No me demoré demasiado en ubicar la nueva llave. Luego de abrirla, me encontré con algo que ya veía venir. Desde cuando lo visitaba, siendo niño, mi papá había aceptado cambiar la chapa de esa puerta —luego de que se dañara, seguramente— por un sistema mucho más acorde a su vida, regida en especial por ese pragmatismo que lo solucionaba todo al primer intento, sin importar cómo quedara. Sonreí, quizá porque era lo mínimo que podía esperar de su parte, al ver que no lo había cambiado: atado de la manija interior, un cable se extendía hacia el extremo más próximo del cuarto, justo donde colindaba con la pared del vecino. De ahí salía de un ladrillo que antes había perforado, lo que le permitía abrir con solo estirarlo, si uno sabía dónde meter la mano. No era tan difícil, ya lo había hecho. No me costó abrir.

Cuando prendí la luz, el bombillo me dio la bienvenida, por si hiciera falta, a una vida tan lejana que apenas y lo pude creer. Parecía como si nadie habitara en ese lugar desde hacía mucho, y lo que quedara fuera un cuarto abandonado a su suerte, donde el único rastro de su morador había quedado en los cuadros y fotografías pegados en las paredes.

Eran, sobre todo, imágenes de Paola. En ellas aparecía abrazándolo. Posando a su lado al frente de la casa, en compañía de amigos y familiares de mi papá. Cortando el pastel de sus nueve años, con una sonrisa que más parecía una carcajada a punto de explotar. Sobre el muro en uve que había a la entrada, cuando no lo cubría la reja café que ahora lo protegía de los ladrones, con una tierna sonrisa por la que se le marcaban hoyuelos en ambos cachetes. Rodeada de matas sobre el balcón, con mi papá haciendo una mueca de alegría a su lado. En su primera comunión. No me extrañó

que entre ellos hubiera existido esa cantidad de momentos en común. Ella había vivido junto a él, en esa misma casa, durante toda su niñez, y era de esperarse que las fotos atestiguaran esa relación cotidiana en mayor cantidad que la relación conmigo. Para cuando nací, mi mamá ya tenía su casa, y los encuentros casuales no fueron posibles, debido a que sus visitas estaban regidas por horarios muy específicos.

Y, sin embargo, había una que otra foto en la que aparecíamos mi papá y yo. En una de ellas él me sostenía, mientras un párroco hacía algo parecido a darme la bendición en mi bautismo. En otra, yo aparecía forzando una sonrisa a medias, vestido con una toga azul oscuro, esclavina a rayas blancas, y un birrete también azul del que caía una borla blanca como la cola de un caballo de paso fino. Era mi grado de quinto de primaria.

Solo había una foto de los tres, y eso me llamó poderosamente la atención. Aquel día, también en la entrada de la casa, mi papá usaba un pantalón de lino verde, zapatos cafés, camisa manga larga azul claro, remangada a la altura del codo y ceñida por dentro por una correa negra. Sonreía, dejando ver un poco los dientes debajo del bigote. Paola, quien ya se notaba que iba a ser más alta que él, estaba a su lado, con las manos detrás. Llevaba un pantalón a rayas fucsias y moradas, sandalias que dejaban a la luz unas uñas pintadas con esmalte blanco y una blusa con decorado minimalista a la altura del pecho, con flores blancas sobre fondo rojo. También sonreía. Yo tenía tres años y vestía un pantalón de drill kaki sujeto por unos tirantes azul oscuro con broches plateados, zapatos también azul oscuro y una camisa color miel mostaza con tres botones hasta el cuello. Estaba a la altura de mi papá, sujeto de los pies por sus brazos. En su mano derecha se avisaba el llavero, que se podía notar por el destello de varias llaves.

Ese mismo llavero que, casi veinte años después, había vuelto a meter en el bolsillo de mi pantaloneta. No quise quedarme mucho más, y luego de que ubiqué el cable del congelador y tiré de él con cuidado de no irlo a dañar, eché un vistazo rápido al resto del cuarto, como por no perder la oportunidad.

Sí, todo era igual que siempre. La cama en la esquina derecha, su mesita de noche, al otro extremo la reja con candado que separaba el cuarto de la cocina y el baño, el armario de hierro, la bicicleta en la que se iba a trabajar

y, un poco más acá, un viejo asiento de metal corroído sobre el que estaba la canastilla de icopor de los helados, y encima de todo un cielorraso al que la humedad proveniente del piso superior le había dibujado figuras parecidas a hongos. Nada fuera de su lugar, hasta donde cabía.

Apagué la luz. Cerré la puerta, eché candado. Cuando estaba a punto de poner el candado principal, don Gabriel, el único inquilino que tenía la casa por esos días, quien vivía en el piso del frente, me gritó a la distancia para que lo dejara así: necesitaba entrar. Dejé el candado abierto prendido de la reja, intercambié unas cuantas palabras corteses con don Gabriel y empecé a subir la calle.

Me costó unos instantes acostumbrarme a lo que veía ante mí. Habían bastado esos pocos minutos dentro su mundo anacrónico para creer que todos vivíamos en esa época, cuando la verdad era implacable: debido a ese desdén con el que dejaba pasar los días, sin hacer algo concreto por atender las necesidades de su cuerpo, de un momento a otro mi papá pasaba su primera noche monitoreado en la sala de urgencias de un hospital.



Paola y mi papá. De él había heredado la expresividad en sus ojos.



Paola, subida al muro de la entrada en la casa de mi papá.



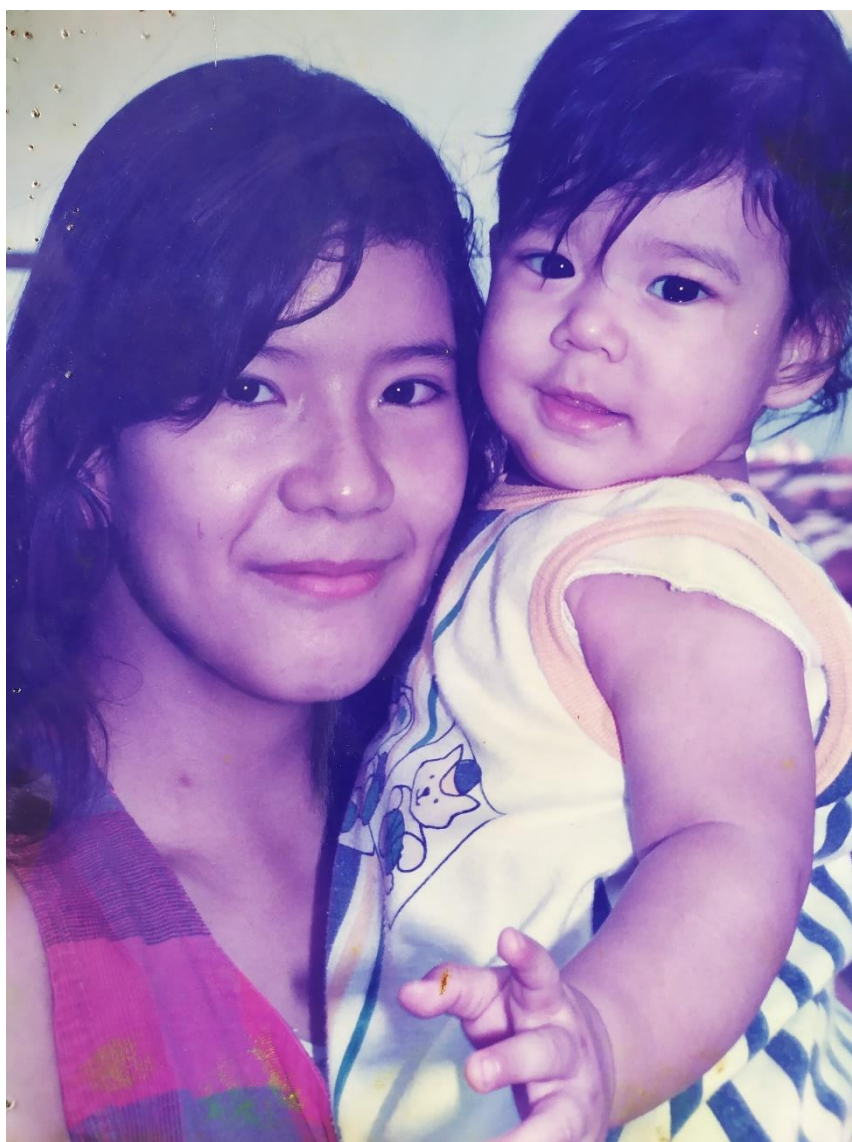
Paola y mi papá, en el balcón de su casa.



Mi papá y Paola, en su cumpleaños número 9.
Cuando mis papás se separaron solían celebrarle el cumpleaños por separado, con un pastel en cada casa.



Mi mamá y Paola, de 12 años.



Paola sosteniéndome en brazos.



Paola y mi mamá, semanas antes de mi nacimiento.



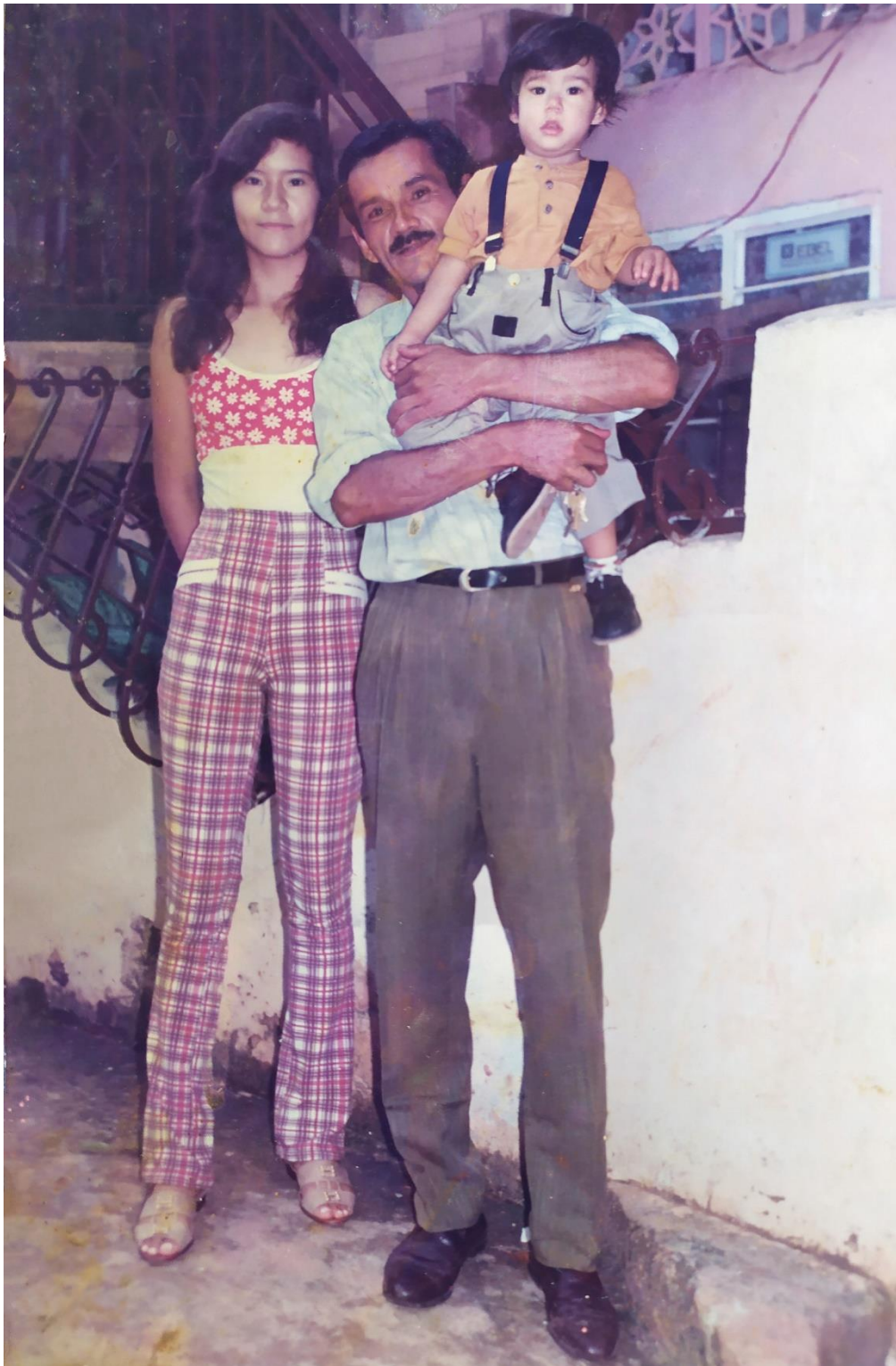
Mi papá sosteniéndome, mientras el párroco me bendice.



Mi familia, el día de mi bautizo.



Mi mamá y yo, celebrando el cumpleaños sorpresa que le organizó Paola.



Sus dos hijos y la casa, el patrimonio de mi papá.

5.

Cerca del mediodía escuché que alguien tocaba a la puerta. Para mí ese sábado había empezado como un fin de semana cualquiera, excepto por el hecho particular de que mi mamá no había madrugado al trabajo, como siempre, sino al hospital. Nada de qué preocuparse. No acompañaba a mi papá porque se hubiera agravado, se trataba de un gesto de solidaridad con la familia. Casi que un trámite. Yo creía que era cuestión de tiempo hasta que le entregaran los nuevos exámenes, y el resto sería historia. Volverían a casa, sanos y salvos, y las últimas horas serían una anécdota de lo engorroso que pueden ser los procedimientos médicos, o quizá una lección de bravura. Como fuera: había llegado a su fin. Estaba tranquilo. Antes de que volvieran a tocar, me levanté para saber de quién se podría tratar.

—Buenos días, ¿Aldemar está? —me preguntó don Gabriel, tratando de disimular la pena que le provocaba estar en la casa de mi mamá, por primera vez. Don Gabriel era un hombre de piel cobriza y cabello corto, entreverado de canas. Desde hacía muchos años, tenía una amistad con mi papá.

—No, no, señor. Sigue en el hospital —le dije, sorprendido de que se tratara de él.

—¿Y qué han dicho?

—Pues le están haciendo unos exámenes, pero todavía nada —tenía la certeza de que en su pregunta, lejos de ser una cordialidad para salir del paso, había verdadero interés por la salud de mi papá.

—Yo venía a dejarle esta platica —me dijo sin más preámbulos, y me estiró la mano derecha con un billete de 50.000 pesos doblado entre sus dedos—. Es que hace días él me pidió prestado para comprar la comida, pero yo he estado ocupado con asuntos familiares y no había podido entregársela antes.

—¡Ah!, bueno, señor —le contesté, esforzándome por no permitir ningún silencio que delatara mi sorpresa—. Ahora que él venga yo se los paso. Gracias.

Nos despedimos.

Recostado sobre la puerta, segundos después, me pregunté cómo no lo había imaginado antes.

Por un gesto de buena voluntad -evidencia de que su separación nunca se debió a problemas terribles-, cuando mi mamá se separó de mi papá y empezó a vivir sola en su casa, ambos acordaron que él seguiría yendo a comer las tres veces del día. A cambio dejaría dos mil quinientos pesos cada noche. En su momento era lo justo, pero conforme pasaron los años esa cantidad pasó a ser simbólica. No era suficiente para todo lo que le brindaba, pero a ella no le molestó seguir sirviéndole su comida con puntualidad.

Mi mamá era la hija del medio, y siempre se había dedicado a ayudar en casas a cambio de un poco de dinero, desde que su educación quedó truncada en tercero de primaria. Había perdido el año y mi abuelo, quien trabajaba como guarda de seguridad y en su vejez solía caminar luciendo anillos de fantasía y trajes planchados con rigor, no contó con el dinero suficiente para matricularla de nuevo. Desde entonces mi mamá se había dedicado exclusivamente a ese trabajo, en el que encontró la forma de canalizar su obsesión con el orden y las ilimitadas energías que le impedían quedarse quieta en un sitio por mucho tiempo. Pronto contó con una independencia económica de la que se servía para aportar en los gastos que cubría mi abuelo en la casa, luego de que mi abuela los abandonara.

A los 20 años había ingresado a trabajar, oficialmente, como empleada de servicio a tiempo completo, y tal había sido su entrega a las labores físicas de hogares ajenos que siete años después había decidido cortarse su larga cabellera, pues le resultaba más práctico a la hora de limpiar. Tenía solo un breve copete, que cada mes se mandaba a reducir. Ahora llevaba más de 33 años trabajando donde una señora llamada Marlene, en una amplia casa de dos pisos ubicada en el barrio Pampalinda, donde por cariño solían llamarla “Maru”. Ese era el diminutivo de su nombre, María Eugenia, por el que Isabella, la nieta de doña Marlene y a quien había cuidado desde su nacimiento, la buscaba cuando era niña. Todo hubiera continuado de igual manera, de no ser porque el paso del tiempo le hizo una mala jugada.

Hacía poco Isabella, la principal razón de su trabajo, había cumplido la mayoría de edad, y no era necesario que mi mamá estuviera pendiente de lo que requería a toda hora. Así las cosas, mi mamá seguía yendo sin falta a su trabajo, pero cada vez encontraba menos oficio por hacer, y en su interior sentía vergüenza por seguir ganando la misma plata por una labor que se había reducido ostensiblemente.

Don Walter, hijo de doña Marlene y papá de Isabella, no demoró en ver las cosas de la misma manera. Él era un hombre de baja estatura que trabajaba como ingeniero en Emcali, la empresa de servicios públicos de la ciudad. Lo apasionaban las motos Harley Davidson, y prueba de ello era la que tenía en el garaje de la casa, esperando a que alguno de sus amigos le avisara de una nueva ruta por cubrir. Con el tiempo entendió, también, que no podían seguirse dando el lujo de tener a mi mamá todos los días; ella apenas encontraba algo en que ocupar el tiempo pese a que la casa era inmensa y la mugre siempre encontraba dónde ocultarse. Con Isabella capaz de brindarse sus propias atenciones, ya no precisaban de la totalidad de sus servicios. Tenían que avisarle que las cosas cambiarían.

—Maru, yo creo que no va a ser necesario que vengas todos los días. Con dos es suficiente —concluyó una mañana cualquiera doña Marlene.

A mi mamá no la sorprendió la noticia, pues en cierta medida la veía venir, pero supo de inmediato lo que eso acarrearía. Era una especie de despedida a medias, con la que dejaría de recibir un salario fijo cada quincena para empezar a laborar por uno diario, apenas dos veces a la semana. Tendría que empezar de ceros, justo cuando cumplía poco más de cincuenta años. Sintió desespero, por supuesto.

Pasaron algunos días, en los que de repente ella y yo nos encontramos en una situación inédita: los momentos en los que solía despertar en su compañía era únicamente en las mañanas de los domingos, cuando yo salía tarde de mi cuarto a desayunar. Después de eso seguía nuestra rutina. Me iba a la sala a ver partidos de fútbol en la televisión mientras mi mamá, al otro lado, se ocupaba de sus labores de manera estricta, casi desmedida, solo que esta vez para el beneficio de su propia casa. Aprovechaba para entrar a mi cuarto a cambiar cobijas y sábanas y sacudir el polvo de mi escritorio, se encerraba en el baño a quitar con esponja las manchas

invisibles de jabón y champú que quedaban después de varios días, y por si eso no fuera poco al rato atravesaba la sala con un balde de agua, detergente y escoba en mano. Cerraba la puerta de la casa y al rato escuchaba cómo estregaba cada uno de los escalones que nos separaban de la calle.

“Hoy tocó día de aseo, doña María Eugenia”, le decían algunos vecinos que pasaban, al notar cómo ella se disponía con tanto empeño y concentración. Yo la veía ir, a lo largo de esas mañanas, de un lado para el otro, y no dejaba de pensar que estaba exagerando, que no era necesario esforzarse tanto en su día de descanso. Pero así era: había interiorizado hasta tal punto sus labores que no sabía diferenciar cuando lo hacía porque era menester y cuando por simple inercia.

Por eso verla en la casa todo el día, recostada sobre el sofá en las tardes viendo programas que ni siquiera pensaba que le interesaban, me parecía una curiosidad apenas posible. Como ahora hacía el aseo en la casa casi a diario, era mucho el tiempo libre que le quedaba. Hubiera estado bien seguir así, un descanso justo al fin, de no ser porque un pensamiento la atormentaba: no iba a recibir ningún pago por las horas muertas que ahora tenía. Necesitaba otras salidas. Pensó, incluso, en dedicarse a vender arepas, afuera de la casa. Pronto encontró en el apartamento de doña Mónica, la rubia y alta mamá de Isabella, un día más de trabajo en la semana, pero aún estaba obligada a cortar algunos gastos en la casa. Las comidas para mi papá fueron lo primero.

Yo estaba viendo la televisión cuando ella se lo dijo. De repente noté que al fondo, cerca del balcón, ellos hablaban. Estaba seguro de qué se trataba, porque ella ya me había contado su decisión. Aun así me acerqué un poco, estirándome disimuladamente desde el sofá, para escuchar mucho mejor.

—Alde —le decía ella, con una voz tranquila que parecía estar hablándole de cualquier noticia de la que se hubiera enterado—le quería decir que donde doña Marlene me acaban de quitar días en el trabajo, así que ya no puedo seguir dándole la comida.

—¡Ayyyyy!, ¿cómo así? —le respondía mi papá, aunque quizá todavía no fuera consciente de lo que esas palabras significaban. A lo mejor su reacción escondía en primer lugar preocupación por lo que sería de nosotros en la

casa, ahora sin el sustento que había tenido mi mamá desde hacía más de tres décadas. —No, pues si no se puede...

Así nomás. Sin mayor dramatismo. No en vano su relación siempre había sido amena. Los recuerdos que tenía de mi niñez los situaban a ellos dentro de un cuadro cálido, en donde no había espacio para las discusiones ni las malas palabras. Siempre, cuando mi mamá regresaba del trabajo, mi papá me pedía que fuera a la cocina a traerle café. Antes él había dejado una taza con un poco dentro, tapado con una olla pequeña para que no se enfriara, luego de entregarme la mía junto con el pan que traía a diario de una panadería camino del cementerio.

Mi mamá la recibía con gusto, sentada a los pies de mi papá, y a partir de ese momento se dedicaban a contarse los últimos chismes de sus conocidos. El único instante incómodo de presenciar era más resultado de un vicio de mi papá, con el que mi mamá nunca había estado de acuerdo, y que visto con el tiempo solo causaba ternura. Cuando se sorprendía demasiado ante alguna noticia él solía exclamar palabrotas, groserías cuyo tono no tenían el propósito de herir a nadie ni iniciar discusiones pero que ella se apuraba en censurar de inmediato. “¡Ay, gran hijueputa!”, decía mi papá, asombrado, y de inmediato mi mamá lo regañaba como si estuvieran en una casa ajena. Luego seguían hablando, hasta que ella se paraba a hacer la comida. Para mí había sido extraño descubrir que, pese a que mis papás estaban separados, nunca había sentido la tensión y el rencor por un maltrato de ninguno. En esas noches, en cambio, vivía convencido de que lo único distinto en mi familia era que mi papá no dormía con nosotros.

Días después, y para mi descrédito, fue él quien me ayudó a ver lo que había ocurrido con mayor claridad. Iba subiendo, casi al mediodía, camino a mi casa, y cuando me acercaba al frente de la suya vi que estaba afuera. Lo saludé y él, como si tuviera el deber de hacerlo, me ofreció un helado. Lo acepté. En esos momentos, lejos de ser el niño y el padre de antes, dábamos muestras de empezar a vernos como iguales, dos hombres que están en capacidad de entender la vida y por ende son dignos de los pensamientos del otro.

—Con que a tu mamá le bajaron los días en el trabajo... —empezó él, recostado sobre la baranda de la reja. Yo estaba del otro lado, a un costado de la calle.

—Sí —le dije—. Es que como Isabella ya no necesita que la cuiden, entonces pues por eso le dijeron que no era necesario que fuera todos los días.

—¡No, y no solo eso, Egüar! —él rara vez me llamaba por mi nombre tal y como era. Prefería aproximaciones, en honor al cariño, como “Jegüar”, “Jegüina” o “Jhonegüina”. Era su forma de corresponder a la forma en que yo lo llamaba— Con eso de que le tienen que pagar pensión y ese poco de cosas, para ellos mejor. Se la van sacando de a poquitos...

—Mm, claro —le respondí. En el fondo pensaba que él se equivocaba pero sentí que era mejor no llevarle la contraria. Pocas veces lo había visto tan convencido de algo.

La verdad era que hacía poco había aparecido en los noticieros el caso de una señora que, como mi mamá, había trabajado como empleada doméstica en una casa de familia hasta los 73 años, momento cuando quedó sin sustento económico alguno porque no la habían afiliado al sistema de pensiones. La señora demandó a su empleadora, para quien trabajaba desde hacía 14 años, y a raíz de esto la Corte falló en su favor, y sentó el precedente para las demás familias que contrataran este tipo de ayudas. Las empleadas tenían derecho a la totalidad de las prestaciones y seguridades sociales que conlleva un contrato formal, así este no estuviera escrito. Todas, sin excusas. Donde doña Marlene mi mamá solo obtenía su prima a mitad y a fin de año, y para eso tenía que llegar al extremo de cobrarla tras días de demora, algo que la avergonzaba sobre manera. Cuando le dijeron que no era necesario que fuera todos los días, con lo que su contrato hasta entonces terminaba, no le reconocieron liquidación alguna.

Ingenuo que era, hasta ese encuentro con mi papá me había convencido de que su reducción laboral era legítima. Incluso me despedí de él con la sensación agri dulce de no haber estado a la altura de mis convicciones y haberme negado a rebatir esa tesis tan segura que había sostenido. Hubiera

sido nuestra primera discusión, síntoma de que ambos reconocíamos nuestra facultad de pensamiento. Tiempo después, ya en mi casa, entendí que había hecho mejor al callar, a lo mejor tenía la razón. Era la primera vez que la experiencia de mi papá se imponía a la mía, a pesar de que yo pudiera decir que estaba en mejores condiciones para entender el mundo de las leyes y cómo funcionaban esas cosas, basándome en la frágil seguridad que me daban mis estudios.

En adelante, cada vez que él subía en las mañanas se demoraba un poco más de lo habitual. Mi mamá no le iba a negar un café, así que no hubo problema con que subiera a desayunar. Mi papá compraba su propio pan, cuando en la cocina no encontraba nada. No había mayor desajuste, sobre todo si se tenía en cuenta que mi mamá, a las pocas semanas de verse en la casa sin hacer nada, había empezado a repartir publicidad con ayuda de Isabella. Ya casi tenía la totalidad de días en otras casas nuevamente.

Algo que no había cambiado para nada la decisión que le había comunicado a mi papá, quizá porque ya desde hacía un tiempo estaba cansada de cocinar de más, y no estaba dispuesta a dar marcha atrás. Por lo demás, él parecía sobrellevar bien la situación. Ninguno lo sabía, y solo tiempo después entendimos, en especial yo, la razón de sus demoras.

Había empezado a cocinar en la casa. Todos los días compraba una cebolla, una papa, y un huevo, y se hacía una sopa de huevo, que era lo que mejor le salía. Luego de desayunar, empezaba a prepararla, y cuando estaba lista se la llevaba en una olla tiznada que subía de su casa todos los días. En más de una ocasión, cuando llegaba de la universidad, encontraba manchas de comida en los escalones que daban al segundo piso, y entonces entendía que se le había regado al salir. Cuando lo supimos, decidimos no decir nada. No era un gasto demasiado alto, y si mi papá estaba bien con su ración diaria de sopa a nosotros no nos podría quedar más opción que aceptarlo.

Pero esa mañana, con el billete de cincuenta mil pesos en mis manos, tuve una idea de lo precaria de su situación. Quizá no prefería esa dieta repetitiva por gusto, ni siquiera por la pereza de cocinar algo mejor, sino

porque sencillamente era el plato más barato que se podía costear. Y a juzgar por lo que me acababan de decir, ni siquiera para eso había tenido en los últimos tiempos. ¿Qué clase de vida estaba teniendo mi papá hasta entonces, y cómo era posible que yo no me hubiera dado cuenta antes de las privaciones a las que se estaba sometiendo?

Llegaron pasado el mediodía. En el hospital le habían estabilizado la presión, le enviaban medicamentos para tratar sus insuficiencias —entre ellos pastas de sulfato ferroso para su bajo peso—, le recetaban más exámenes. Mi papá se sentó a la mesa de la sala y empezó a luchar por quitarse una de las cintas de microporo que le habían puesto para asegurar en su mano la aguja con la que lo habían canalizado para introducirle el suero. Mi mamá fue hasta la cocina, a traerle algo de beber. Recostado sobre el vano de mi cuarto, frente a él, le conté que había venido don Gabriel y que lo había preguntado. También le entregué el billete. Me preguntó si tenía cambio. Le dije que no. Seguramente debido a la culpa que sentía por lo que acababa de descubrir, corrí a preguntarle a mi mamá si tenía sencillo. Ella asintió y, tras buscar en su monedera, me entregó varios billetes. Volví y se los entregué a mi papá. Él separó uno de cinco mil y me lo tendió. Era lo del día. Lo acepté, tratando de disimular lo que ya sabía, aunque al instante me sentí un miserable.

Para entonces teníamos claro que su problema inicial era lo menos importante de lo que nos tendríamos que encargar. Por no haber tratado apropiadamente su presión alta, uno de sus riñones ya no funcionaba, y el otro a duras penas respondía. La posibilidad de una diálisis empezó a darme vueltas en la cabeza. Temía que su vida dependiera en adelante de una máquina que le limpiara la sangre varias veces a la semana. ¿Cómo haríamos, si eso llegaba a ser necesario?

Entre la negación y el reencuentro

6.

Siempre había tenido la sospecha de que cuando mi mamá tuvo su propia casa, en mi familia la autoridad de mi papá dejó de ser importante. Se convirtió en una especie de presencia simbólica, casi que decorativa. No era mucho lo que él pudiera hacer, de todas formas. Sus ingresos como vendedor de helados solían depender de factores externos como el clima, el número de entierros que hubieran programado para el día y el antojo de quienes asistían a ellos, una combinación que casi siempre lo sumía en una angustia diaria y no le permitía mayor iniciativa. Cuando Paola o yo le decíamos que necesitábamos algo de dinero extra, su respuesta era: “las ventas han estado malas...”, con lo que entendíamos que no iba a ayudarnos. Aparte de mi mesada para nuestro colegio y la cuota para sus comidas, la precariedad económica en la que vivía no le daba mayor margen de maniobra. Su casa había sido su única posesión, algo que podía compartir sin preocuparse por cuánto costara, y cuando dejó de ser necesaria fue evidente que siempre iba a estar en desventaja con mi mamá.

Ella contaba con un salario fijo y solo dependía de sus capacidades físicas, lo que significaba que nunca iba a faltarle plata y, si se lo proponía, podía incluso darse el lujo de ahorrar un poco cada mes. Tal diferencia había terminado por inclinar la balanza: al final mi papá había tenido que resignarse a que mi mamá tuviera la última palabra sobre nuestro destino; era mejor que ella tomara la batuta de la familia, mientras él seguía aportando con lo que podía, así eso lo relegara a ser un simple espectador. Con los años empezó a sospechar que no tenía ni voz ni voto.

Cada que en la casa mi mamá tomaba una decisión importante, mi papá debía aceptar el hecho de que únicamente sería informado. Era como si enterarlo sobre lo que se iba a hacer fuera una cortesía de la que se hacía merecedor por la figura que seguía representando ante nosotros. Nada más. Plenamente consciente de que no estaba en condiciones de exigir mayores privilegios, se había habituado a recibir esas noticias de buen modo, una reacción ante la cual nosotros respondíamos con la mayor naturalidad.

Por eso meses antes, cuando le contamos que habíamos decidido vender la casa para irnos a vivir a La Sirena, una vereda cercana, me pareció normal de su parte que no reaccionara con indignación y molestia, reclamando una

explicación, sino que apenas esbozara una sorpresa que segundos después desapareció.

Lo que le decíamos era radical, pero probablemente mi papá ya lo veía venir, en cierta forma. Bastaba con recordar cuando Paola le había contado sobre los problemas que desde hace un año estábamos teniendo con los vecinos, por cuestiones de ruido y humo de cigarrillo y marihuana hasta altas horas de la noche, todos los días. No habían valido las quejas, ni las llamadas a la policía, ni siquiera una demanda que mi mamá le había puesto a la vecina dueña de una tienda al lado de nuestra casa, el lugar en el que se encontraban al caer la noche. Lo único que habíamos logrado era amargarnos la vida y ganarnos fama de quejosos en el barrio. Sí: a la final no habíamos tenido de otra. Era mejor cortar por lo sano y empezar de nuevo, en un lugar más seguro.

Ese fue nuestro deseo, pero en medio de la emoción que nos embargaba al imaginar ese futuro, no nos habíamos detenido a pensar en el impacto que tendría para la vida de mi papá el hecho de que ya no viviéramos a menos de tres cuadras sino a varios kilómetros de distancia. ¿Por qué lo habíamos pasado por alto? ¿Había llegado a ser tal nuestro desapego que nos pareció innecesario considerar la desgracia que le esperaba viviendo lejos de nosotros? ¿Era tan contundente la idea que nos habíamos hecho de su independencia y autosuficiencia que no veíamos mayor problema en someterlo a esa suerte de abandono? ¿Habíamos sido egoístas, indolentes?

Desde que supe de la posibilidad de una nueva casa, pensaba únicamente en que pronto podría recuperar el silencio que me quitaban esos vecinos. Por fin dejaría atrás esas noches de desvelo, cuando por culpa de gritos y risas estruendosas no podía descansar. Estaría en paz, lejos de la impotencia y la frustración. Paola quizá pensaba que criaría a Jerónimo, el nombre que le había dado a su bebé, en un ambiente menos viciado. Andrés estaría satisfecho y aliviado al saber que Karen y Kilian iban a poder crecer sin la tentación del vicio. Mi mamá, que podría ver sus telenovelas en silencio, y luego se acostaría a descansar con la seguridad de que nadie la despertaría con su bulla en mitad de la madrugada. Era cuestión de tiempo para que la familia se salvara, pero, ¿y mi papá?, ¿dónde quedaba él, en ese futuro tranquilo?

No habíamos pensado en él. Y ahora, semanas después de que le contamos que nos íbamos, su enfermedad nos mostraba cuán frágiles eran las condiciones de su vida, lo mucho que nos necesitaba a su lado. Aunque de nada sirviera. Ya era demasiado tarde para retractarnos. Hacía poco más de un mes de la venta de la casa y para esas alturas estábamos esperando a que terminaran las obras en la nueva, a donde nos iríamos en cualquier momento.

7.

A la semana siguiente de que mi papá fuera internado en el hospital, empecé a sospechar que llevaba días sin subir a la casa de mi mamá. La primera de las razones era la ansiedad desquiciante con que Bruno, el perro que teníamos en la familia desde hacía tres años, me recibía apenas abría la puerta, luego de llegar en la tarde de la universidad. No me dejaba sacar la llave de la chapa ni poner el maletín sobre el sofá sin empezar a irritarme con sus ladridos y quejidos, en un intento inusual para que lo dejara salir cuanto antes a hacer sus necesidades. Ya conocía sus vivezas, pero algo me indicaba que no era normal su comportamiento.

Parecía como si mi papá no lo hubiera sacado a dar la vuelta. Me sonaba a un disparate, pues recorrer la cuadra sujetando su correa, o dejarlo libre para que pastara por senderos abandonados que había cerca, se había convertido en su costumbre diaria, tras preparar el café en las mañanas. Había iniciado como una recompensa a la ternura con que Bruno lo recibía al llegar a la casa, y se había prolongado hasta entonces, como una muestra de gratitud ante el hecho de que fuera el único en mostrarse alegre por sus llegadas: cada que sospechaba que estaba cerca, el perro se acomodaba al pie de la puerta y, cuando lo veía subir los escalones, sacudía su cola con desesperación. Segundos después nadie sabía con seguridad quién se ponía más feliz con la presencia del otro. Mi papá, luego de abrir la puerta, veía como Bruno se tiraba a sus pies y lo invitaba a acariciarlo acostándose sobre su lomo. Entonces no dudaba en agacharse y quedarse unos minutos pasándole con cuidado su mano a lo largo de su cuerpo pequeño, mientras lo llamaba deformando su nombre tal y como lo hacía conmigo: ¡Ese Bunito!

Tras una semana de clases en la que me había visto en la obligación de salir de casa mucho más temprano que de costumbre, sentía el cansancio acumulado. Trataba de ignorar los ladridos de Bruno. No estaba de humor para aguantar su ruido, y menos quería malacostumbrarlo. Saldríamos cuando terminara de acomodar el desorden que esperaba encontrar en la casa. Pero justo ocurrió que me topé con todo lo contrario, la segunda razón para estar extrañado: la casa estaba impecable, tal y como la había dejado horas antes.

En el pasillo no estaban los rastros pegajosos de comida que quedaban luego de que mi papá le picaba a Bruno un poco de la carne o le desmechara una de las presas del pollo que había en la olla del almuerzo. ¿Acaso había tenido la gentileza de limpiarlos, por primera vez? Iba hasta la cocina, y encontraba la misma escena desconcertante. El mesón, también, estaba limpio. No hacía falta, como todos los días, que repitiera la costumbre incómoda y molesta de limpiar los charcos de café que se encostraban al lado de la cafetera con el paso de las horas.

Lo veía todo tal y como lo había dejado antes de irme. No había trapos sucios, dejados a un lado del lavaplatos con restos de comida. Nada. Eso sí era inusual. Mi papá siempre se había caracterizado por una dejadez en cuestiones de higiene básica que muchos habían llamado simplemente “cochinada”. Ignoraban que parte de ese pragmatismo con el que vivía sus días se traducía, frente a deberes hogareños, en un desinterés soberano por el estado de las cosas. Por una razón que nadie se podía explicar, le daba igual que las capas de polvo revelaran el paso del tiempo en los objetos. Le parecía cómica la idea de lo pulcro y brillante, seguramente. Era un hombre que se había acostumbrado a no desear más de lo mínimo, si lo mínimo le permitía seguir adelante, y ahora encontraba innecesaria la limpieza constante.

Caso contrario a mi mamá, cuyo trabajo había sido siempre esmerarse por mantener lo que encontraba en las mejores condiciones, en la más agradable versión para la mirada. Había sido cuestión de tiempo antes de que ella se cansara de la misma tara desgastante que no le daba respiro y la sumía en una penitencia de aseo que pasaba de una casa a la otra y nunca le daba la satisfacción de un lugar limpio por más de unos instantes, no importaba cuánto se esforzara. Pocos finales habían sido tan premeditados como ese. Cómo habían sabido convivir bajo el mismo techo por poco menos de diez años era el enigma de la familia. No, definitivamente no le podía dar crédito por tanto orden. Era imposible.

Bruno ladraba sin cesar, mientras yo recordaba que el martes y el miércoles pasados había visto con igual sorpresa que todo estuviera limpio, pero no me había detenido a preguntarme si algo le había sucedido a mi papá.

Total, un par de días sin su presencia no eran del todo raros. Antes ya había ocurrido. Él solía desaparecer, así nomás, sin dar ninguna clase de explicación o advertirnos de su futura ausencia, y después de eso regresaba como si nada hubiera pasado, convencido de que nadie lo había echado de menos.

En muchas ocasiones oí a mi mamá decir que mi papá se había ido de procesión a Buga, a pagar penitencias. O algo así. A mí me daba la impresión de que, más que excusarlo, trataba de recobrar nuestra tranquilidad. Paola y yo apenas nos preguntábamos qué pasaba, de repente confundidos por la situación. Sin embargo, esa excusa nos bastaba para saber que no teníamos que exigirle cuentas a su regreso. ¿Cómo nos atreveríamos, si se había ausentado por motivos religiosos, lo que estábamos en el deber de respetar sobre cualquier otra cosa? No podíamos ser tan mezquinos.

De todas maneras, como resultado de la poca injerencia que tenía en la casa, él había sido quien mejor había conquistado su soledad, y sus silencios habían adquirido la rotundidad de una vida hecha a base de decisiones que no tienen reversa, algo así como el hombre que más estaba convencido de sí mismo en el mundo. No serviría de nada reprocharle que hiciera ese tipo de cosas sin consultarnos ni ponernos al corriente a tiempo. ¿Por qué lo iba a hacer, si en la casa apenas y era considerado? Esa evasiva representaba su respuesta ante la poca importancia que parecía tener su opinión para nosotros. Era innecesario desgastarse.

Mi papá había decidido ser así, nadie podría hacer nada para evitarlo ni mucho menos cambiarlo. Y estaba bien. ¿Pero cabía la posibilidad de que un viaje como ese se extendiera por más de tres días, lo que ya contaba para entonces? En absoluto. Bajo ninguna condición él dejaría su trabajo por tanto tiempo. Ni siquiera por rezarle al santo de su devoción, fuera cual fuera. Solo quedaba una opción, y era que hubiera empeorado su estado de salud. Ante la alta posibilidad de que así fuera, más si tenía en cuenta los antecedentes recientes, sentí el pavor instantáneo de una visión: un rostro sin facciones, negro como la noche, me abordaba sin saber de dónde y me atrofiaba los músculos del solo miedo, tan cerca de mi cara que únicamente

fui capaz de cerrar los ojos y sacudir la cabeza para conjurar aquello que auguraba.

Preferí no pensar más en su ausencia. Al día siguiente subiría de nuevo, claro, no tenía por qué preocuparme de más. Era mejor mantener el pesimismo a raya. Bien podía ser que estuviera ahogándome en un vaso de agua cualquiera. Debía calmarme. Lo más importante por ahora, terminaba por conceder, era sacar a pasear a Bruno, cuyos ladridos se habían convertido en un ruido de fondo. Me cambié la ropa por una más cómoda, le puse el collar y salimos.

Decidí darle la vuelta a la manzana, como de costumbre, y en pocos minutos estuve de vuelta en “Cinta Larga”, ahora al inicio de la loma. No tardé en estar al frente de la casa de mi papá. Era el lugar exacto donde antes habíamos tenido la conversación sobre el despido de mi mamá, al pie de la reja. Me bastaba con llamarlo, un solo grito, para salir de dudas. Pero no era capaz. Temía que hacer eso fuera ir demasiado lejos. Seguí avanzando, muy lento, como si no estuviera del todo convencido, mientras intentaba ver de reojo hacia su cuarto. No podía distinguir nada. Me daba vergüenza mostrar preocupación, y tan pronto me parecía que estaba cruzando el límite de mi discreción volteaba la mirada hacia otro lado.

No supe cuándo tuve un rapto de fortaleza y decisión, y quise devolverme y subir hasta su cuarto. Incluso volteé mi mirada hacia la reja, pero el candado puesto en ella me detuvo. Algo que agradecí, en silencio. Esa era una razón suficiente para aceptar que no había nadie, como cabría esperar. Él debería estar en el cementerio en esos momentos. Sí, esa reja cerrada era más que suficiente para convencerme de que no tenía nada de qué preocuparme. A lo mejor seguir con mi camino era lo más recomendable en esos momentos. No había que ser imprudente. Ya mi papá subiría cuando lo deseara.

Bastó una llamada telefónica, hecha por mi mamá al día siguiente, para caer en la cuenta de lo iluso que había sido.

8.

El miedo me paralizó cuando me enteré de que don Gabriel había llevado a mi papá al médico debido a su grave estado. En el fondo sabía que no podía actuar sorprendido, a final de cuentas eso respondía al interrogante de sus últimos días de ausencia, pero la noticia había descubierto de la manera más trágica el endeble entramado de mentiras con el que había intentado mantenerme al margen hasta ese momento.

Sentía que mis músculos pesaban el doble, junto con una creciente taquicardia. ¿Por qué no había subido esa tarde?, ¿en serio me había dado pena de que alguien me oyera gritar su nombre, y al imaginar que me quedaría esperándolo me fui sin decir nada?, ¿realmente había acertado al decirme que él estaba bien, que lo único que restaba era darle tiempo y espacio? Y, si en efecto todo estaba en orden, ¿por qué no me había asegurado? Ninguna de esas preguntas lograba quitarme el peso de mi mala consciencia, porque reconocía que todas ellas hacían parte de la misma falsedad. Ya no me quedaban dudas acerca de cuál era mi comportamiento cuando presentía que había llegado el momento de actuar con firmeza.

Ante la responsabilidad que descansaba sobre mis hombros, dada mi edad y la consciencia absoluta de lo que me correspondía como el hijo de un hombre enfermo, había optado por la evasión, en lugar de asumir con coraje la urgencia del caso. Mi respuesta ante su enfermedad había sido egoísta, cobarde. Había buscado excusas que me eximieran de ese compromiso, en lugar de haberlo ayudado cuando comencé a tener sospechas. Como un niño que no concibe una verdad por más obvia que esta sea, y busca y busca hasta convencerse de lo contrario. Alguien más había tenido que intervenir, hacer mi trabajo. Eso ganaba al permitir que el miedo ante el peor escenario me impidiera ver con claridad aquello que estaba viviendo mi papá.

Era cerca del mediodía. Mi mamá volvía de sus labores en la casa de doña Mónica cuando se encontró con don Gabriel, quien al verla pasar la llamó y le contó lo que había ocurrido. Según él, esa mañana mi papá se encontraba sentado al pie de su cuarto, casi sin aliento, encogido por un

dolor que decía tener en la boca del estómago. No hablaba mucho. Apenas se dedicaba a ver pasar la vida, mientras soportaba en silencio los embates de su cuerpo. Por su apariencia, más cercana a la de una hoja que a la de un roble, era fácil adivinar que en cualquier momento se desmayaría.

Don Gabriel era un hombre que se caracterizaba por la estricta atención que le prestaba a su propia salud, de manera que no dudó un segundo en insistirle a mi papá con el propósito de que fueran a algún sitio donde pudieran ayudarlo: ahí sentado no iba a lograr nada. Quizá porque sospechó que quien le ofrecía su ayuda en ese instante era, en lugar de su inquilino, un amigo, mi papá aceptó que estaba bien dejarse ayudar. Sosteniéndose del brazo de don Gabriel, se dirigieron a una droguería llamada Servivital, una de las más antiguas y de mayor reputación en todo Siloé, debido a que ocupaba toda una esquina de la zona comercial y ofertaba gran variedad de medicamentos.

Una vez estuvieron allá, don Gabriel creyó que había hecho más que suficiente. Lo dejó en el pequeño pasillo de espera, para regresar a cumplir con sus demás obligaciones, convencido de que su amigo estaría a salvo. Esa era la historia. Al escuchar el giro que habían tomado las cosas, mi mamá regresó por donde había llegado y fue a la droguería a acompañar a mi papá. Desde allá me había llamado.

Yo me había sentado en la cama a esperar su regreso, con la ausencia del que acerca la cara al vidrio de una ventana mientras afuera llueve. Apenas me había repuesto del arrepentimiento y la vergüenza iniciales, cuando entendí que había mucho más detrás de lo que me acababan de contar. Si en realidad el estado de salud de mi papá era tan frágil, entonces debía suponer que durante esa semana de no subir a la casa tampoco había ido al cementerio a trabajar, por más que el candado en su reja diera esa impresión. Y si no había podido ir, ¿de dónde iba a sacar el dinero para pagar lo que le hicieran en Servivital? Ahora me preguntaba si la cura no resultaría más cara que la enfermedad.

Pensé en don Gabriel. Él y mi papá compartían el mismo sentido práctico de la vida, ese pragmatismo que bien pudiera ser marca de su generación. No era disparatado imaginar que, cuando le dijo que lo mejor era ir por urgencias, había recibido un *no* rotundo —debido a la experiencia reciente

que había vivido mi papá, días atrás, con Paola—. En su intento por ofrecer una salida rápida se le había ocurrido Servivital: allá cualquiera podía ir y salir a los pocos minutos con una fórmula efectiva, sin tener que someterse a trámites y más trámites. De esa manera lograba lo que ninguno de nosotros hubiera podido, pero el precio probablemente era demasiado alto: luego del episodio con el préstamo para su comida, nadie mejor que yo sabía del poco dinero con el que contaba mi papá en esos momentos. Minutos después llegó mi mamá.

—¿Qué pasó? —pregunté— ¿Qué le dijeron?

—No, pues que tenía una gastritis muy fuerte por las pastas de sulfato ferroso que le mandaron hace días, entonces le mandaron una Milanta y otras pastas, y vitaminas porque resulta que también está anémico.

El saldo final había sido de noventa mil pesos. No quise preguntar quién lo había pagado. Mi mamá se fue a cambiar la ropa por una de estar en la casa, mientras me preguntaba si no habría sido mejor ir al centro de salud. Estaba seguro de que allá, pese a los retrasos, sabrían tratarlo mucho mejor. Se encontraría con médicos serios que incluso le podrían mandar exámenes más detallados y controlarían su evolución con mucho más cuidado. A cambio no habría tenido que pagar nada. Para eso estaban: para brindarle a las personas con menos recursos la atención digna a la que cualquiera tiene derecho.

Pronto conocería el tamaño de mi equivocación.

9.

Entonces ocurrió nuestro encuentro en su casa. Fue tal la impresión causada por su cuerpo, que de inmediato me sobrecogió la necesidad de conocer todos los detalles de sus días recientes, incluso los más insignificantes. Como si me urgiera enterarme de qué tan mal lo había pasado; quería aligerar el peso de la culpa que provocaba mi indolencia hasta entonces y pensaba que dándole forma a mis especulaciones acabaría con tanto remordimiento. ¿Y si, contrario de lo que pensaba, su experiencia reciente no hubiera sido tan horrible y yo estuviera exagerando el tamaño de mi culpa? Guardaba esa pequeña esperanza, aunque me hiciera quedar como un cínico.

Él estaba recostado sobre la cabecera de la cama, donde había agolpado las almohadas de manera que no se incomodara con el frío hierro de la estructura. Cruzaba una pierna por encima de la otra, tal como lo hacía siempre. No tuve que preguntarle nada. Mi papá parecía experimentar, por primera vez en su vida, la obligación de darme explicaciones por esos días de ausencia.

—No, Egüar, es que me dio una vomitadera... —me decía— Terrible. Y ese ardor en la boca del estómago tan maluco... Eso lo debilita a uno. Era como si no pudiera hacer mucho sin sentir ese desaliento. Como será que cuando volvía de dar la vuelta con Bruno llegaba mamado.... Por eso no volví a subir. En el cementerio me vieron así y me dijeron que me quedara en la casa, pero yo con ustedes ¿cómo me iba a quedar sin trabajar? Fui hasta que no pude más, y de ahí ya me quedé acá, encerrado.

—Claro... —le contestaba. Lo había escuchado en silencio, preocupado de que no se me escapara nada de lo que me iba contando.

—Me mandaron unas pastas y esa Milanta. Vamos a ver cómo nos va con eso... —concluía de repente, y señalaba la mesita de noche a su lado, donde se podía ver un tarro blanco y una bolsa pequeña, junto con un empaque de pastas rojas medio vacío, de la primera receta que le habían mandado y que le había sentado tan mal.

Nos quedamos en silencio por unos segundos, lo suficiente para sospechar que mi papá había acabado su breve recuento de los últimos días. Fue

cuando sentí que estaba ante una especie de epifanía que descubría la magnitud de ese momento para los dos. Se me presentaba la oportunidad de acercarme a él como nunca. Era como si estando ahí, solos, nos diéramos cuenta de que no tenía nada de malo sentarnos y hablar de la vida, como dos amigos. Me avergonzaba haber llegado hasta tales extremos para entenderlo, pero finalmente lo hacía. Mejor tarde que nunca, pensé, seguro de que seguir negándonos ese tipo de espacios era un acto de egoísmo que a esas alturas rayaba en lo ridículo. Debía aprovechar la ocasión. Sin embargo, pasaban los segundos, y ninguno de los dos decía nada. Temí que el silencio se impusiera entre ambos, nuevamente, y echara a perder la voluntad para el diálogo a la que había invitado a mi papá la intimidad de su casa y la convalecencia de su enfermedad. Además: todo indicaba que él ya no tenía mucho más por decir...

No tardé en intuir lo evidente: los lazos reales que tendríamos en adelante se iban a crear, sobre todo, en el momento en que nos despojáramos del misterio y el secretismo, y aceptáramos posar tal y como éramos frente al otro, confiando en que encontraríamos algún alivio: el sosiego que producen, a veces, las confidencias. Si mi papá se había despojado de su reserva y me acababa de hablar con naturalidad de lo difícil que había sido esa semana, lo mínimo que me correspondía era contarle lo que había pasado en la mía. No estaba atravesando por una situación tan extenuante como la suya, pero tampoco podía decir que me sobrara alguien con quien desahogarme. Con la voz más templada de la que fui capaz, le hablé de mi vida:

—Imaginate que, probablemente, la universidad va a volver a entrar en paro... —Por mi mirada, cuyas pupilas fueron hacia arriba en señal de fastidio, esperaba que entendiera la impotencia e irritación que la sola idea me causaba.

—¡No jodás! ¿Y eso?

—Lo de siempre. Pues que le deben un poco de plata, y hasta que no se solucione eso no vuelven las clases... —no consideraba necesario explicarle en detalle la larga lista de razones que motivaban la inminencia de este paro. En honor al pacto secreto de nuestra conversación, preferí ceñirme a aquello que nos era más cercano— Lo bueno es que conseguí un trabajo

allá y, hasta que lleguen a un acuerdo, pues voy a aprovechar para ganar algo de plata.

Esa noticia, que se había hecho realidad cuando me ofrecieron un empleo como corrector de textos para una antología, no buscaba alardear de cierta suficiencia frente a mi papá. Estaba lejos de ir detrás de su aprobación. Nunca me había hecho falta. A mí lo que me importaba era quitarle cualquier peso que estuviera cargando en esos momentos, al estar en casa sin poder trabajar ni subir a la casa a dejarme lo de mis transportes y comidas diarias. Normalmente no compartía ese tipo de información con mi familia, y hasta el momento nunca le había hablado a él de ninguno de los trabajos que había tenido en la universidad, pero presentía que era el instante más propicio para comenzar. Esperaba que olvidara cualquier angustia que lo agobiara y le impidiera descansar como debía, luego de convencerse de que mi situación económica estaba a salvo sin su renta diaria. Su hijo ya era todo un hombre, había llegado el momento de olvidar el apremio de mantenerlo.

—Ah, bueno —fue su respuesta, como si se tratara de lo más natural del mundo.

Al parecer pensaba que todo había sido cuestión de ir y pedir empleo y ya. En el mejor de los casos confiaba en mí, y sospechaba de mis capacidades a pesar de que nunca las había entendido: el mundo de la academia le era bastante ajeno como para hacerse una idea de cómo funcionaba. “Salió inteligente”, les decía en tono de broma a las personas que preguntaban por mí, luego de decirles que estudiaba en una universidad, quizá para zanjar la mayor de las ironías: él, un hombre que desde pequeño se había negado a ir a la escuela, no sabía leer y a duras penas había escrito su nombre en la cédula, con letras desiguales y temblorosas, tenía un hijo que no concebía la vida sin estudiar, y de quien todos decían que tenía ademanes y cara de “intelectual”. Ya habían pasado varios años desde que yo había dejado la escuela. Decirle que tenía un trabajo era el indicio de que sus esfuerzos habían valido la pena. Después de todo, quizá estaba bien darse un respiro.

—Varios de mis amigos también trabajan allá, y con eso se mantienen. Como algunos de ellos vienen de lejos, no tienen un lugar donde quedarse y les toca arrendar piezas y pagarse su alimentación, cuando no hay servicio

de restaurante en la universidad. Y como el trabajo es de medio tiempo, pues les queda fácil seguir estudiando —le decía, tratando de dar una idea de abundancia y comodidad que estaba lejos de ser completamente cierta.

Todo eso era verdad, pero en mi caso estaba omitiendo dos pequeños detalles. El primero de ellos era que en efecto su renta diaria, que había empezado a faltar esporádicamente antes de que todo empeorara, me había dejado sin la autonomía con la que antes tomaba o no un empleo. Entonces había tenido que acudir ante conocidos para que me ayudaran con cualquier vacante de la que supieran, a pesar de mi orgullo. De hecho, tal incertidumbre económica me había llevado a aceptar el trabajo con los textos. El segundo detalle era que el monto que me iban a pagar por corregirlos no me iba a alcanzar para mucho, pues se trataba de una labor específica que no requería de mayor tiempo para realizarse. No pensaba contarle nada de eso. Me daba pena admitir que solo había contado con la plata que me daba, y que no había buscado otras fuentes de ingreso por dedicarme a leer y tratar de escribir, que era lo que me la pasaba haciendo. No tenía derecho de ir hasta su casa a enrostrarle lo difícil que se tornaba mi vida sin su ayuda. Al igual que la mayoría de esos amigos que le mencionaba, desde hacía rato tendría que haberme valido por mí mismo. ¿O es que había resultado ser un niño mimado que le tenía miedo a las responsabilidades de un trabajo?

¡No! Me negaba a que supiera de esos aprietos. Mejor dejaba que creyera, gracias a la forma en que se lo expresaba, que todo estaba en orden y nadie estaba preocupado por algo distinto de su salud. Pensaba que era lo más sensato.

—Vea pues... —dijo, como solía hacer cada que una conversación terminaba, tratando de dar con una reflexión que englobaba aquello de lo que se había hablado.

—Sí —proseguí, decidido a abrir otra senda que nos permitiera seguir en contacto—. Es que hay que aprovechar cuando se puede, porque si uno se queda quieto cada que hay paros... se jode. La gente lo sabe, y hasta agradece cuando hay problemas o tropeles con la policía, porque todo se pausa y se pueden ir a sus casas a descansar. A unos les toca muy duro, a otros les gana la pereza. A mí no me gusta cuando eso pasa, la verdad,

porque a veces uno solo va allá por una clase, y cuando llega resulta que se canceló y uno perdió la plata del pasaje y el tiempo. Además eso lo retrasa todo. Ya con este van tres paros... —para ser honesto solo contaba dos desde que había ingresado por primera vez a la universidad, pero la idea de que fueran tres me parecía contener suficiente grado de absurdo como para justificar mis descargos de frustración ante mi papá—. Allá la educación es buena, pero a veces es muy difícil estudiar. Cuando la cosa con la policía se pone muy peligrosa, la universidad da la orden de evacuación, y nadie puede quedarse adentro ¡Eso queda solo en un momentico! Los que tiran papas bomba hacen como si no pasara nada y siguen con lo suyo, mientras los demás tienen que arreglárselas como pueden. ¡Una vez me tocó salir corriendo por el gas que echa la policía! Ese día terminé llorando.

De repente sentí que quien estaba en deuda con el otro era yo. El hecho de que hablara mucho más que él era prueba de que a lo mejor necesitaba llenar todos los días de silencio en mi casa. Mi papá se dedicaba a seguir mi relato con paciencia e interés. ¿Estaba ávido de que él se hiciera a una idea de lo que era mi vida, dónde y cómo funcionaban las cosas en una universidad, algo abstracto en su mente, y así empezar a acabar con el misterio que cubría mi vida a sus ojos? Probablemente. Hubiera querido decirle mucho más, pero sentí un pudor repentino, así que me convencí de que con eso bastaba. Tenía que dejarlo descansar. Ese día era, después de todo, el primero de muchos que tendríamos para hablar, pues el proceso de recuperación duraría algunas semanas más. Ya había decidido acompañarlo en adelante y velar para que saliera airoso.

10.

Solo necesité ir esa vez para perder el miedo a visitarlo. Desde que conocimos su verdadero estado, decidimos cargar con sus llaves, para ir en cualquier momento, sin que el candado de la reja principal fuera un problema. Mi papá mantenía la puerta de su piso entreabierta, quizá para que algo del ruido que producían los niños que jugaban fútbol al frente atenuara la soledad de sus horas. Ya no estaba puesto el candado más pequeño en la reja que protegía su cuarto. Solo se aseguraba con el pasador, de manera que si don Gabriel o cualquier otro de sus conocidos quería ir a visitarlo podía entrar sin ningún problema. Él los esperaba acostado en la cama, vestido solo con su pantaloneta verde, con el cabello enmarañado y una desconocida barba cubierta de canas que empezaba a brotar en algunas partes de su cara. Así lo encontré, la siguiente vez que fui.

—¡Qiubo, Alde! —dije, esperando que la familiaridad con que lo saludaba le restara notoriedad a mi visita.

—Qiubo.

—¿Ya mejor? —le pregunté.

—Pues ahí, Egüar...

Como en esta ocasión no lo movía el remordimiento, debido a que ya había relatado las razones de su ausencia con la mayor precisión que había podido, mi papá no sentía el deber de tomar la iniciativa. Se mantenía parco, a la expectativa. No se le podía culpar: al final de cuentas ese silencio no era una escapatoria, ni la forma de expresar su descontento ante una nueva visita, sino una de las consecuencias de cualquier encierro: nada distinto había pasado desde hacía varios días. El silencio de esos momentos parecía recordarme que era yo quien tenía que encontrar de qué hablar.

—¿Ya desayunaste? —le pregunté, antes de que mi presencia fuera incómoda.

—No, todavía no.

—¿Querés algo?

—Pues un cafecito, sí —me dijo, como si mi pregunta le hubiera despertado de repente algo de apetito.

—Listo, ya vengo —le dije y salí del cuarto.

En la avenida, a un costado de la enorme puerta de hierro color verde que daba entrada al Juan Pablo II, el colegio donde había estudiado mi primaria y bachillerato, encontré un puesto de arepas atendido por una señora de estatura mediana, cabello negro largo y un pequeño lunar al costado de su labio inferior. Conversaba con alguien a su lado.

—¡Buenos días!, ¿cómo está? ¡Le tenemos arepita, arepita con jamón y queso, arepita con todo! —dijo a la vez que se acercaba a mí, cuando se dio cuenta de que me detuve frente a la parrilla.

Me preguntaba qué llevarle. Veía las arepas rellenas de carne y guiso y, ante la ilusión de bienestar con que me impresionaba tal abundancia, tenía que esforzarme por mantener la prudencia: mi papá no estaba en condiciones de ingerir esos alimentos, si bien lo primero que se me venía a la cabeza cuando pensaba en la recuperación de alguien que ha sufrido durante mucho tiempo de hambre es la de un buen trozo de carne. El derroche, como celebración inmediata ante un largo ayuno. Tuve que descartarlo por el momento y optar por otra cosa más ligera, que no necesitara tanta energía para su digestión. Desechada la opción más seductora, me enfrentaba a una pregunta crucial: ¿y si, con el deseo de no abrumarlo, terminaba llevándole algo insignificante, que lejos de colmar sus ansias por comer las dejara a medias? Era difícil establecer un término medio, que no me hiciera ver como un mezquino y tampoco pusiera en peligro su recuperación. Sentí que la atención de la señora a mi frente se convertía en impaciencia.

—¿Me regala una arepa con jamón y queso, por favor? —le dije, movido más por la pena que me causaba dejarla esperando por más tiempo.

—Con mucho gusto —me dijo y puso a calentar una arepa en la parrilla.

—¿Qué tiene de tomar?

Algo en mi interior me había llevado a pensar desde que salí de la casa de mi papá que lo mejor que él podía tomar no era precisamente una taza de

café, esa bebida a la cual era tan afecto, sino algo distinto, que derivara en beneficios para su salud.

—Aguadepanela, tenemos.

—Me regala también un vasito. Gracias —pensaba, sobre todo, en la idea casera que asociaba esa bebida con el bienestar de las personas que la tomaban.

Minutos después la señora me entregó la arepa dentro de una bolsa de papel aluminio, que destelló por un instante cuando el sol se reflejó en ella. Al ver que no sabría cómo llevarla junto con la bebida sin causar un accidente, me la pidió de vuelta y la metió dentro de una bolsa azul transparentada, más grande y con agarraderas. Le di el dinero y agarré la bolsa.

A pocos metros de la casa de mi papá, un vecino se me acercó. Se trataba del mismo señor que había presenciado mi encuentro con mi él y Paola semanas atrás, mientras aseaba el frente de su casa.

—Buenas... ¿qué le pasa a don Aldemar? —me preguntó. Sonreía, pero su sonrisa parecía ser del tipo que busca atenuar la ofensa de haber sido imprudente. Tenía una estatura un poco más baja que la mía y un aire infinitamente gentil, que se reflejaba en la calidez de su mirada y le confería a su pregunta un tipo de ternura que no esperaba encontrar. Me sentí abruptamente desubicado. Al verme, el señor asumió que me había irritado y de inmediato supe que se había avergonzado de hacerme esa pregunta. Era como si temiera dirigirse a mí, con quien nunca había hablado, y me ofendiera al querer saber algo tan privado como lo que le ocurría a mi papá.

—Últimamente se ha sentido muy agotado y los médicos le dijeron que tenía que mantener el reposo —le respondí, experimentando de inmediato la extrañeza de hablar por primera vez en nombre de mi papá. Esa corta explicación que le daba era una forma de acentuar el entusiasmo con el que intentaba figurarme la inminencia de su mejoría, más que un intento por mantener sus problemas en privado.

—¡Ahh, bueno! —me dijo el vecino, abriendo ambos ojos en señal de sorpresa.

De vuelta en su piso, esperé que mi papá se sentara y le pasé el vaso con el aguadepanela. En lugar de fijarme en cuál era su reacción, fui hasta el cuarto de enseguida, donde estaba ubicada la cocina. La noche en que había ido a desconectar el congelador no me había atrevido a llegar hasta allá. Al ver lo que me encontraba tuve la certeza de que la sensación de abandono que había sentido esa noche bien hubiera llegado a parecerme grotesca.

El mesón estaba cubierto, de extremo a extremo, con manchas de grasa y restos de comida renegridos por el tiempo. Empaques de helado se habían pegado unos a otros, a lo largo del suelo. Densos grupos de moscas y mosquitos entorpecían el paso. Mi papá tenía poca vajilla: un plato, un vaso y una cuchara, junto con ollas tiznadas y tapas con hendiduras de tanto uso. Era difícil creer que pudieran ser usadas sin antes someterlas a un lavado intensivo. Me hallaba en un cuchitril. Y, aun así, no me sentía sorprendido. A decir verdad, el escenario de desidia que encontraba frente a mí era el mismo que solía presenciar en mi niñez, cuando me quedaba a su lado, viéndolo picar la piña y la papaya con las que preparaba sus helados de salpicón.

Sí, mi papá era una persona que se negaba con determinación a cambiar, por mucho que pasaran los años y con ellos fuera cada vez más evidente que aquello que había conseguido con tanto esfuerzo necesitaba renovarse. Parecía no darse cuenta de que todo tiene fecha de vencimiento y carece de sentido conservarlo, después. ¿A qué se debía tal indiferencia? Era como si no midiera su vida por metas cumplidas, que no son más que justificaciones que encuentra la vida para prolongarse, sino por la fuerza de unas costumbres que, al menos en cuanto a lo que aparentaba, no lograban proveerle mayor holgura. ¿Para qué tanta disciplina en el trabajo, tanta entrega diaria, si iba a vivir en esas condiciones? ¿En qué se gastaba la plata que obtenía, si no era capaz de comprar elementos para tener una vida más digna? ¿Se trataba de una renuncia a lo mundano, una filosofía asceta que practicaba sin saberlo? ¿Acaso no encontraba mayor motivación en las posesiones materiales? ¿En qué podía encontrarla, entonces, si tampoco nos daba muestras de cariño a nosotros, su familia?

Corté con los dedos un pedazo de la arepa, al no confiarme de sus cubiertos, y regresé a donde él estaba. Se lo entregué. Guardaba la esperanza de que, al reducir el tamaño de lo que iba a recibir, podría estar en condiciones de comerlo todo, como si se tratara de pequeñas cucharadas de sopa. Pero me equivoqué. Luego de unos cuantos mordiscos, me devolvió el pedazo.

—No quiero más, gracias —me dijo—. Ya me llené.

Me sentí impotente, pero tuve que aceptarlo. Tomé el pedazo de arepa y lo metí de nuevo en la bolsa. Me convencí de que mi deber por ese día había acabado. Era hora de regresar a casa. No quería prolongar más mi visita. Ya era claro que ninguno de los dos tenía algo por decirse. Me sentía irritado. Si seguía así nunca se iba a mejorar. Preferí retomar la misma naturalidad con la que había entrado y, con voz tranquila, despedirme de él.

11.

La tarde de ese mismo día estaba leyendo, tirado en mi cama, cuando escuché que alguien abrió la puerta. No tuve que molestarme por ver de quién se trataba, pues segundos después reconocí su voz, saludando a Bruno. Era Paola, que luego de detenerse a acariciar y mimar al perro cruzó por el umbral sin puerta de mi cuarto, me saludó —más por cortesía— y siguió de largo.

No me inquietó su presencia. Supuse que, como de costumbre, entraba a recoger la ropa que no le cabía en su pequeño tendedero y que solía colgar sobre el balcón, junto a la de mi mamá y la mía. Me quedé en silencio, intentando recobrar la lectura, hasta que escuché el ruido de los ganchos chocándose entre sí, y supe que no me había equivocado. Intenté volver al libro, seguro de haber salido de esa duda, pero contrario de lo que esperaba no pude concentrarme.

De repente me asaltaba un pensamiento que había tenido desde la mañana, y que a esas alturas se había convertido en un deseo. Al regresar de mi visita a la casa de mi papá, había entendido que mi deber como hijo no se podía limitar a salvar nuestra relación de la distancia y el silencio. El hecho de que apenas y pudiera comer, más que desanimarme, me imponía una actitud más fuerte, junto con un nuevo deber: tenía que brindarle cuanto fuera necesario para que el proceso de recuperación se diera de manera satisfactoria y pronto estuviera en condiciones de asumir sus deberes como siempre. No bastaba con llevarle una arepa y una aguadepanela, si lo que quería era que dejara atrás las necesidades de tiempos recientes.

No fue necesario pensar mucho para saber lo que debía hacer. Estaba obligado a actuar con el mismo pragmatismo con que él lo había hecho antes, y dejarme de cursilerías para después. ¿Pero cómo? Hasta ese momento yo era de quien siempre habían cuidado, de una u otra forma, y no sabía cómo hacerlo en la dirección contraria. Menos con mi papá. Aquello en lo que había terminado lo de la mañana era un ejemplo más que suficiente. Había situaciones que, bien fuera por mi edad o por mi negligencia, no había tenido que vivir, y por tanto no estaba seguro del paso a seguir. Tenía que admitirlo: era un niño, fuera de la burbuja en la que solía encontrarme tan a gusto.

Entonces se me había ocurrido acudir a Paola. Quizá ella sabría mejor qué hacer. A lo mejor mi posición como hombre de la casa me imponía la responsabilidad de entregarle los medios, y a ella le correspondía encargarse del resto. Cuánto facilismo cabía en esa frase, lo reconocía, pero funcionaba bastante bien... Recordé que, semanas atrás, había ganado algo de dinero cubriendo estrenos de películas y conversatorios entre académicos y cineastas internacionales para una feria que se había realizado en la ciudad, aprovechando el futuro título como periodista que mi carrera me daría: un empleo de pocos días que me había parecido extenuante, pues para cada evento había atravesado una y otra vez la ciudad en buses, pero visto objetivamente había resultado sobre todo cómico. Todavía contaba con parte de ese pago. Pensé que era preferible usarlo ahora, cuando realmente hacía falta, que seguir conservándolo y arriesgarme a gastarlo en vano en cualquier tontería. La llamé.

—¡Ve, Paola!...

Esperé. Al rato ella se detuvo frente a mí con la perplejidad que le provocaba cada que yo tenía algo por decirle; tan poco frecuentes eran esos momentos.

—... ¿Vos podés comprarle cosas de comer a Alde? Yo te doy la plata.

—¡Sí, claro! —me respondió ella, ahora sorprendida por mi oferta.

—No sé, algo como para que empiece a coger fuerzas...

—Como fruta y galletas, eso sirve —me dijo ella, sin saber que con esa frase me convencía de cuán habituada estaba a esas circunstancias, y cuán libre quedaba yo de esa responsabilidad.

Dejé el libro a un lado y abrí uno de los cajones de mi escritorio. Tomé una alcancía de Mickey Mouse que Isabella nos había regalado años atrás, quité el candado diminuto de pasta y tiré de su cierre en cremallera, abriéndola de extremo a extremo. Saqué los pocos billetes de su interior. Separé uno de cincuenta mil y se lo entregué, esperando que fuera suficiente.

—Oh... ¡Listo! —me dijo ella, tras disimular el sobresalto que le había causado esa cantidad de plata—. Yo ahora bajo y le compro las cosas y te traigo la factura.

Asentí, apenas. Ella guardó el billete y regresó al balcón. Yo todavía no entendía lo que me había dicho. No estaba seguro de por qué iba a ser necesaria una factura. Confiaba en ella. Después de todo era mi hermana. No se trataba de una transacción entre extraños. En definitiva, no necesitaba un recibo para convencerme de que invertiría bien lo que le daba... Minutos después Paola volvió a pasar por mi cuarto, ahora con un cerro de ropa. Nos despedimos.

¿Por qué ella había sentido la necesidad de asegurar mi tranquilidad de esa manera? ¿Realmente me veía con tanta distancia como para creer que en mí podía surgir el recelo y la desconfianza? ¿Podía ser que lo que yo sentía cuando pensaba en mi papá fuera un mal de familia, y la nuestra se mantuviera en pie gracias a sutiles evasivas y delicados tratos que buscaban disimular lo poco que sabía el uno del otro? ¿Y si todo fuera una proyección de mi propia soledad?

12.

Cada vez estaba más confiado en la relación con mi papá, por la costumbre en la que se estaban convirtiendo mis visitas. Me había convencido de que tenía todo el derecho de ir a su casa cuando quisiera, sobre todo ahora que él estaba enfermo. Atrás había quedado la sensación que me embargaba cada que entraba en ella los primeros días: una especie de vergüenza que me hacía sentir un intruso. Ahora abría la reja y subía las gradas con propiedad. Empezaba a familiarizarme con lo que, de una u otra forma, me pertenecía. Después de todo, era el hijo del dueño. Tal como lo adivinaba, cuando llegué a su piso encontré la puerta entreabierta.

—Qiubo, Alde, ¿cómo sigues?

—Ya un poquito mejor —en su mesita de noche, al lado del tarro de Milanta y las demás pastas, había una bolsa grande de la que sobresalía un paquete de galletas saladas. Eran algunos de los alimentos que Paola se había comprometido a comprar con el dinero que le había entregado. El resto seguramente estaba en el mesón de la cocina, en algún espacio medianamente limpio. Cuando los vi sentí un poco de sosiego: con la ayuda de esos alimentos, y si seguía al pie de la letra las indicaciones de los médicos, su recuperación iría por buen camino.

—¿Y ustedes? ¿Bruno qué tal?

—Bien, jodiendo como siempre... —le contesté, y luego de caer en la cuenta de que la simpleza de esa respuesta era una vuelta a la distancia con que nos tratábamos antes, volví sobre un tema del que él ya tenía noticias—. Los que sí estamos hartos somos nosotros con esa gente que se hace ahí al lado de la casa. Es que ya no respetan nada. Y eso que todos por ahí les han dicho su poco. Nosotros pensábamos que éramos los únicos y resultó que no. Imagínate que hace días una señora salió y echó aceite de cocina en el muro donde se hacen. Ahí al lado de la tienda. Se armó tremendo problema. Que dizque el muro era de ella, y podía hacer lo que quisiera con él... que no porque eso lo había puesto la gobernación... En fin. Al otro día uno de ellos llegó con un trapo y jabón y lo limpió.

—¿Cómo así?

—Son unos descarados.

—Eso es lo malo de esas galladas.

—Imaginate, —proseguí, entusiasmado por la fluidez con que hablábamos—, y ahora resulta que en el lote que compramos, donde te dije que nos íbamos a pasar a vivir, no podemos construir...

—¿Y eso?

—Que dizque fueron a parar la construcción unos de la CVC... Yo realmente no sé cuál es el problema. Ahí está Andrés, que está averiguando qué podemos hacer, pero mientras tanto no podemos adelantar nada.

El momento del que le hablaba a mi papá había ocurrido días antes, cuando estábamos a punto de iniciar la fase final de la construcción, y pronto empezaría a montarse la casa prefabricada que habíamos comprado al vernos limitados de presupuesto para costear una en ladrillo y cemento, pues parte del dinero obtenido por la venta de la casa se había destinado como cuota inicial del lote.

—Jhon, vinieron de la CVC... —me había dicho Andrés esa vez, luego de que aparcara la bicicleta en la que recién llegaba a ayudar en lo que pudiera— dijeron que no podemos seguir construyendo...

Según me contaba, en la mañana había llegado un grupo de personas en nombre de las diferentes dependencias municipales, y sin mostrar mayores credenciales habían detenido todo hasta nueva orden. Argumentos no les habían faltado: evidenciaron la falta de permisos —aunque nadie los había necesitado para construir en ese barrio—, aseguraron que la zona estaba dentro de una reserva protegida, recordaron que la vertiente de una quebrada que se oía a lo lejos impedía construir en sus cercanías. Incluso se atrevieron a insinuar que éramos invasores. Todo había quedado, desde ese momento, detenido, a la espera de una solución por parte de quienes nos habían vendido el lote.

—Hmmm —fue la respuesta de mi papá.

No me alarmó el silencio que se hizo. Yo había callado, pero no porque me hubiera quedado corto de temas, sino porque acababa de sentir una necesidad inédita: quería confiarle un secreto relacionado con la casa

nueva, algo que me avergonzaba pero que creía que podía decirle a él sin temor a que me juzgara.

—A mí lo que me preocupa es que, cuando nos vayamos, vamos a tener que vivir todos en el mismo piso... —debido a esa misma estrechez económica que nos había obligado a considerar una casa prefabricada, habíamos tenido que resignarnos al hecho de que no contaríamos con la misma privacidad que nos permitía la casa que habíamos vendido.

—Sí... —respondió él, luego de abrir los labios y absorber un poco de aire entre los dientes, produciendo un sonido parecido al de un trozo de carne que dejan caer sobre un aceite hirviendo, en un gesto que significaba hastío e incomodidad. Me alivió sospechar que ese escenario le causaba la misma repulsión que a mí. Esa sola acción nos demostraba lo mucho que nos parecíamos.

—... ¡Y yo necesito silencio para concentrarme en mis cosas! —añadí, haciendo un énfasis que al instante me pareció innecesario: en otras ocasiones, obligado a defender mi gusto por el silencio y la tranquilidad que solía encontrar en el piso donde vivía, solía acudir a mis estudios como la principal razón, aunque en la mayoría de las veces mis deberes con la universidad no tenían nada que ver con la irritación que sentía al oír algún ruido. Se trataba del deseo compulsivo por tener todo siempre bajo control, un defecto que había desarrollado como resultado de haber contado desde siempre con el espacio a mi completa disposición y decidir qué se hacía y cuándo.

—¡Claaaro! —entendió, y luego me dijo algo que me descolocó— Yo te había hecho un campito ahí.

Con el dedo señalaba el espacio vacío que había en la esquina contraria del cuarto, justo al frente de la puerta de entrada, donde al parecer hacía un tiempo había corrido su armario y quitado la bicicleta para que cupiera mi cama. En caso de que me decidiera a vivir con él.

De inmediato lo recordé. Semanas atrás, cuando él todavía contaba con fuerzas para subir a la casa, le había preguntado si tenía disponible alguna de sus habitaciones. Desde que supe que no íbamos a tener para construir

una casa de dos pisos, había empezado a considerar la posibilidad de mudarme a la casa de él. Pagaría el arriendo, que esperaba no fuera tan alto, por supuesto. Si encontraba un empleo en la universidad, cualquiera, podría ahorrar lo suficiente. Estaría cerca de él, lo vería todos los días. Quizá nuestra relación podría mejorar.

Meses antes de que la venta de la casa fuera un hecho, había considerado esa misma opción, e incluso había pasado unas cuantas veces por la calle donde estaba ubicada la casa de mi papá, tratando de ver cómo era la atmósfera por allá, pero conforme me acercaba oía el repulsivo ruido de varios equipos de sonido encendidos en distintas casas. Terminaba por convencerme de que no valdría la pena el esfuerzo extra que suponía mi independencia prematura si iba a tener que soportar las mismas incomodidades de donde estaba.

Esa vez, cuando por fin me decidí a preguntarle, él me había respondido que justo hacía una semana le había alquilado la parte del fondo a una señora. ¡Cuánta rabia había sentido conmigo mismo! Había estado tan cerca, ¡solo una semana! Si tan solo no le hubiera dado tantas vueltas al asunto... Al rato ya lo había olvidado. Sabía que no se podía hacer mucho más. Por algo se daba así, fue la excusa que había encontrado para no seguir reconociendo lo frágil que había sido mi determinación al respecto. Lejos estaba de imaginar que mi papá, al ver que me quería mudar a su lado por primera vez en la vida, había decidido hacerme un lugar dentro de su propio piso.

¿Qué se le habría pasado por la cabeza luego de que yo le hiciera esa pregunta y él no pudiera hacer más que negarme la posibilidad de convivir a su lado, al haberse comprometido recientemente con alguien más? ¿Acaso sentía el peso de una responsabilidad nueva, la de abrirme las puertas de su casa? Para mí ese lugar nunca había sido algo de lo que hacer alarde. Era donde él vivía, simplemente. De niño no había sentido la necesidad de subrayar que era el único dueño ante mis amigos, ni de mostrarme más que ellos por el hecho de que otras personas pagaran mensualmente para que mi papá los dejara vivir ahí. Tampoco creía que el dinero del que disponía gracias a esas rentas fuera algo determinante para nuestra vida: estaba

seguro de que su trabajo diario en el cementerio le proveía lo necesario para ayudar con sus gastos y mi renta diaria.

En otras palabras: la casa a la que había acudido, en pleno derecho como su hijo, para mí no había sido algo distinto que un sitio en el que mi papá dejaba vivir a otras personas a cambio, en muchas ocasiones, de la amistad que le brindaban. A veces oía a mi mamá decir que era esa fraternidad con sus inquilinos, consolidada con cada noche en que se sentaban en las escaleras a hablar de la vida, lo que luego complicaba los pagos y los atrasaba por semanas. Por eso, cada tanto, él tenía que pedirle prestado dinero a ella para pagar los recibos públicos antes de que se vencieran. Más que el arrendatario, mi papá era un amigo en potencia para cada una de las personas que aceptaba mudarse a alguno de los cuartos. Ante ellos se mostraba divertido y locuaz, por mucho que me sorprendiera admitirlo.

Cuando regresé a casa, minutos después de esa visita, me vi tentado a mudarme con él. Quizá al contarme lo del espacio buscaba recordarme que era bienvenido cuando quisiera. Podría cuidar mucho mejor de su salud viviendo en el mismo piso. Parecía lo más sabio. Pero no me podía engañar: mi papá y yo éramos, a pesar de los avances y descubrimientos recientes, personas completamente distintas en términos prácticos. Yo había sido criado bajo el ejemplo de mi mamá, y detestaba el desorden, que era justo lo que me esperaba a su lado. Además... no me consideraba listo para compartir mis momentos más privados con él.

A lo mejor para no sentir que seguía actuando con mezquindad, deduje que en todo caso un ingreso así de absoluto a su vida por parte mía no le iba a hacer bien: resultaría extremadamente difícil competir contra la costumbre de toda una vida en solitario. En aras de evitar conflictos que terminaran por alejarnos definitivamente, resultaba mejor visitarlo de a pocos, tal como venía haciendo. La especie de reconciliación que se estaba gestando entre los dos precisaba de pasos muy medidos: tantos años de negarnos esa amistad hacían del camino hacia ella un hilo muy delgado, tensado sobre la amenaza tenaz de un acantilado que nos podría separar para siempre.

Idas y venidas

13.

Una conversación con don Gabriel me sugirió cuáles podrían ser los gustos ocultos de mi papá, y con ello la razón de sus estrecheces económicas, su poca provisión y ánimo de ahorro en las últimas épocas de su vida.

—Q'hubo, Alde — lo saludé— ¿cómo estás?

—Bien, Egüar —me respondió, recostado sobre la baranda de la cama.

—El domingo pasado nos trasteamos...

—Ah, ¿sí?

—Sí, menos mal ya salimos de esa cuadra —sin que me lo pidiera, quise contarle unos cuantos detalles curiosos de lo que había sido ese día y explicarle cómo era el lugar en el que ahora vivíamos—. Como nada que nos daban soluciones de la CVC, los dueños del lote nos dieron la opción de mudarnos a una casa que estaban alquilando, cerca de la construcción. Nosotros aceptamos, porque ya no era justo seguir viviendo en medio de esa gente. Fue este domingo que pasó. En menos de dos horas ya teníamos todo en el camión y estábamos saliendo de acá. Eso fue fácil, pero volver a meterlo todo allá... Como la casa adonde nos fuimos es de tres pisos, y nos tocó en el último, tuvimos que subir entre tres las neveras y la lavadora, tratando de que no se nos fueran a caer por las escaleras. Casi que no lo logramos. Nos teníamos que sostener de la baranda cada que íbamos a pasar de piso, era super estrecho. Ya las cosas más suaves las subieron los niños, mi mamá y Paola. Pero aún así nos demoramos un buen rato. Vinimos a almorzar como a las cuatro...

—¿Cómo así...?

—Mira que allá es como por acá. También hay una loma, pero mucho más empinada, y con dos curvas en la mitad. Como una ese. Me fui en la bicicleta y tuve que bajarme apenas se empezó a empinar. No pude. Tampoco se ve mucha gente pasando. La casa queda como en un senderito aparte, con reja y todo. Es bastante tranquilo. En la noche salí al balcón y me quedé ahí. No se escuchaba nada, por fin —le dije, satisfecho de estar en un sitio que, si bien no era el que habíamos pensado en un principio,

me permitía recobrar la tranquilidad que no sentía desde hacía más de un año.

Mi papá escuchaba en silencio, como de costumbre. Cuando terminé de hablar volví a sentir ese pudor de antes, al darme cuenta de las ansias desmedidas con las que terminaba contándole mi vida. Pero esta vez esa vergüenza venía acompañada de culpa. ¿Y él, lo había olvidado? ¿Qué estaba haciendo? ¿Para qué iba a visitarlo, si no era para saber cómo estaba y si necesitaba algo?

—¿Y ya comiste? —le pregunté.

—No, no he tenido apetito... —me respondió. De inmediato, como para no perder la oportunidad, añadió— Egüar, ¿por qué no vas en un vuelito y me comprás una Bienestarina?

¿Se habría equivocado? Desde pequeño, debido a que era el producto principal de las ayudas que entregaban para las mujeres con niños recién nacidos, había creído que la Bienestarina era algo que solo servía para los primeros años de vida; que él la quisiera no solo me sorprendía, también me generaba cierta ternura. A mi papá le gustaba un alimento para niños. Por otro lado, me alegraba. Era la primera vez que él demostraba una especie de deseo específico por algo de comida, señal que bien podría dar fe del camino correcto por el que estaba transitando su recuperación.

En menos de cinco minutos estuve de vuelta en la casa, tratando de ver cómo preparaba la bebida. Cuando el agua empezó a hervir, me di cuenta de que en la cocina no había trapos para sujetar la vasija de lata. Tras buscar infructuosamente, decidí tomar un pedazo de papel acartonado que había a un costado del mesón —que mi papá solía acomodar en la caja de icopor, a modo de aislante térmico, antes de meter los helados—y usarlo en su lugar, cuidándome de no ir a quemarme, ni tirar la vasija al suelo. Eché el agua sobre un vaso metálico, que jugué antes en el lavadero, y añadí el sobre con la Bienestarina. Esperaba no sobrepasarme. Era la primera vez que preparaba esa bebida. Disolví los grumos que se habían solidificado y ahora parecían los restos de un naufragio, y cuando tuvo una consistencia homogénea volví a su cuarto y se la entregué, advirtiéndole que estaba caliente. Dejé que se la tomara de a sorbos. Mientras tanto saqué de mi

canguro la bolsa que había llevado y empecé a guardar en su interior la poca ropa sucia que mi papá tenía: un par de yines, una sudadera y varias camisetas. Luego me despedí, tranquilo de ver que él daba muestras de estar mejor, así fuera lentamente.

Cuando bajaba los escalones de su piso, me encontré con don Gabriel. Había oscurecido. Él salía, también, a hacer unas diligencias. Ya afuera, esperé a que cerrara con llave el candado de la puerta principal. Vi que lo ajustó y volteó adonde yo estaba. Empezamos a bajar.

—¿Usted cómo lo ve? —, me atreví.

—¡El problema de Aldemar es que no se cuida! —me dijo, a lo mejor desahogando toda la frustración con que había visto el decaimiento de mi papá, y a continuación me confesó lo que había pasado la noche anterior— Ayer, por ejemplo, le llevé algo para que comiera, de donde yo compro para no irme a dormir con el estómago vacío. Se lo subí. Al rato me dio por ir a ver si había comido algo, ¡y me encontré con que se lo estaba comiendo un gato! Yo lo regañé, claro, pero él me dijo “pobrecito, dejalo que coma”. Según él, era un gato que bajaba en las noches desde la terraza a comer. ¡No!, ¿cómo hace eso? —en este momento la fuerza de su voz había subido— Con todas las enfermedades que puede tener un animal como esos... Me tocó espantarlo y botar todo eso a la basura.

Lo escuchaba atento, en silencio, mientras veía de reojo los lados de la carretera que íbamos a cruzar, para evitar cualquier moto o carro que bajara a alta velocidad. Don Gabriel seguía hablando.

—... Yo no sé qué le pasa, por qué es tan dejado. ¿Usted cree que yo me voy a dejar ganar de la enfermedad así? ¡Yo siempre, apenas siento que algo me duele, voy a que me mire un doctor! —me parecía que la fuerza de su voz era la forma de mantener una vitalidad que, ineludiblemente, su cuerpo había perdido con el paso de los años—. Por lo que sea. Hace días me tocó ir y luchar para que me autorizaran unos exámenes, y esta es la hora que todavía no me los han hecho. Pero así toca. Ahí voy a estar llame y llame hasta que me solucionen. Yo no tengo mayor ocupación, ahí está mi pensión, entonces ¿cómo no me voy a encargar de mi salud? Si no es

uno no es nadie. Yo me cuido, no como Alde, que no puede tener plata porque se va a bailar y allá se la gasta toda —en ese instante mi atención se centró por completo en él—. A veces me invita. Me dice “caminá vamos a tomarnos unas chelas, que hoy me fue bien”. Yo le digo que ahorre, porque cualquier cosa puede pasar, pero Aldemar es muy terco. Uno con sus ahorros está tranquilo, pero eso de ganar algo y gastárselo al momentico es muy jodido. Pero él como si nada. Allá se va solo... —recibí una llamada de un amigo, al celular. Don Gabriel, sospechando que habíamos llegado a un punto del camino en donde nos separaríamos, se despidió y siguió de largo. Me despedí.

Estaba en la entrada trasera del Juan Pablo II, de frente a un cruce de avenidas. Luego de colgar, me di cuenta de la rabia que había acumulado durante mi conversación con don Gabriel. Estaba molesto, sí, pero no podía negar que él tenía razón. En el fondo mi irritación por lo que había dicho, esa impotencia que había sentido al oírlo hablar y no tener cómo rebatirlo, no era más que decepción. Siempre había defendido la libertad de todas las personas, hicieran lo que hicieran, pero me hubiera gustado encontrarme con otra versión de los hechos. Permitir que un gato comiera de su comida... No soportaba el nivel de abandono que esa imagen representaba para mí. ¿Se habría sentido agradecido por la presencia del animal en su cuarto, algo que al parecer era costumbre, y le había permitido comer de su plato a cambio? ¿Pero cómo no pensaba en las consecuencias que eso tendría! Don Gabriel estaba en lo cierto, cuántas enfermedades no le podría transmitir un animal que entra en cualquier casa. ¿Por qué, ante esos escenarios, el sentido práctico de mi papá no le advertía del error que estaba por cometer? El entusiasmo con el que había salido de su cuarto, al ver que después de mucho volvía a tener deseos por comer, se acababa de esfumar.

Saber de sus hábitos nocturnos me trajo a la memoria los domingos en la noche, años atrás. Mi papá solía subir tarde, casi a medianoche, con un pollo —unas veces asado, otras apanado—. Por el ligero tufo a cervezas, que notábamos cuando se sentaba cerca de nosotros, entendíamos que recién regresaba de bailar en alguno de los bares que abrían hasta la madrugada en “El Plan”. Así llamaban a la zona comercial de Siloé.

“El Plan” era una larga calle recta que conectaba con las vías principales de la ciudad. Era el lugar más transitado de Siloé, por una sencilla razón: allá se podía encontrar todo lo necesario para vivir una vida tranquila. Además de locales de comida y ropa, vendían música y películas, muebles, espejos, zapatos, celulares, bolsos, cordones, asientos, colchones, medias, bóxers, candados, escobas, artículos exhibidos sobre plásticos desplegados en medio del andén o en pequeñas vitrinas, protegidas a su vez por grandes sombrillas playeras, que le daban al lugar el aspecto variopinto de una barrera de coral, donde las personas solían caminar de una forma particular: adelantando el hombro antes de dar cualquier paso, como asegurándose protección y avance ante quienes se detenían de forma abrupta para ver un cuadro en exhibición y preguntar algún precio.

En las noches, los únicos que permanecían abiertos eran los bares y cantinas, a las cuales mi papá era aficionado. El nombre de su cantina favorita era un secreto entre nosotros, que mi mamá ventilaba cada que se hacía referencia a esas salidas: “La Pomposina”. Estaba ubicada al inicio de “El Plan”. En su interior siempre ponían rancheras y corridos del norte de México. Era atendido por mujeres que vestían pequeñas faldas de cuero y blusas con escote profundo, por el que se deslizaba hasta perderse la línea de unos enormes senos aprisionados. Debido a que la entrada estaba protegida por una pequeña puerta tipo vaivén, de las que aparecen en las películas de vaqueros, desde la calle se podía ver que el interior estaba iluminado tan solo por luces de neón verde y rojo. También se distinguían las siluetas de los hombres sentados alrededor de una mesa, con botellas de cerveza al lado, y alguna que otra mujer sentada sobre sus piernas.

Volver con un pollo simbolizaba la forma que mi papá encontraba de pagar un tipo de penitencia que limpiara su buen nombre, pues “La Pomposina” era conocida, ante todo, como un lugar de mala muerte, el sitio de tolerancia por las noches en Siloé. Llevar algo de comida lo eximía de rendirnos cuentas, y le permitía sentarse a comer de lo que le servía mi mamá sin someterse a silencios incómodos. Silencios que, en la casa, no tenían razón de ser. Para nosotros el que subiera a altas horas de la noche carecía de toda gravedad. No nos inquietaba de dónde viniera. Y para aligerar la pena que le provocaba llegar a la casa tan tarde, fingíamos dormir una vez entraba en el cuarto, broma que no tardaba en descubrir

porque mi risa nos delataba antes de tiempo. Después de eso, nos reíamos, lo saludábamos y nos sentábamos a comer con él alguna de las presas que mi mamá nos daba.

Salir los fines de semana estaba bien, era justo que mi papá se diera la oportunidad de distraerse y estar junto con otras personas, pero no dejaba de sorprenderme que ese hábito —del que no tuve conocimiento en los años siguientes porque él dejó de subir con pollos— se hubiera mantenido. Ahora representaba una especie de escapatoria de su vida monótona y solitaria.

De otro lado, debía admitir que eso de no ahorrar porque salía a gastarse las ganancias que obtenía apenas podía, no era del todo cierto, o por lo menos no había sido así siempre. En su momento, cuando Paola apenas contaba sus primeros años de vida, mi papá había sido bastante capaz, económicamente hablando, y eso se lo debía a sus hábitos ahorrativos. Debido a su desinterés por lo material, como las prendas de vestir nuevas que veía que otras personas usaban para aparentar una vida holgada, todos parecían creerle cuando él les decía que no tenía nada de plata, si en determinado momento lo buscaban para un préstamo. Fuera quien fuera. No era difícil suponer que decía la verdad; por algo vivía como vivía. Mientras tanto, sus ahorros se mantenían a salvo, acumulándose debajo del colchón, de donde solo los sacaba en ocasiones especiales. La mayoría de esas ocasiones habían ocurrido años después de que yo naciera.

Cuando le avisaron que había muerto su abuela Saturia, quien lo había criado por más de 20 años luego de que su mamá lo abandonara, mi papá se dirigió a la casa donde la estaban velando. Para sorpresa de todos los familiares que años antes lo habían echado de allá sin contemplaciones, impidió que siguieran reuniendo lo que costaba el entierro, por medio de micrófonos y parlantes dispuestos en la cuadra. Él tenía con qué enterrar a su abuelita, les dijo. En efecto se encargó de todos los gastos funerarios. Para la muerte de mi abuela Rosaura, su mamá, que ocurrió cuando yo tenía poco más de 9 años, también llegó a verla con una cantidad que consideraba suficiente para correr con cualquier gasto, aunque esa vez no fue necesario. Mi abuela Rosaura recién había empezado a pagar un seguro de muerte.

Luego de un tiempo de vivir en alquiler, y de ir de un lugar a otro entre invasiones y de ser reubicado por peligros de deslizamientos, los ahorros de mi papá le permitieron pagar al contado uno de los lotes que estaban entregando en un lugar poco inestable. Allí terminó por construir la casa en la que ahora estaba. Como si eso fuera poco, en un gesto de generosidad con mi mamá, había dado los dos millones de pesos —una cantidad bastante considerable, sobre todo si se tenía en cuenta que había sido hacía más de 20 años— con los que ella había comprado el lote donde estaba la casa que recién habíamos vendido, cantidad que un tiempo después mi mamá le devolvió.

En fin, mi papá había sido un hombre que había sabido encubrir la verdadera naturaleza de su ambición con la prudencia y austeridad que lo caracterizaba frente a los demás. Lastimosamente cuando tuve consciencia de aquello con lo que contábamos, ya no había mucho más por conquistar. Atrás habían quedado las necesidades para conseguir agua y las ascuas que suponía no vivir en un terreno con los servicios mínimos. Y también la angustia por la inminencia de un alud que los sepultara. No había mucho más de que preocuparse, nada que su trabajo como vendedor de helados no solucionara.

Quizá él, para esas alturas, había pagado todas las deudas que creía tener con las personas que le significaban algo, y desde entonces se encontraba en un período de su vida que lo libraba de esa imposición ahorrativa. Ante las pocas responsabilidades que parecían pesarle, sin nuevas metas claras en las cuales enfocar sus energías, su ambición se había colmado. Ya tenía una casa, le había ayudado a mi mamá a conseguir la de ella. Sus hijos tenían buena salud. Uno de ellos incluso estaba en la universidad, y podía vestir con ropa cara e ir a lugares lejanos —lujos que él no se había dado nunca— gracias a la renta que seguía recibiendo de su parte, y que pronto dejaría de ser necesaria. Lo había hecho bien. Era justo un descanso, algo de diversión en su vida marcada por el deber.

De ahí que aceptara con entusiasmo las bebidas y el ambiente de los bares los domingos, un gusto que para esa época era inocente. Sí, estaba en su derecho, pero, ¿no era una exageración, casi un abuso, comenzar a ir entre semana también? ¿Desde cuándo mi papá recurría a esto que me contaba

don Gabriel para celebrar lo que antes significaba solo una satisfacción que guardaba en silencio? Recordé que en algunas ocasiones, cuando volvía en el bus después de estar hasta tarde en la universidad, lo había encontrado camino de “El Plan”. Siempre con la mirada en lo alto. No me costaba suponer que regresaba de “La Pomposina” —o “La Pompo”, como le decían todos en Siloé—. No había ningún otro lugar más que él visitara por allá —que nosotros conociéramos —, y menos en esos momentos. Una de esas veces coincidimos cerca de “Cinta Larga”, y no tuve problema en acercarme y caminar junto a él.

Esa noche intercambiamos unas cuantas palabras, sobre todo de mi día, y tratamos de disimular la sorpresa de ese encuentro hasta que llegamos a su casa y nos despedimos. Había condescendido a esa solución porque me imaginaba que no había nada de malo en que saliera de vez en cuando, total todos los días iba sin falta al trabajo, pero ahora me costaba creer que ese solo hubiera sido uno de muchos días, la revelación de a qué se dedicaba en las noches. ¿Eso quería decir que mi papá era, simplemente, un hombre que se dedicaba a despilfarrar sus esporádicas ganancias yendo a ese tipo de lugares? ¿Qué encontraba allá, que lo entusiasmaba tanto, al punto de insistirle a don Gabriel para que fueran? ¿Compañía, camaradería de quienes no estaban acostumbrados o habían fallado en su intento por tener una vida en familia? ¿Podría ser que allá se sintiera libre de presiones y compromisos, así fuera por unas cuantas horas? ¿Y si se trataba de lo que quería para la vida, un poco de sana diversión en las noches, la recompensa por sus trabajos y el fin de su vida sin lujos? Fuera como fuera, lo que recién descubría significaba que en determinados lugares mi papá podía ser una persona completamente distinta a la que acostumbrábamos, y que ninguno de nosotros podía asegurar hasta qué punto desconocía sus demás facetas en la vida.

14.

Una cama nueva fue suficiente para revelarme en qué podía convertirse la vida de una persona como mi papá. Se trataba de una base para dos personas, con su respectivo colchón, que le había ofrecido a mi mamá doña Socorro, una mujer alta, de cabello castaño claro y temperamento fuerte, para la que ahora trabajaba. Como en la casa a ninguno le hacía falta, decidimos que se la reglaríamos a mi papá. Era un buen detalle, ahora que sabíamos de su difícil situación. Junto a Andrés fuimos a recogerla a un conjunto de apartamentos blancos con acabados azules llamado Unidad Residencial Coliseo, en una esquina de la glorieta que daba entrada a Siloé. Era la mañana de un sábado. Andrés se encargó de conseguir el camión para el transporte y con mi ayuda pudimos meterla en el interior del remolque. Regresé con el conductor, para indicarle el camino, mientras Andrés lo hizo en su moto.

Una vez llegamos, el camión se parqueó un par de casas más abajo de la de mi papá. Abrimos el remolque y empezamos a sacar la cama. Preferimos empezar por la base para subirla directamente hasta el piso de mi papá, por encima de la reja. Casualmente, don Gabriel se encontraba en la casa, así que apenas vio que tuvimos problemas para pasar la base de un lugar al otro nos dio una mano y pudimos subirla. Mi papá se mostró sorprendido, al ver que entrábamos con ella y la poníamos en el extremo opuesto de donde estaba acostado. De inmediato subimos el colchón, que no nos costó tanto trabajo porque la experiencia con la base había sido más que suficiente para saber dónde teníamos que acomodarnos y cuándo debíamos esforzarnos más. Andrés tenía compromisos por cumplir, así que minutos después de que el camión se fuera él me preguntó si me quedaría. Estuve tentado de decirle que no, y montarme en la moto sabiendo que en menos de diez minutos estaría de vuelta en la comodidad de la casa nueva, pero admití que irme así era dejar las cosas a medias. Le respondí que me quedaría un rato más.

Cuando volví al cuarto, don Gabriel le decía a mi papá:

—Vea, Aldemar, ahí le trajeron pa' que descanse mejor. Venga, siéntese acá mientras nosotros desarmamos esa cama vieja —y le señaló el asiento de metal en el que yo me sentaba cuando lo iba a visitar. Mi papá obedeció, y

sentado de piernas cruzadas vio cómo empecé a destender su cama. Quité la sábana vieja que mi mamá le había regalado más de diez años atrás, que él conservaba pese a que el uso desmedido la había rasgado y ahora estaba llena de huecos por causa de las polillas. Traté de hacer a un lado las almohadas sin forma ni consistencia, que para esas alturas no eran más que un helecho de trapos y grumos de espuma suelta, unidos solo por una funda sucia. Entonces, con ayuda de don Gabriel, empecé a enrollar uno a uno los dos colchones duros en los que dormía mi papá.

Sabía que demostrar cualquier sentimiento ante ellos dos sería contraproducente. Me haría ver débil ante don Gabriel, apenaría aún más a mi papá. Por eso trataba de disimular el asco y el sobresalto que me causaban las cucarachas que salían del interior del colchón, con cada empujón hacia adelante, y que corrían en todas direcciones dentro de la casa si don Gabriel no alcanzaba a matarlas antes. Las había de todo tipo: pequeñas, enormes, marrones, café miel, negras, con manchas oscuras sobre el lomo, incluso algunas daban la impresión de ser indestructibles, pues su cuerpo más parecía un caparazón compuesto por varias placas de hierro superpuestas, una coraza con cuatro diminutas patas en los extremos. Comparado con esto, el episodio con el gato pasaba a ser una anécdota inocente. Enterarme de que mi papá dormía sobre un colchón lleno de ese tipo de insectos e imaginar que durante las noches él pudiera sentir su paso por debajo, protegido solo por una sábana rota, me dejaba anonadado. ¿Cómo carajo podía hacerlo? ¿Hasta qué punto llegaría su desidia? “Una cosa es la pobreza y otra la cochinidad”, recordaba que mi abuelo le había dicho a mi mamá sobre mi papá y su forma de vivir, y cada vez me convencía más de que así era.

—Espéreme yo voy por unas cabuyas para amarrar esto—, me dijo don Gabriel cuando finalmente pudimos enrollar el colchón. Yo me distraje aplastando con el pie las cucarachas pequeñas que encontraba en el suelo. Mi papá seguía en silencio. Don Gabriel no demoró en estar de nuevo con nosotros.

Sostuve el colchón, rogando que no fueran a salir más cucarachas, para que él le pudiera atravesar la soga alrededor y la anudara con fuerza a ambos extremos, de manera que luego pudiéramos bajarlo sin problema. Cuando

empezamos a enrollar el segundo colchón, ocurrió lo mismo. Más cucarachas que salían alarmadas al sentir que, por primera vez, las sacaban de la oscura comodidad en la que permanecían. Eran tantas y tal la repulsión que me provocaban que no era capaz de matarlas: estaba seguro de que el solo contacto con ellas me causaría náuseas, de manera que las dejaba correr libremente hacia las esquinas del cuarto, esperando no volverlas a ver. Don Gabriel, también, había perdido el interés por matarlas. Amarró el colchón y lo puso a un lado. Luego empezó a quitar las tablas. De nuevo, más cucarachas, esta vez las pocas que quedaban escondidas en las esquinas de las vigas. Sacamos las tablas y las pusimos a un lado, también. Don Gabriel tuvo que ir por un martillo, porque no podíamos quitar los ángulos debido a que estos se habían oxidado con los años, y cuando regresó vi que además traía una bolsa de detergente. Estaba decidido a limpiar a fondo el cuarto de su amigo.

Me ordenó llevar los colchones abajo, al sitio libre que quedaba al costado de su pieza, por el pasillo que daba a las del fondo. Mantuve la compostura y el aplomo, y tomé por las sogas —rogando que ya hubieran salido todas las cucarachas— uno de ellos, manteniéndolo a cierta distancia de mí, como si estuviera llevando un tarro con material radioactivo cuyo mínimo roce pudiera ser mortal. Abajo lo acomodé lo mejor que pude, puteando cada que amenazaba con caer al suelo, hasta que logró mantenerse estable por sí solo. Subí por el otro. Don Gabriel usó un tarro que había encontrado en el baño, en él había echado un poco de agua y el detergente, y ahora estaba estregando con una escoba la esquina que cubría la cama, una mancha de color café oscuro, mezcla del polvo y la mugre que se había encostrado.

Tomé el segundo colchón y salí con él. Cuando empecé a bajar los escalones, vi con vergüenza que una cucaracha enorme, mucho más ancha y delgada que las anteriores, color oro brillante, cuya sola impresión bastó para que yo aminorara el paso, se escapaba por las escaleras y entraba por una rendija hacia la casa vecina. Temí que en cualquier momento quien estuviera allá saliera a quejarse. ¡Gritaría a los cuatro vientos que vivían junto a un basurero, y que ahora le estábamos llenando la casa de bichos asquerosos! Seguí bajando, tratando de dar la impresión normal de una

limpieza cualquiera, para que nadie sospechara de la repugnancia que estaba sintiendo en esos momentos.

—¡Q'hubo, ¿ya los puso?! —me gritó desde arriba don Gabriel, y sin darme tiempo de responder se acercó adonde estaba. Traía algunas de las tablas, que puso sin mayor problema al lado de los colchones.

De vuelta, siguió estregando las paredes del cuarto, al tiempo que yo empezaba a barrer los restos de mugre que habían quedado en el suelo un par de días atrás, cuando Paola, sin importarle su embarazo, se había dado también a la tarea de asear ese lugar, sacando de su interior dos grandes bolsas para la basura. Solo quedaban por ahí uno que otro recibo del chance.

Días atrás, cuando mis visitas recién empezaban, había visto decenas de recibos dispersos en el interior del armario, y me había asombrado la capacidad que tenía mi papá para conservarlo todo. Tal cantidad de recibos no era más que la prueba de que esa era su mayor afición. Desde que yo tenía memoria, había jugado al chance. Su preferido se llamaba “Chontico”, y jugaba en los dos sorteos del día. No apostaba mucho. Las pocas veces en que lo había acompañado donde doña Piedad, una mujer de piel morena, gorda y que siempre me trataba con mayor confianza de la que le daba, cuya tienda quedaba en la parte de atrás de donde mi mamá, veía que no le pagaba más de 500 pesos. Luego le dictaba los cuatro números por los que les apostaba. Con frecuencia me preguntaba cuánto gastaba en un día, y cómo podía mantener su hábito sin falta, sobre todo si tenía en cuenta que rara vez ganaba.

Lo primero que mi papá hacía, cuando se acercaba la hora del sorteo de la tarde, era pedirme que sintonizara *Telepacífico*, el canal regional, donde transmitían en vivo el sorteo. Le obedecía y esperaba en silencio. Si los números de las balotas demostraban ser, desde el comienzo, distintos de los que él tenía en el recibo, mi papá empezaba a lanzar putazos al aire. Y, al final, cuando era un hecho que había perdido de nuevo, se despedía y salía en medio de madrazos. “¡Qué número tan feo!”, era su forma de quitarse la molestia. Pero, cuando ganaba, la situación era distinta. En esas ocasiones, cuando los números ansiados caían, la emoción de mi papá no hacía más que aumentar, a la vez que se acercaba cada vez más al televisor. Segundos

después, con los cuatro números sobre la pantalla, él se despedía, sin decir nada fuera de lo común, y salía de la casa, sin poder disimular las ansias que lo embargaban. Al día siguiente, como para confirmar que había adivinado los números, llegaba con un corte de cabello nuevo, un lujo tan raro en él que no tardamos en entender que cada que lo hacía era porque se había ganado el chance. Como mi papá no sabía escribir ni leer, a veces me pedía que le firmara el reverso de un recibo del chance, con su nombre y dirección, sin decirme mucho más. En esos momentos, también entendía que se lo había ganado. La superstición de mi papá era casi o superior a la fe que le profesaba a las aguas y los brebajes que compraba en el centro botánico, cuando estaba enfermo. Jugar al chance representaba su mayor acto de fe. Era el único vicio que le conocíamos, algo que veíamos como un juego infantil al que se había acostumbrado desde muy joven, y que cada tanto le permitía contar con algo de dinero extra.

Luego de una hora y media, acabamos la limpieza. Decidimos que era mejor idea mantener la cama donde la habíamos puesto inicialmente. Si bien ya había espacio donde mi papá solía dormir, la pequeña ventana que había justo a la altura de la cabecera desde hacía un tiempo tenía el vidrio partido, y en lugar de comprar uno nuevo él había decidido cubrirla a medias con una delgada placa de cristal corrugado, que ahora no se podría sostener porque habíamos quitado la estructura de la cama que servía para apuntalarla. No era recomendable dejar que durmiera en ese sitio: el viento de las noches terminaría por agravar su salud.

—... Agradeciéndoles de todas formas —dijo mi papá, inesperadamente.

Jamás lo había oído dar las gracias, y escuchar que lo hacía de esa manera. Se notaba la vergüenza y la impotencia de ver que otros tenían que encargarse con tanto empeño de mejorar sus condiciones de vida. Lo decía de corazón, no por cumplir con un trámite. Sin embargo, ni don Gabriel ni yo respondimos, víctimas de un rubor que preferimos disimular. Seguíamos acomodando los últimos detalles. Yo estaba en el balcón,

quitando las hojas que habían caído desde el árbol de guanábana, cuando escuché que mi papá le dijo a don Gabriel:

—Mirá que tengo como un dolorcito en el pecho, ¿será que ahora podés comprarme una pastica?

—Deje de comprar pastas a la loca. Vea que eso es lo que lo tiene así. Yo no puedo ir a traerle cualquier cosa porque no sé si le vaya a servir o no —, le respondió don Gabriel, enfático.

—Pues sí, ¿no? —, admitió mi papá, y se quedó en silencio.

Era casi el mediodía. Don Gabriel se despidió, instantes después de que yo entrara. Le agradecí la ayuda. Mi papá se había acostado en la nueva cama, luego de expresarnos la comodidad que sentía en ese nuevo colchón. Pasaron un par de minutos, y en la cuadra se esparcía un silencio improbable. Volví al balcón, donde me detuve a ver las personas que subían y bajaban. Ya había pasado lo peor, me dije, y era justo descansar. Luego entré y me despedí de mi papá, complacido por el estado en el que lo dejaba. Era un hecho: el que todos nosotros nos hubiéramos unido en procura de cuidar de sus necesidades iba a cambiar su estilo de vida en adelante, sin importar si él lo consideraba necesario o no.

A pesar de las muestras de recuperación que yo percibía cada que iba a verlo, el estado de mi papá estaba lejos de mejorar. Por el contrario, se la pasaba vomitando cuando nadie estaba junto a él. Como consecuencia de esto, ningún alimento que comiera le ayudaba a recobrar sus fuerzas. Su cuerpo seguía teniendo ese aspecto raquítico que tanto me había espantado en mi primera visita. Mi papá mantenía en la cama, día y noche, porque le costaba horrores ponerse en pie y en más de una ocasión había sentido que se iba al suelo, debido al mareo que le provocaba el súbito cambio de posición. Las energías le alcanzaban solamente para ir al baño, un esfuerzo inaudito al que se obligaba debido a la urgencia de esos momentos. Nada más. Empezaba a sospechar que sus afirmaciones de que estaba bien no eran reales, sino una trampa para generarnos tranquilidad y permitirnos regresar a casa menos angustiados, porque cuando me asomaba al baño veía en el inodoro una mezcla de saliva color verde claro, lo que me indicaba que su extenuado cuerpo había llegado a un momento en el que solo le quedaba por expulsar restos de bilis.

Paola sabía que no podíamos seguir en esas, así que en una de sus visitas decidió llevarlo por urgencias al puesto de salud de Siloé, un edificio cuyo interior estaba protegido en su totalidad por una serie de barrotes largos, como si se tratara de una jaula que cubría los cuatro pisos de posibles ataques. Estaba ubicado en las afueras de Siloé, al costado norte de la glorieta. Cuando llegaron y Paola contó los síntomas de mi papá, la médica la tildó de exagerada, y le recomendó que se lo llevara de vuelta a casa: por lo que se veía, el señor no daba muestras de estar tan enfermo como para requerir atención médica. Indignada por el indolente trato que recibía, Paola salió de allá y lo llevó directamente a un hospital.

Yo estaba en mi casa, enterándome por los mensajes que ella me enviaba de que iban camino a uno llamado Mario Correa Rengifo. Me aterraba la responsabilidad que empezaba a sentir sobre mis hombros. Debido a la urgencia, íbamos a tener que acompañar a mi papá en todo momento. Como casi no contábamos con personas disponibles, pues mi mamá estaba ocupada en el trabajo y el resto de la familia de él apenas se había enterado de su situación en las últimas semanas, éramos solo ella y yo los que

estábamos obligados a ir hasta allá y encargarnos de lo que hiciera falta. La sola idea de estar en un hospital me causaba pánico; traía a mi memoria las veces en que me había tocado esperar, en medio de los lamentos y la cara extenuada de otras personas, a que me atendieran cada que alguna de mis crisis asmáticas se complicaba.

Había sufrido de asma desde los siete años. Normalmente podía mejorar mis amagos de quedarme sin aire con el inhalador que me habían recetado, pero cuando esos síntomas persistían teníamos que correr hasta el mismo sitio de donde mi hermana acababa de salir. Ese era el único centro de salud cercano que atendía casos de urgencia y contaba con maquinaria y personal para tratarme.

Lo que más detestaba de ese lugar era el *triage*, un encuentro inmediato con un médico que me revisaba para determinar la gravedad de mis síntomas. El punto en donde habían menospreciado las dolencias de mi papá, marcando su destino, y al que todas las personas tenían que someterse esperando que su dolencia fuera digna de una atención inmediata. Algo que pocas veces ocurría. En mi caso, el *traige* había representado el primer engaño que había tenido en mi experiencia en centros médicos. Había ocurrido en las primeras visitas. Sentado frente al médico, asintiendo con la cabeza a lo que mi mamá le contaba que me estaba ocurriendo, me había embargado una alegría inesperada: pensaba, con sorpresa, que el servicio era muy bueno, pues no había sido necesaria ninguna espera. Todo había sido cuestión de entrar, para que alguien se encargara de mí. ¡Qué bien, ya casi nos podríamos ir!... Minutos después, cuando me encaminaba hacia donde suponía que iban a aliviarme, nos decían que teníamos que esperar en la sala de al lado, hasta que fuera nuestro turno.

¿Cómo?, ¿por qué?, me había preguntado en silencio, mientras mi mamá buscaba un par de sitios libres en las sillas de metal ubicadas en la sala de espera, sabiendo que luego de encontrarlos nos sentaríamos en ellos sin saber cuándo nos atenderían. Víctima de un tedio insoportable, había entendido lo equivocado que había estado. En ningún momento había sido digno de un trato especial. ¿Quién pensaba que era, para pasar por encima de los demás? Como cualquiera, estaba obligado a soportar mi

indisposición hasta que algún médico gritara mi nombre. Ese era el protocolo.

Más de una hora después de estar en esos incómodos asientos de metal, me parecía que al tiempo en ese lugar le pesaba avanzar, lo que intensificaba el estado de impresión que me producía ver la fragilidad del cuerpo humano: ante mí, en todas direcciones, se mostraba una cruel letanía de heridas y caras desfallecientes. En algunas ocasiones, cuando más agotado me sentía y no lograba dar con una posición en el asiento que calmara mi malestar, llegaban con una persona empapada en sangre y atravesaban con ella la sala, directamente hacia los consultorios, dejando a su paso una sensación de inseguridad y desespero que invitaba a salir corriendo.

Poco después dejé de tener esas crisis asmáticas, gracias en parte a un sinnúmero de tratamientos a los que me sometieron en la casa. Pero nunca fui capaz de sobreponerme del pavor que había quedado en mí, esa imagen estática del dolor al que era obligado mientras alguien me atendía y por la cual me había mantenido siempre tan al margen como me fuera posible de cualquier centro médico. Ante la evidencia de que, después de todo, compartía con mi papá algunas de sus fobias, se me imponía el más difícil deber: volver a una sala de emergencias, con la diferencia de que esta vez no era la sala de un centro de salud sino la de un hospital, con la gravedad que eso conllevaba, y no en la condición pasiva y expectante de un enfermo sino en la alerta y determinada del acompañante. Hasta el momento, era el mayor desafío que suponía la responsabilidad de encargarme de mi papá. No me podía negar así lo quisiera.

Al día siguiente, como lo sospechaba, tuve que ir al hospital. Debía reemplazar a Paola. Pasadas las dos de la tarde llegué, luego de un trayecto solitario e ininterrumpido en el bus. Ya Paola se había devuelto.

El Hospital Mario Correa Rengifo era un edificio largo, pintado de blanco y con detalles en azul, ubicado en la esquina de una loma. Todo su frente servía como el parqueadero de los vehículos del personal de salud, motos y carros que daban la impresión de mezclarse con los de las personas que ofrecían sus servicios de transporte informal. Era custodiado por un señor

que sostenía un trapo rojo en una de sus manos, llevaba un canguro sobre la cadera, reloj de pulsera plateado y gorra verde militar. Personas iban y venían con grandes bolsas en las manos, maletines deportivos que en muchos casos contenían las pertenencias de sus familiares internados.

Me sentí desorientado apenas empecé a caminar. Para llegar al edificio había que atravesar una calle de tres carriles, de los cuales solo uno estaba libre. En los otros dos había más carros parqueados. Al frente del Hospital, justo donde me encontraba, se ofrecía toda una variedad de puestos dedicados a la venta de minutos, con vitrinas de vidrio en cuyo interior se podían ver empanadas, papas rellenas y demás tipos de fritanga. En el costado de una casa, donde se avistaba gran diversidad de mecate a la venta, habían puesto un cartel que ofrecía fotocopias, impresiones, escáner y recargas a celular. Más al fondo, amarrada por una cadena a una señal de tránsito, una vieja bicicleta roja. En la esquina opuesta, a mi izquierda, había una gran panadería en cuyos asientos descansaban algunas personas. El silencio en los alrededores, lejos de lo que me imaginaba, me provocaba una sensación perturbadora: traía consigo la opresión de una atmósfera expectante que no hacía más que aumentar las ansias que en ese momento sentía. No recordaba haber ido a ese hospital antes, y ahora me costaba encontrar la entrada. Vi un cartel descolorido que decía “urgencias”, que dirigía a un sendero ancho al costado derecho del edificio. Apenas tuve oportunidad, crucé la calle y me dirigí en esa dirección.

Le indiqué al guardia que iba a acompañar a mi papá, que estaba desde el día anterior a la espera de que lo atendieran, y que hacía poco mi hermana acababa de salir. Me dejó entrar, indicándome a medias dónde quedaba la sala de espera. Cuando llegué allá, el primer cuarto a la izquierda por el pasillo principal, me detuve a ver dónde estaba mi papá. Todos los que estaban ahí, esperando sobre filas horizontales de asientos metálicos, notaron mi presencia, pero al cabo de unos segundos perdieron el interés. Un visitante más. Miraba en todas direcciones, pero no lo ubicaba. Un par de minutos después, me dije que quizá estaba en otro sitio, y salí de la sala. Seguí por el pasillo, con la vergüenza a cuestas de haberme perdido menos de cinco minutos después de haber ingresado al hospital. Temía que no me quedara más remedio que preguntarle al guardia, nuevamente, dónde podría encontrar a mi papá. Entonces vi un cuarto al que se ingresaba

empujando por la mitad dos puertas de madera. Tras dudarlo unos instantes aproveché el impulso de un médico que salió y entré, antes de que volvieran a cerrarse en mis narices. Mi papá estaba al frente, cerca de una esquina junto con tres pacientes más, encorvado, casi dormido, cubierto por sábanas y con el maletín donde Paola había llevado sus pertenencias, sobre sus pies. Me asombró gratamente ver que descansaba sobre una poltrona gris, con brazos abullonados, de las que se podía estirar en caso de que la persona quisiera dormir con más comodidad, pues me figuraba que habría tenido que pasar la noche en las sillas de metal de la sala de espera. Al lado derecho había una silla Rimax roja. Supuse era para el acompañante. Me senté.

Al saludarlo noté su voz tan débil que apenas la escuchaba. No quería pedirle que me repitiera nada de lo que me fuera a decir en adelante, así que traté de acercarme a él tanto como pude. Su olor corporal era fuerte, el resultado ineludible de los últimos días sin poderse bañar.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté, con el pánico de estar obviando lo evidente. Era el único tema que se me ocurría para hablar con él. Al verlo así, sentía tanta pena que ya no me quedaban ganas de hablarle de mis días. Todo aquello que no tuviera que ver con él, para mí era banal.

—... Muy débil —me dijo. Había notado que, cada que iba a hablar, hacía un gesto por recobrar el aire, como si el solo hecho de decir algo supusiera un gran esfuerzo. No me veía a la cara. Solo ladeaba un poco la cabeza hacia donde yo estaba, con la mirada perdida en el suelo. Su aliento era agrio.

—¿Y los médicos qué han dicho?

—Que ahora nos avisan... —me dijo. Luego, quizá llevado por la extenuación a la que llevaba sometido desde hacía más de dos meses, agregó algo que me dejó sin palabras— Yo como no tengo problema con lo que pueda pasar... O sea, si es mi hora no voy a pelear ni nada de eso... Si es de irme, lo acepto.

—¡Bueno, pero hay que esperar a ver qué dicen los exámenes! —le respondí, de inmediato, sintiendo cómo la impotencia y el horror que me

producía esa afirmación cubría mi voz de un tono enérgico, casi como un regaño—. Voy a ver qué dicen los doctores.

Ellos estaban dentro de un cubículo ubicado en el centro del cuarto, riendo, unos cinco metros detrás de mi papá.

—Buenas... —dije con la voz más seria que pude. Ellos apenas detuvieron sus charlas para atenderme— Vengo a preguntar si hay alguna información sobre Aldemar Gamboa.

—Sí, claro, estamos esperando qué resultados salen de unos exámenes que se le tomaron hace rato. Tan pronto salgan les avisamos, tranquilo —me dijo, sin que yo pudiera hacerle alguna otra pregunta. Ignoraba que por mi poca experiencia frente a ese tipo de situaciones me intimidara para presionar que el caso de mi papá no quedara en el olvido. Yo no era, en ninguna circunstancia, la persona idónea para encargarse de garantizar el buen trato y la salud de un enfermo en un hospital. Ni mucho menos. Solía moverme en un mundo diferente, en el que normalmente no era obligado a pelear por mis derechos, y ahora no sabía qué hacer, salvo aceptar lo que me decían y esperar. Volví adonde mi papá.

A los pocos minutos vi ingresar a un señor pequeño de cara distraída, empujando con la mano izquierda una barra de metal de la que colgaba una bolsa de suero. En la derecha sostenía un rollo de papel higiénico. Cuando se detuvo frente a mí, como esperando que sucediera algo, entendí que nunca había habido un asiento destinado para los acompañantes. Salté del asiento, apenado. El señor se sentó, y yo me ubiqué como mejor pude al frente de mi papá, a un costado de la entrada, con mi maletín aprisionado entre mis piernas.

Tener a mi disposición una silla me brindaba cierta seguridad, era casi como la prueba de que tenía derecho de estar ahí, pero cuando me quedé sin ella empecé a sentirme desubicado. Las ganas de salir corriendo hacia otro lugar aumentaron. En algún momento, una señora que descansaba sobre una camilla, en la esquina más próxima a nosotros, empezó a dar alaridos de dolor. Eran oleadas que me crispaban los nervios, y ante las cuales los enfermeros y médicos actuaban con indiferencia. Ella luchaba con una bolsa a la que estaba conectada por una de sus muñecas, como si

tratara de aumentar el ritmo con el que el líquido ingresaba a su cuerpo. Los demás pacientes empezaron a inquietarse. Para esas alturas, el familiar del paciente al lado derecho de mi papá, un hombre de edad avanzada, se había acomodado también a mi lado. Éramos siete personas en menos de seis metros cuadrados. La señora seguía gritando, y los demás pacientes buscaban ayudarla pero nadie sabía cómo. Fue imposible no sentir, de nuevo, la angustia que me invadía cada que iba al centro de salud por mis crisis. Antes de que fuera inminente un ataque de pánico me acerqué a mi papá y le dije que iría a esperar los resultados en la otra sala.

—Es aquí nomás, a la vuelta —añadí, como si yo fuera el papá y él el hijo—. Voy a estar pendiente.

Tomé mi maletín y salí. Cuando entré en la sala, ubiqué tan rápido como pude un puesto libre y me senté en él. Estaba en la última fila, en un asiento que no tardó en ocuparse de repente con una niña que se acostó a sus anchas a esperar que la atendieran, mientras su papá le sostenía la cabeza. En ese instante me vi tentado de sacar el libro que había llevado conmigo, y que había metido en el maletín antes de salir de la casa creyendo que así el tiempo iba a pasar rápido, pero ante los lamentos y los quejidos de dolor de las personas que tenía a mi alrededor, preferí no hacerlo. ¿Cómo iba a ponerme a leer, como quien está de visita en un café, mientras todo el mundo trataba de sobrellevar como mejor podía los problemas de salud que los habían llevado a ese lugar? Me imaginaba que era la peor afrenta: demostrarles lo tranquilo que podía estar, que incluso me daba el lujo de leer. Un turista, un despreocupado visitante. Un cínico, desconsiderado. De todas maneras, no iba a poder concentrarme. Mis sentidos estaban tan alertas que ver el reloj se había convertido en un tic nervioso, y lo único que hacía era agachar la mirada para no encontrarme con nadie. No sabía cómo iba a hacer para aguantar más tiempo así. Minutos después, oí el nombre de mi papá.

—¡Familiar del señor Aldemar Gamboa! —volvían a gritar desde el otro costado de la sala, mientras me apuraba por disimular las ansias por llegar.

—Sí, señor, dígame —le contesté, cuando lo tuve al frente.

—Buenas tardes, aquí tengo los resultados de los exámenes de don Aldemar. Sus riñones ya no le están funcionando. Tenemos que trasladarlo a un sitio donde le puedan hacer diálisis tan pronto como se pueda, porque, de lo contrario, se nos complica. Estamos esperando a la ambulancia, no demora en llegar. Usted tiene que firmar una autorización. Acompáñeme.

Lo seguí de vuelta al cuarto donde estaba mi papá. Él apenas entendía que estaba ocurriendo algo a su alrededor. Le quise decir que nos íbamos, pero el paramédico, cuyo trato cordial me hacía sentir más confiado, se le acercó primero y le contó la situación.

—Buenas tardes, don Aldemar, vamos a trasladarlo a otro sitio, ¿bueno? —le hablaba con tanto tacto que rayaba en la ternura— Ahora va a venir mi compañero con una camilla. Usted se sube ahí, tranquilo que todo está en orden, y nosotros lo llevamos a donde lo pueden ayudar mejor.

Aproveché la oportunidad para llamar a Paola e informarle de que lo iban a trasladar. Apenas alcancé a decírselo cuando llegó el compañero del paramédico, un hombre de contextura gruesa, acompañado de la camilla y un papel que debía firmar. Le dije a Paola que la llamaría tan pronto pudiera. Guardé el celular y me puse a la tarea de llenar los espacios en blanco con la información necesaria para el traslado. Cuando llegué a donde tenía que poner la dirección, caí en la cuenta de que no tenía una. No me había molestado por aprender la de la casa a la que nos habíamos pasado, pues pronto nos iríamos de ahí, y tampoco me sabía la de mi papá. Se lo comenté a los paramédicos, y decidieron dejarla en blanco, mientras tanto. Lo importante era la firma, seguir con el traslado. Ya para entonces habían ayudado a mi papá a pararse de la poltrona y lo único que quedaba era su maletín, que agarré del suelo. Afuera nos esperaba la ambulancia.

—Bueno, cuéntenme un poco cómo ha sido su caso —nos dijo el paramédico. A mí me pareció extraño. No sabía en qué podía ayudar el que supiera nuestra historia de las últimas semanas, pero para evitar que se prolongara el silencio y mi papá se viera obligado a hablar, le respondí.

—Le mandaron unos exámenes y resultó que tenía la presión alta... Entonces le recetaron unas drogas pero a la final le cayeron mal. Complejo B. Vomitaba. Como estaba sufriendo de anemia, era mucho peor. En una droguería le mandaron una Milanta y otras pastas. Pero nada. Los vómitos siguieron, y él no mejoraba. Por eso mi hermana decidió traerlo al hospital.

—Sí, eso veo acá —respondió el paramédico, pasando las hojas que tenía atadas por un sostenedor a una pizarra—. Es que el complejo B es una droga muy fuerte, y más para alguien con tan pocas energías. ¿Y a él le han hecho exámenes de VIH?

—Sí, a él le hicieron ese examen para descartar, porque a veces iba a tomar y uno nunca sabe en esos lugares, pero salió negativo —de inmediato me sentí culpable del juicio implícito que había en lo que le acababa de decir al paramédico. Mi papá, quien seguro se había incomodado ante la pregunta, miraba el techo de la ambulancia, totalmente ausente —.

—Sí, esos exámenes se hacen por rutina. Bueno, lo que va a pasar en adelante es que le van a tener que hacer diálisis. Es como limpiarle la sangre, porque el estado de sus riñones ya no les permite funcionar. Ese procedimiento no es doloroso, salvo al principio porque a uno lo abren para conectarlo. Pero de resto no. Y ya, de ahí en más, es el mismo procedimiento, dependiendo de cada cuánto el doctor lo disponga.

No supe cómo superamos el tráfico y llegamos al nuevo lugar. La ambulancia se detuvo, y el paramédico abrió la puerta. Su compañero apareció, de un costado, y entre los dos empezaron a bajar la camilla con mi papá. Bajé las dos maletas. Estábamos en una IPS llamada Recuperar, un edificio blanco de cuatro pisos ubicado cerca de la Calle Quinta, en un sector de la ciudad por el que era común encontrar toda clase de centros médicos, desde hogares de paso para enfermos mentales hasta centros especializados en cirugías plásticas. Entramos. A mano derecha había un ascensor amplio, por el que metieron la camilla. En pocos minutos estuvimos en el cuarto piso, el área de Cuidados Intensivos. El paramédico ayudó a ubicar a mi papá en el primer cuarto a mano derecha, y tan pronto estuvo seguro de que todo estaba en orden se despidió de nosotros. Hice lo mismo, agradecido por el buen trato que nos había brindado. Casi aliviado de que hubiera venido en mi ayuda y se encargara de mi papá como se

debía. Vimos, para nuestro alivio, que el lugar en el que habían ubicado a mi papá ofrecía muchas más comodidades para él. Al lado de la cama, había una silla. En una esquina, empotrado en lo alto, un casillero con puerta corrediza, donde meter los implementos de aseo.

—Se siente la diferencia, ¿no? —le dije, entusiasmado después de tanto tiempo— Bueno, ya lo peor pasó y ahora nada más es que te hagan eso y ya.

Una enfermera entró y me indicó que, fuera de los dos horarios para las visitas, no debía haber nadie junto a mi papá. Ni siquiera en las noches. Respiré tranquilo. En el fondo sabía la enorme dificultad que esa noticia nos ahorra en adelante. Solo hacía falta que le trajéramos los artículos de aseo y algo de ropa, para el tiempo en que estuviera allá. Bajé a llamar a Paola.

—Ya estamos acá, Paola. Es un edificio por Tequendama. Se llama Recuperar. Haceme un favor, es que hay que traerle a Alde ropa limpia y lo de aseo. Acá no dejan quedar a nadie, pero tenemos que dejarlos antes de irnos.

—¡Ah, bueno! Sí, mi mamá ya va para allá.

Me quedé esperándola afuera; recién se había acabado la hora de visita y solo me dejarían volver a ingresar para entregar las pertenencias. Me senté a esperar sobre un muro que había al costado de la entrada, el límite de la zona de parqueadero. La calle estaba en silencio, la tarde estaba por terminar y los rayos del sol que caían sobre el suelo tenían un aspecto rojizo, melancólico. Pensaba que, después de todo, quizá había estado a la altura de las circunstancias. ¿Quién iba a pensar que me tocaría estar a cargo de su traslado? Ahora me sobrecogía la satisfacción de haber llegado hasta ese punto sin derrumbarme en el camino. Había bastado con que me dejaran a su lado, para luego recibir una llamada en la que les comunicaba que lo iban a trasladar a un lugar mejor. Nada mal. Lo que acababa de vivir era la prueba de que, por muy apremiante que se tornara la situación alrededor de mi papá, iba a saber ser su bastión. Sí, podían confiar en mí. Al rato vi que mi mamá volteó en la esquina y le levanté la mano. Venía

con una bolsa, que no demoré en subir hasta el cuarto de mi papá. Cuando terminé de acomodar todo, me despedí de él, asegurándole que pronto estaría de visita y que por ahora descansara. Con la plena seguridad de que quedaba en las mejores manos.

Los horarios de visita eran dos, en la mañana y en la tarde. La primera vez que fui, lo hice en la tarde. Podían entrar dos personas, si lo querían, pero yo aún no estaba preparado para compartir ese espacio con alguien más que con mi papá. Me aferraba al terreno ganado en las semanas recientes, y consideraba que era mejor mantener mis visitas entre los dos. Era preferible dejar el espacio libre en las mañanas, cuyo horario iba desde las once hasta la una de la tarde, confiando en que don Gabriel, Paola o cualquier otra persona que quisiera ir pensara que así no tendrían que aplazar otros compromisos a lo largo del día. La mañana podría resultarles más práctica.

La visita en la tarde iba desde las tres hasta las cuatro. Ese día llegué quince minutos después, porque no estaba del todo seguro de qué hacer en caso de que la conversación se fuera a pique. Me parecía mejor contar con un lapso breve, para evitar riesgos. Al llegar le dije al guardia el nombre de mi papá, y añadí que estaba en la 402. Él me pidió la cédula. Luego de ponerla sobre una pizarra junto con los demás documentos al costado derecho de la entrada, me entregó una tarjeta de plástico que me identificaba como visitante. Seguí, pero no quise usar el ascensor. Nunca me había gustado la sensación de desamparo que me embargaba cada que estaba en su interior, desprotegido de cualquier desperfecto que ocurriera con su mecanismo. Caminé un poco más, y en la esquina empecé a subir los cuatro pisos que me separaban de Cuidados Intensivos por una escalera en caracol por la que se podía ver hacia la calle, dejando al descubierto cómo cada vez me alejaba más del suelo. Subir los escalones de cada piso me servía, además, como preparación mental para lo que fuera a encontrar y me infundía fuerzas para soportar el estado de mi papá una vez lo viera. Antes de entrar, una enfermera me dijo que me tenía que quitar el reloj de pulsera que llevaba en la muñeca izquierda, algo que no entendí pero que obedecí de inmediato. Lo guardé en el bolsillo de atrás de mi jean y seguí hasta el cubículo donde él estaba.

—¡Q'hubo, Alde!

—Q'hubo, Egüar —me contestó. Su voz había recobrado la fuerza. Estaba recostado sobre la camilla. Pude notar que le habían hecho una incisión debajo de la laringe, justo entre ambas clavículas, y ahora estaba cubierta

por gasas. Al lado derecho, había una máquina de más de un metro de altura, con cuatro válvulas en su interior, cada una con conexiones para cables, y un monitor en la parte superior. Me senté en la silla, delante de la máquina.

—¿Qué tal la noche?

—Bien, al ratico de que te fueras me trajeron la comida y después apagaron las luces para que durmiéramos.

—¿Pero no te dieron ganas de vomitar?

—No, ya no. Estoy como un poco mejor.

—Sí, y acá es mucho más fácil descansar. No como en ese hospital...

—¡Uhh, claro! —me respondió mi papá, que también había sentido el cambio de lugar— Es que ese hospital es terrible.

—¿Y qué tal..., duele mucho? —le pregunté, señalando la máquina a un lado. Me había bastado verla para saber que era la encargada de realizar la diálisis y me había quedado mudo al sospechar el mecanismo complejo que le permitía funcionar, la sofisticación que ella representaba a la hora de pensar en los adelantos de la ciencia médica.

—¡No, mirá que no! Lo que duele es cuando a uno le abren, pero de resto no... —como era la primera vez que mi papá se sometía a ese procedimiento, habían tenido que introducirle la sonda por la abertura que le habían hecho a la altura del cuello. Me imaginé que con el tiempo podrían hacer el procedimiento desde las venas de los brazos, como era común.

—¡Ah, bueno! Menos mal... —le dije, y luego intenté aprovechar la situación para acabar con los miedos que él había tenido ante los procedimientos quirúrgicos en el pasado— Es que a uno le da miedo cuando ve esas máquinas, pero a la final es como más sencillo, ¿no?

—Claro, ya una vez a uno lo abren es más fácil.

Nos quedamos en silencio. Todos los detalles que desconocía, ese mundo nuevo al que mi papá me daba la bienvenida con tanta tranquilidad, habían sido revelados. Ya no sentía el apremio por su mala salud, así que

resolví que estaba bien volver sobre nuestras vidas y contarle un poco de lo que haría en los próximos días.

—En estos días voy a ir a la Feria con unos amigos de la universidad —me refería a la Feria de Cali, que sería en la última semana del año. Ofrecía conciertos con artistas internacionales, desfiles y presentaciones de bailarines de salsa.

—Vea pues...

—Sí, pues no a todos los eventos. Vamos a un concierto que van a dar después del desfile de carros antiguos.

—Ah, verdad que también hacen eso de los carros antiguos.

—Y el Salsódromo, también. Pero como casi todo ahora lo cobran... Y las boletas son carísimas. Nosotros solo vamos un rato, tomamos algo y ya, como para distraernos. Lo bueno es que esta zona está llena de hospitales, así que no va a haber ruidos a medianoche. ¡Porque, de resto, toda la ciudad va a estar de rumba!

A mi papá seguro le parecía extraño que estuviera contándole esas cosas. Nunca había visto en mí a un hombre que le gustara salir a bailar; casi siempre me encontraba en casa los sábados en la noche, viendo televisión o leyendo, al fondo de la casa. Sin embargo, quizá por las festividades del año que acababa, le parecía lógico que decidiera darme ese respiro. Eso hacían los jóvenes, ¿o se equivocaba? Lo que él ignoraba, y yo no consideraba necesario contarle, era que esa salida se sumaba a muchas más a las que me había empezado a acostumbrar desde que vivía en la casa nueva. Desde los primeros días allá, me había dado cuenta de que me encontraba en el extremo contrario de lo que había sido mi vida hasta entonces, y no podía decir que me gustara. Extrañaba mi espacio, levantarme y encontrar todo un piso a mi disposición, hacer lo que me había dedicado a hacer —con felicidad— desde que mi mamá había mandado a construirlo. Disfrutar del silencio de un lugar en donde solo estaba yo. De repente vivía con seis personas en el mismo sitio, y su presencia durante el día era la norma. Pronto había entendido que, en procura de darme algo de silencio durante las noches, había sacrificado el silencio a lo largo del día. Era una especie de karma...

Para evitar su presencia había empezado por mantener encerrado en el cuarto que compartía con mi mamá, sin importar el sopor de los días calurosos. Otras veces salía al balcón con un libro y me ubicaba en el extremo más lejano de la sala, para poder leer un poco. Pero cuando me convencí de que eso no iba a ser suficiente encontré que mi única escapatoria era la de salir a cualquier lugar. La Feria era una excusa más, la invitación a disfrutar de la compañía de otros mientras me las arreglaba para admitir y me amoldaba a la presencia de tantas personas a las que antes solo me había encontrado de vez en cuando. Hasta que la irritación que me provocaba verlos amainara con el tiempo.

No me sentía culpable, tampoco. Experimentar una unión por las personas en la casa me costaba, además, por el hecho de que Andrés y los niños hubieran llegado de la nada, y yo no guardara con ellos ningún recuerdo en común. Sucedía lo mismo que con mi papá, con la diferencia de que yo no contaba con una opción distinta que aprender a convivir en medio de esos desconocidos. Y debía hacerlo pronto, porque la situación iba para largo una vez nos fuéramos a la casa cuya construcción había quedado a medias.

Pero no sabía cómo. Mi predilección por la soledad iba mucho más allá de un gusto egoísta. Parecía constituir mi vida. Ahora, enfrentado a la constante invitación a estar en compañía, no hacía más que dar pataletas de ahogado. Como un animal que empieza a verse arrinconado, con frecuencia les demostraba a todos —tratándolos con respeto, pero cuidándome de que no olvidaran nunca el vacío insalvable que había en el medio— cuán distante era de ellos, y lo dispuesto que estaba a aferrarme a mi espacio vital sin importar lo que fuese necesario hacer, cuánta vehemencia y recelo requiriera. Quizá nunca les diera el visto bueno como mi familia, y aun así no creía cometer un error. Yo tampoco podía ser de otra manera, aunque las circunstancias actuales me estuvieran forzando con tanto vigor. Mi negativa era más tenaz... La media hora que duró esa visita pasó, para nuestra sorpresa, sin que la sintiéramos. Me despedí de mi papá, y me comprometí a regresar tan pronto pudiera.

Pocos días después mi papá tuvo una visita que contenía el origen de sus silencios y la falta de cariño con la que se había acostumbrado a relacionarse con las personas, sin importar quiénes fueran. Se trataba de mis tías.

Eran siete, en total. Luz Dary, una mujer cuyas gafas parecían disimular el impacto de sus ojos claros y solía llevar el cabello oscuro recogido con fuerza hacia atrás, dejando al descubierto una amplia frente en la que se reflejaba la luz. Era la más autoritaria de la familia, y también la más cizañera de las hermanas, un gusto que se daba apoyándose en el hecho de ser la mayor de ellas. No perdía oportunidad para juzgar lo que ellas hacían o dejaban de hacer.

Consuelo, a quien de cariño le decían “la mona”. Era una mujer de estatura baja y cabello rizado, que siempre lo llevaba corto. Tenía un brazo y un pie encogidos, como consecuencia de no haber tenido los medios suficientes para comprar el medicamento que le habían recetado de por vida, luego de un accidente cerebrovascular que había sufrido hacía más de 32 años. Sus hermanas solían verla con pesar, pues el único hijo que tenía era tan antipático que más que un alivio representaba una carga que le impedía estar del todo tranquila. Sentía la constante obligación de ver por él, debido a su poca estabilidad laboral, así ya estuviera en edad de responder por sí mismo. En su juventud, Consuelo acostumbraba usar pendientes que hicieran juego con el color del vestido.

Graciela, a quien le decían “Chela”, era una mujer de aura inescrutable y aspecto duro, con una mirada fija y retadora que imponía inmediatamente distancia entre quienes estaban a su lado. A juzgar por su boca fruncida, parecía que le costaba reír o demostrar algún sentimiento o emoción en medio de personas a quienes desconocía.

María Eugenia, “Juvenia”, era la más alta entre ellas. Se pintaba las cejas, cuyas líneas apenas perceptibles les daban a sus ojos un aspecto de desamparo con respecto al resto de la cara. Llevaba el cabello largo, lacio, que le caía a los costados. La frente amplia y el cuerpo robusto, dos características que, unidas a su estatura, la dotaban de cierto aire de

seriedad y hermetismo. Parecía que siempre estaba a cargo de un evento importante. Vivía en Golondrinas, un municipio al norte de Cali, en una casa-finca, junto con su marido y su hija de 20 años, rodeada de matas y árboles.

Liliana, “Lilia”, compartía con sus hermanas la contextura gruesa y la afición por el cabello largo. Tenía ojos cálidos. Al hablar, acostumbraba dejar escapar una risa tímida, que no tardaba en disimular. Se había casado joven, con un hombre al que le solía escribir poemas que todavía conservaba. Sufría de diabetes. Tenía tres hijos y, para el momento en particular, dos nietos.

Por último, aunque no estuviera visitándolo en la clínica, estaba Antonio, “Toño”, un hombre con problemas de drogadicción y entradas a la altura de la frente. Generaba muy poca confianza entre las personas, debido a cierta propensión a la imprevisibilidad, que se sospechaba en su manera de mirar.

Mi papá era el mayor entre ellos, pero su historia era una cuestión aparte, que con el tiempo terminó por relegarlo y lo llenó de un rencor que todavía le costaba dejar de lado. Él nunca conoció al hombre que le había dado la vida. Al poco tiempo de nacer, mi abuela Rosaura lo había dejado en manos de mi bisabuela, Saturia. Mi bisabuela Saturia era una mujer que, para esas fechas, contaba con más de 60 años, motivo por el cual su cuerpo había empezado a encorvarse. Gracias a ella mi papá se registró legalmente y tuvo un apellido. Ella vivía en Villa Colombia, un corregimiento en la zona rural de Jamundí, junto con su hijo Julio, en una casa en la que les permitían estar a cambio de que cuidaran un terreno cercano. Allí aprovechaban para cultivar piña y cebolla. Estuvieron juntos por más de 20 años. Hasta que el tío Julio, a quien mi papá seguramente consideraba como su hermano, conoció a una mujer y se fue a vivir con ella, en una casa por el kilómetro 30, en la vía que comunicaba a Cali con el puerto de Buenaventura. Pronto el trabajo en el terreno, al que se habían dedicado desde siempre, se acabó sin que pudieran preverlo. Sin nada a lo cual dedicarse, ni una excusa para mantener en esa casa, mi papá y mi bisabuela se vieron obligados a aceptar la oferta de mi abuela Rosaura. Ella les dijo que les daría posada en un cuarto pequeño en su casa —ubicada en un

barrio llamado Lourdes, loma abajo del hospital donde más de 30 años después Paola llevaría a mi papá—. En adelante podrían quedarse a vivir, en compañía del resto de sus hijos y su marido.

Para la época en que dejaron la casa en Villa Colombia mi bisabuela ya tenía más de 90 años y usaba vestidos negros con estampados de flores, a modo de luto luego de que murieran Esnoraldo y Pedro, dos de sus hijos. Estaba casi ciega debido a sus cataratas y dejaba que sus nietas, quienes le decían de cariño “Tullita”, le hicieran trenzas en el cabello. Mi papá, por su parte, todavía no se adaptaba a la vida en la ciudad, y mucho menos en esa casa. Pasar toda su vida en el campo, disfrutando de las libertades, la tranquilidad y la simpleza de los días dedicados a toda clase de oficios agrícolas junto con su tío Julio, lo habían formado como persona, y no tardó en darse cuenta de que ese estilo de vida ahora le traería problemas. Su desinterés por su aseo personal, y la falta de consciencia frente a lo que pudiera disgustarle a alguien más, pasaron a ser sus mayores defectos, algo frente a lo cual no podía hacer nada: ya constituían una parte fundamental de su forma de ser.

Pronto entendió que estaba en desventaja en otros terrenos. El hecho de no haber vivido bajo el mismo techo que sus hermanos, y de la nada verse en medio de sus actitudes y comportamientos hostiles, verlos como animales defendiendo su territorio, lo puso a la defensiva. No demoraron los problemas, discusiones triviales en las que probablemente mi papá empezaba a incubar el rencor que siempre les guardó. Sobre todo cuando ellas —en especial mi tía Consuelo y Graciela, a quienes luego dejó de hablarles por un tiempo— le recordaban lo poco que le correspondía estar allá, en una familia a la cual al fin y al cabo no pertenecía. En ese lugar mi papá era el bastardo, a quien le habían dado hospedaje por compromiso, y de quien había que aprovechar el más mínimo desliz para poner en duda la legitimidad de su estadía.

Mi papá aprovechaba las épocas de cosecha y se iba al Quindío a recoger café y plátano, una actividad que desempeñaba con eficiencia y por la cual era reconocido entre sus colegas. Una vez empezó a vivir en la casa de mi abuela Rosaura, entró a trabajar como ayudante de construcción, y como la atención de sus medias hermanas estaba puesta en cualquier descuido que

él tuviera, no faltaron las discusiones: por qué entraba con los zapatos sucios, llenando de manchas de barro el piso. Él pasaba de largo ante esas quejas, cansado de ser el chivo expiatorio de las frustraciones de ellas. Esa había sido su rutina, desde que estaba allá. Sospechando que se habían convertido en una excusa para hacerlo sentir mal, mi papá se esforzaba por sobreponerse a las incomodidades que mis tías siempre sacaban a relucir. No fue sino hasta una vez que él dejó sucia la taza del inodoro, luego de orinar, que la indignación de todas ellas traspasó sus límites. Entonces ocurrió lo que estaba destinado a ocurrir.

—¡Usted, ¿por qué deja ese baño todo chorreado?! —se quejó su hermana Consuelo.

—¡Agh, no joda! —le respondió él, indiferente ante una nueva queja.

—¡Lárguese de acá! —le gritó ella.

Entonces llegó el papá de todas, un hombre estricto y de estatura mediana, con el que mi papá siempre había tenido conflictos debido a lo poco dócil que se mostraba ante sus imposiciones de autoridad. Intervino:

—¡Usted no tiene nada que ver acá! Esta es mi casa, estos son mis hijos. ¡Lárguese, lárguese de acá!

Para esas alturas mi abuela Rosaura se había enterado de la pelea y estaba presente. Ella era una mujer de cabello corto y cuerpo delgado. Cuando usaba vestidos se le marcaban los huesos de la clavícula y el tórax. Las venas sobresalían a lo largo de su brazo. Su mirada era aguda y sus labios eran una línea rosada apenas perceptible. Todos sabían que ella era la única que podía defender a mi papá. Pero cuando le correspondió decir algo, quizá para que la discusión terminara, lo que dijo fue igual a haberle dado vuelta al puñal que le había clavado a él en medio del pecho, al abandonarlo:

—Sí, m'hijo, váyase pa' Siloé y busque una piecita —no importó que el tono de su voz dejara adivinar la pena que sentía al dejarlo a la deriva, nuevamente, mi papá lo entendió como una nueva afrenta. Seguro de que no contaría con el cariño de nadie ahí, fuera de mi bisabuela Saturia, reunió todo el orgullo del que fue capaz y respondió que si tanto lo deseaban, él se iba. Y, en efecto, lo hizo. Se fue a vivir a Siloé, en un sector

conocido como “Calle Caliente”; una señora llamada Rosa le alquiló una pieza.

Tiempo después, cuando Paola cumplió un año, mi papá le contó a mi mamá ese episodio, cuando decidió llevarlas por primera vez a visitar a mi bisabuela Satoria. Allí, mi mamá notó cómo él no le hablaba a la mitad de la familia. A mi abuela Rosaura, a quien nunca llamó “mamá” y prefería decirle “ella”, apenas la determinaba. Solo se trataba con mis tías Liliana y María Eugenia, con quienes mejor se llevaba, quizá porque ellas nunca lo habían tratado con menosprecio. De sus hermanas Luzdary, Consuelo y Graciela, mi papá solía decirle a mi mamá que eran “las pinchadas”. “Esas tontas son creídas”, repetía, como tratando de justificar el silencio que había impuesto hacia ellas, sin saber que para mi mamá esa clase de frases solo sacaban a relucir el carácter rencoroso que definía a mi papá en algunas circunstancias.

Su ida de la casa no había hecho más que aplazar esas viejas rencillas que siempre encontraban motivos para renovarse. Una vez, a causa de una ruana que mi bisabuela Satoria le había regalado a Paola, algunas de mis tías se quejaron. Según decían, si él no era quien cuidaba a mi bisabuela, ella no tenía por qué seguir teniendo ese tipo de detalles. Nadie tenía cómo entender el vínculo que los unía. Por mayoría que fueran, no podían competir con los años que mi papá y la mujer que ahora estaba prácticamente ciega habían tenido en Villa Colombia.

Por eso cuando mi bisabuela Satoria murió, mi papá sintió el deber de encargarse de todo lo que hiciera falta para que tuviera un entierro digno. Paola tenía 4 años. Mi tío Antonio había madrugado a la casa que ya se había hecho mi papá, para informarle. El impacto que tuvieron las palabras de su medio hermano en esos momentos lo llenó de un dolor repentino, que mi mamá atestiguó en silencio y con sorpresa: nunca había visto a mi papá tan triste. Fueron al velorio. Al llegar se encontraron con que en las afueras de la casa habían puesto parlantes, y con un micrófono pedían la colaboración de cualquier vecino de buen corazón que quisiera ayudar para costear su sepelio. El papá de sus hermanas había muerto hacía poco dejando en mi abuela Rosaura una sensación de desamparo total frente a la vida. Nadie en la familia tenía un peso.

—No, señor, ¿por qué? —les preguntó mi papá, con la convicción que le permitía la suma de dinero que había llevado, parte de sus ahorros. Estaba molesto de que la memoria de la mujer a la que tanto había querido tuviera que pasar por la vergüenza de esa colecta— ¿Por qué van a pedir? ¡Yo tengo con qué enterrar a mi abuela!

Ante la determinación que vieron en él, todos decidieron hacerle caso y al poco tiempo empezaron a entrar los parlantes a la casa. Mi papá se fue a hacer los trámites que correspondían. Contrató buses. La enterraron en el Cementerio Central de Siloé, un edificio cuyos muros ahora exhibían toda clase de grafitis, a la entrada de “El Plan”. Puesto 610. Yo recordaba ese sitio, una de las primeras hileras dispuestas dentro de ese cementerio, pues cuando era pequeño mi papá me llevaba a saludarla. En ese momento no sabía quién estaba ahí, y menos por qué él hacía lo que hacía: tomaba una de sus llaves por la punta, y golpeaba dos o tres veces la lápida de cemento, como si quisiera avisar de que alguien había llegado de visita. Luego se quedaba unos minutos en silencio, mientras yo lo esperaba sentado en el andén del frente.

La dureza de ese recuerdo, a pesar de la satisfacción que había supuesto darle un buen entierro a su abuela, persistía en mi papá, y probablemente seguía dando vueltas en su memoria, incluso años después. La contrariedad que le causó ver a sus hermanas esa tarde, visitándolo en la clínica, era por ende de esperarse. Aunque en el estado en que se encontraba probablemente decidiera restarle importancia. Cuando él tuvo su casa propia, después de varios intentos fallidos, aceptaba las veces en que lo visitaban, aunque no daba muestras de mucha emoción. Entre sus hermanas era conocida la puntualidad con la que mi papá iba a trabajar, cuando estableció su punto de ventas de helados en el cementerio Jardines de la Aurora. Tenían claro que, si no llegaban a su casa antes de las diez de la mañana, no lo iban a encontrar. Así que madrugaban. Yo las recordaba, no sin un sentimiento de incomodidad ante su presencia inesperada, pues si para mi papá esa parte de su familia no era cercana, para nosotros en la casa lo era mucho menos. Mi papá las llevaba a la casa de mi mamá, les hacía desayuno y luego, cuando se acercaba la hora, se despedían en la

avenida cercana al colegio Juan Pablo II. Él volteaba, montado en su bicicleta, camino al cementerio; ellas se subían al jeep, en el carril contrario, de vuelta a su casa en Lourdes. Ahora, para su sorpresa, estaban todas abajo, tratando de convencer al guardia de que las dejara ingresar, a lo que él accedió, siempre y cuando fuera de a dos y por poco tiempo.

—¡Uy!, ya estás bien, ¿no? —le dijo mi tía Liliana, guardando para sí el verdadero pesar que le causaba verlo en ese estado, quizá entusiasmada al notar la vitalidad y el optimismo que había recuperado mi papá en los pocos días que llevaba en ese nuevo sitio. Ella era quien más lo visitaba en su casa, en compañía de su esposo y sus hijos.

—¡Ah, sí! —le respondía él, cruzado de piernas, a la vez que se echaba el cabello hacia un lado con el ademán usual de su mano derecha— Yo ya estoy bien. Ya me voy a ir pa' la casa. Voy a ir a rumbear —agregaba, consciente de que desde hacía mucho ellas sabían de su gusto por esa clase de pasatiempos.

Después de todo, la única vez que había ido a visitar la tumba de mi abuela Rosaura, luego de que varias de sus hermanas lo convencieran, mi papá había llevado una botella de vino. Había sucedido en diciembre de 2008, un año antes de que sacaran los restos de la tumba. Mi abuela Rosaura sufría de diabetes. Una condición que fue definitiva para su vida, pues murió luego de que una herida en una de sus piernas, que se negó a sanarse a pesar de las semanas, terminó por infectarse de gangrena y diseminarse por su cuerpo. Murió un 15 de septiembre, día del cumpleaños de mi mamá. La habían enterrado en el Cementerio Metropolitano del norte, cerca de Palmira, al que fuimos todos los de la casa. Allí percibimos las miradas reprobatorias de mis tías por la falta de atención que mi abuela había recibido de mi papá durante los últimos días de su vida.

Más de tres años después, con el dolor y el rencor apaciguados, quisieron reunirse allá, para celebrar su memoria. Mi tía Liliana visitó a mi papá, días antes, y le comentó del deseo que tenían. Él le respondió que vería si podía: siempre estaba la imposición de su trabajo. Ella aceptó y esperó que así sucediera. Ese día, además de mi tía Liliana, estaban allá mi tía María Eugenia y mi tía Graciela. De las mujeres eran ellas quienes mejor se llevaban, pues con mi tía Luzdary y mi tía Consuelo sentían una distancia

incómoda, y preferían evitarse los malos momentos. Era uno de los últimos días del año, y el reloj se acercaba a las dos de la tarde. De repente lo vieron llegar, sosteniendo una botella en una de sus manos.

—¿Y usted pa' qué trajo eso? —le preguntó mi tía Liliana.

—Pues... —por un instante, mi papá no supo si había hecho lo correcto— vamos a tomarnos unos traguitos.

—¡Vean a este! —dijo, sorprendida, mi tía María Eugenia. Se habían sentado en un andén, a medio camino entre los osarios y la tumba de mi abuela, para cubrirse del sol que seguía cayendo recto sobre el césped.

—Bueno, vamos a tomar, ¡vamos a emborracharnos! —declaró mi papá, ante el escándalo de ellas, pensando que el licor le serviría como excusa para los silencios incómodos que llegaran. Poco después, salvo mi tía Liliana, mis otras dos tías aceptaron los pequeños tragos de vino que mi papá les ofrecía.

Hablaban, como era de esperarse, de mi abuela Rosaura. Trataban de recordar los momentos más felices que habían tenido a su lado, como las navidades que pasaban junto a ella, incluso las pocas veces en que mi papá había ido a visitarlas, pero resultaba inevitable que esos momentos trajeran a la memoria los días difíciles que habían atravesado durante esas dos semanas en que la habían tenido que internar en el Seguro Social, donde había muerto. Mi papá las escuchaba, en silencio. A lo mejor pensaba que, de los que estaban ahí, sus hermanas eran las que más razones tenían para celebrar la vida de su mamá. A él siempre le costó recuperarse del doble abandono al que lo había enfrentado. De ahí que la llamara “ella”, con toda la distancia que esa palabra imponía entre un hijo y una madre. Pero no era momento de expresar esos sentimientos. Se trataba de la primera vez que estaban juntos allá, desde el entierro, y mi papá había ido con la determinación de festejar, así que no perdía ocasión para reírse y hacer bromas en complicidad de mi tía María Eugenia, con quien parecía compartir el mismo sentido del humor. Una complicidad que les permitía a ellas atestiguar una de las características más estridentes de mi papá.

Él tenía una forma de reírse particular. Igual a una explosión que salía de su boca, esparciendo partículas de saliva en todas direcciones, y se expandía en

carcajadas que solían dejarlo sin aliento. Yo la recordaba bien porque cuando era niño solíamos ver juntos *El chavo del 8*, un programa de humor mexicano que le gustaba mucho, y me sorprendía la vitalidad de su risa. En esos momentos, al verlo solía experimentar una especie de satisfacción adulta: era como si me sintiera feliz de que él disfrutara inocentemente de su programa favorito.

Pasaron más de dos horas allá. Se tomaron un par de tragos más, y decidieron regresar a sus casas.

—¿Entonces qué, Alde? —le preguntó mi tía María Eugenia, sentados sobre los asientos del bus blanco con acabados verdes y naranjas, perteneciente a la empresa Transur, que los trajo de vuelta— ¿Ahora pa' ónde va?, ¿ya se va a ir a rumbear, ya se va a ir a ver con las viejas? Espere nomás, que le voy a decir a Genia —“Genia” era la forma en que mi papá se refería a mi mamá, y por ende la que habían adoptado mis tías.

—Pues dígale, ella no se va a enojar —le respondió mi papá, y añadió, con acento orgulloso—, ella me da permiso. Luego vinieron las risas.

Aquel día ninguna de ellas había logrado que mi papá aceptara despedirse de beso, por mucho que estuviera cerca la celebración por el año nuevo. Pero ahora, más de 11 años después, y ante las nuevas circunstancias en que lo encontraban, mi tía María Eugenia quiso intentarlo una vez más:

—Alde, ¿será que usted no se enoja si yo le doy un pico?

—Nooo —respondió mi papá, sorprendido por la inesperada pregunta, pero consciente de que no era el mejor momento para seguir forzándose a mantener una postura distante y fría frente a ellas. Al final de cuentas eran sus hermanas.

Todas mis tías siguieron el mismo ejemplo. No fue mucho lo que lograron hablar ese día, debido a la premura a la que las obligaba el guardia, pero resultó suficiente para salir desoladas ante el estado en que estaba mi papá. Varias de ellas lloraron, en el parqueadero.

—No... ¿quién iba a pensar que íbamos a ver a Alde así...? —decía en voz alta mi tía María Eugenia, como si siguiera sin creer en lo que había sido de

mi papá en tan poco tiempo. Mientras se alejaban de la clínica, mi papá quedaba allá, en la soledad de su cuarto, probablemente preguntándose el porqué de esa muestra de cariño, y si no era señal de algo.

18.

Habían pasado diez días desde la reclusión de mi papá en esa clínica y su estado se había estabilizado, pero con ello se había instaurado una especie de monotonía que empezaba a irritarme. Cuando llegué, lo saludé y le pregunté lo mismo de siempre, y luego fue muy poco lo que hablamos. Me sentía extraño, como si anhelara volver a comportarme con la misma indiferencia de antes, cuando apenas nos comunicábamos. Era como si el hecho de que su vida ya no peligrara les quitase sentido a los esfuerzos porque él se sintiera mejor. ¿Ya para qué, si no hacía falta?

No podía decir que estaba cansado de ir y venir de un lugar al otro, primero de su casa a la mía, luego desde la que alquilábamos hasta esa clínica, pero sí me preguntaba si no era justo darnos un descanso. A lo mejor había llegado el momento de quitar un poco el pie del acelerador, y dejar que el reencuentro que había procurado tener con mi papá desde hacía más de dos meses se diera de manera más natural, sin tantos apuros. Por su buen semblante, ahora confirmado por médicos y enfermeras que lo cuidaban el día entero, me atrevía a decir que no corríamos contra el reloj. Después habría tiempo, no había por qué forzar las cosas.

Además... era cierto que, por una razón que ignoraba, había días en los que no quería mostrarme sociable con nadie; cuando iba a ver a mi papá, a pesar de sentirme así, me contrariaba estar obligado a llevar las riendas de la conversación. Algo me detenía, me impedía hacer ese esfuerzo de más. Creía que estaba llenando el vacío de un compromiso que no me daba nada a cambio. En esos momentos pensaba que estaba siendo un hipócrita conmigo mismo, presionándome para expresar una alegría y un entusiasmo que no experimentaba. Y un mentiroso con mi papá. Peor aún: si tenía en cuenta que lo hacía debido a su estado de salud, eso me convertía en un mentiroso por culpa de la lástima que él me producía.

No entendía del todo la verdadera razón del tedio que me embargaba ese día, durante la visita, pero era consciente de cómo este se transformaba en molestia con el paso de los minutos. Ni yo ni mi papá nos decidíamos a decirnos nada. Ambos nos habíamos resignado. Ese silencio al que tanto le temía en mis primeras visitas en su casa se había vuelto a asentar, y ya no hacía nada para impedirlo.

Pronto no pude soportarlo más y empecé a ver el reloj con insistencia, tal como lo había hecho en el hospital. La diferencia era que no lo hacía por el temor que me infundía ver a personas desconocidas a mi alrededor, sino por la sospecha de que había actividades mucho más productivas a las cuales dedicar la tarde de un día: un coletazo del espíritu festivo que se vivía en la ciudad, al acercarse el final del año, y cuyo efecto me llegaba tardíamente. Mi papá seguía a mi lado, en silencio, haciendo caso omiso de las ansias que mostraba su hijo por acabar cuanto antes con la visita. Quizá él también estaba incómodo. Y, al igual que yo, agradeció cuando llegó la enfermera a decirnos que se había acabado el tiempo. Ambos nos despedimos, tratando de disimular que aquel día había sido un trámite más.

19.

Fue el mismo espíritu festivo que me había inquietado aquella vez el que me hizo ceder, razón por la cual el 31 de diciembre acepté volver a visitar a mi papá, esta vez en compañía de Paola. Queríamos desearle el feliz año. Era la primera vez, en mucho tiempo, que estábamos los tres reunidos. Aparte de uno que otro encuentro esporádico en las noches, cuando Paola iba al segundo piso de la casa a llevar o traer alguna pertenencia, no solíamos compartir tiempo juntos. Desde la independencia de ella, hecho que afianzó mi mamá al darle todo el primer piso, habíamos perdido ese punto en común, que era la casa a la que llegábamos o en la que permanecíamos durante el día.

Desde entonces, mi papá se había visto obligado a dividir sus visitas, cuando por fin superó su vergüenza ante las personas con quienes Paola ahora convivía: por un lado, la encontraba a ella y podía contarle anécdotas del día, o preguntarle si estaba bien, cómo iba todo; por el otro, me encontraba a mí, en las raras veces en que estaba en la casa, sumido en un silencio total, entre libros, o con los audífonos puestos, de cara al computador, lo que apenas le permitía el saludo. Pero nunca los dos, a la vez, y en esos momentos había en el cuarto de la clínica un aire de excepción entre todos. Sin embargo nos sentíamos cómodos.

Experimentaba esa confianza y seguridad que daba estar con la familia más próxima que tenía, personas a quienes había visto desde siempre y a quienes me ligaban lazos más fuertes que cualquier otro compromiso que hubiera adquirido con cualquier pareja en el pasado. Sospechaba que Paola pensaba igual. Excepto por mi mamá, ausente por motivos de trabajo, las personas en ese cuarto me bastaban para sentir un raro anclaje en el mundo, algo así como la certeza de dónde venía. Paola y mi papá se pusieron a hablar, mientras los escuchaba en silencio. Entendí con alivio que ante ellos mis silencios tomaban otro significado: no eran una forma de expresar mi apatía, sino la libertad que me daba sentir que tenía el respaldo de alguien a quien no le costaba mostrarse conversador y amigable. Algo así como el reconocimiento de mi propio carácter discreto. Paola me libraba, sin quererlo, de cualquier responsabilidad; con ella cerca, en el asiento de la visita, mi falta de disposición para el diálogo pasaba desapercibida.

En el poco tiempo que llevábamos compartiendo la casa en la que ahora estábamos, había notado que Paola era capaz de adivinar mi incomodidad ante determinadas situaciones, aquellas en las cuales mi privacidad era amenazada por la presencia despreocupada de Andrés o mi mamá. En esos instantes actuaba de inmediato con el propósito de librarme de la obligación de expresar esa molestia, algo que siempre le agradecía. Tan pronto aparecía un ademán involuntario de mi puño, que se cerraba de repente como si quiera golpear algo, Paola los instaba a salir del cuarto. En el poco tiempo que llevábamos viviendo bajo el mismo techo, me había aprendido a conocer a partir de la entonación de mi voz, así como esos imperceptibles tics del cuerpo que expresaban lo cerca que con frecuencia estaba de estallar de la rabia. Frente a ella, quien entonces le contaba a mi papá las últimas novedades de la semana, mi actitud recelosa y egoísta no estaba mal; al final de cuentas así era como persona. Por ende no tenía por qué sentirme culpable.

Es más: me daba la sospecha de que esa actitud me convertía en una especie de guardaespaldas, alguien completamente impasible que se conforma, como yo en esos instantes, con ver que las personas a las que cuida están bien. Lo máximo que me permitía en la visita era una sonrisa cómplice, satisfecha, cada que alguno de ellos dos hacía una broma. Estaba tranquilo, disfrutaba verlos en ese estado de celebración. Me bastaba con esa imagen para ser feliz.

A lo mejor para mi papá esa doble visita ratificaba la sospecha de que ambos hijos iban a hacerse cargo de él en adelante, pero no dejaba de sorprenderlo vernos a los dos ahí, una a su lado y otro sentado al pie de su cama. No en vano habían pasado más de diez años, desde las veces en que había recibido atenciones de parte nuestra.

Ocurrían los domingos, pasado el mediodía. Mi mamá sabía que mi papá llegaba a esas horas. Debido a que tenía que estar en el cementerio en menos de una hora, no tenía tiempo de subir las cuerdas desde allá hasta nuestra casa para almorzar. De manera que mi mamá empacaba la sopa y el seco en vasijas que luego metía en una bolsa, y se la pasaba a Paola, para que se la llevara. A mí me tocaba, por ser el menor, el vaso con el jugo que hubiera hecho ese día. Bajábamos, entonces, “Cinta Larga”, con cuidado.

En especial yo. Mi paso era tan lento que me frustraba y avergonzaba al mismo tiempo. Intentaba mantener el mismo ritmo siempre, pero nunca faltaban los baches en el camino. Tenía que detenerme, en mitad de la calle, hasta que la agitación en el interior del vaso disminuía. Sospechaba que mis amigos de la cuadra, y los demás vecinos, me estaban vigilando, y veía cada vez más lejos a Paola, que no parecía tener ningún inconveniente con su encargo. Cuando estaba seguro de que no se regaría el jugo, continuaba. Mi mayor temor era que se me cayera el vaso, o que de a pocos terminara por botar la totalidad de su contenido, y tuviera que verme en la penosa necesidad de regresar adonde mi mamá y aguantarme su regaño, mientras me lo volvía a llenar. Por suerte mis precauciones siempre habían sido suficientes. Tocábamos a su puerta. Segundos después mi papá abría, nos recibía la comida y nos daba a cada uno algo de plata, para mecatear ese domingo. A Paola le daban 3.000 pesos; a mí, de nuevo por mi edad, solo 2.000. Esas entregas a domicilio no duraron mucho, pues mi papá pudo tener nuevamente tiempo suficiente entre cada turno, lo que le permitió volver a subir para almorzar con nosotros.

Muchos hábitos habían acabado, y sin embargo ahí estábamos, renovando nuestro deber como hijos. Era evidente que el tiempo había pasado. Ambos habíamos crecido. Ya no esperábamos a cambio un billete de su parte. Tanto Paola como yo nos habíamos encargado de nuestras vidas, y prueba de eso era que ella estaba esperando su primer hijo. Mi papá pronto sería abuelo, una noticia a la que había reaccionado primero con escepticismo, como si no le creyera a Paola lo que decía, y luego con un gesto de felicitación que era típico en él, la señal más manifiesta de cariño que se permitía: cerrando el puño de su mano derecha y levantándolo a la altura de mi hermana, como invitándola a que hiciera lo mismo, y luego chocándolo brevemente, como una alianza: el “power”, solía decirle él, algo que hacía cada que se la encontraba en la calle. La forma menos empalagosa de ratificarle la importancia que Paola tenía en su vida, y el vínculo que nunca olvidaba.

El tiempo, sin duda, había pasado, y estaba bien. Lo que atestiguaba en esa tarde era prueba de que la premura con la que antes se había encargado de nuestras necesidades, en la medida en que él había podido, lo había convertido en un buen padre, después de todo; de lo contrario, sus hijos no

se molestarían con tantas atenciones. Lo habíamos logrado. Ya había pasado lo peor. Todo parecía indicar que pronto le darían el alta.

En mi visita anterior, antes de salir de la clínica, había ido adonde los doctores que lo atendían, en una caseta llena de computadores en la esquina derecha apenas entrar al piso, y les había preguntado por su estado, pues a pesar de que el semblante de mi papá era cada vez mejor, nadie nos decía nada en concreto sobre su evolución. Esa vez me habían dicho que sus niveles de creatinina ahora estaban en orden, luego de cada diálisis, pero que esperaban determinar por qué razón volvía a presentar picos elevados, de repente. Esa era la única duda que tenían. De resto, estaba estable. Mi papá había recuperado sus energías, y podía caminar por cuenta propia.

Ya después habría tiempo de recoger los resultados de los exámenes que quedaran pendientes y tratar lo que hiciera falta. El mayor desafío, en adelante, sería hacer de nuestro peor miedo una costumbre más: las diálisis, a las que mi papá en adelante se tendría que someter tres veces a la semana. Una nueva vida nos esperaba. Cuando acabó el tiempo de la visita, Paola y yo le dimos el feliz año, sin mayor muestra de cariño, tan solo con el deseo de que esa noche pudiera descansar a pesar de la pólvora que estallaría en toda la ciudad a la medianoche.

El silencio que nos une

20.

Cuando mi papá recibió el alta, los primeros días del 2019, tomamos la decisión de que lo llevaríamos a vivir junto con nosotros. Pese a que nos pareció lo más lógico, esa era una apuesta radical. Jamás habíamos compartido el mismo espacio, y nadie sabía cómo iba a resultar, pero debíamos actuar con prontitud. Así su estadía en la clínica le hubiera permitido recobrar el buen semblante, tomaría mucho tiempo antes de que se pudiera valer por sí mismo en todo lugar, nuevamente. En ese momento más que en ningún otro, estábamos en la obligación de cuidar de él, para que su recuperación encontrara por fin el camino adecuado.

En adelante vendría un régimen estricto de medicamentos que tendría que tomar puntualmente a lo largo de cada día, sumado a un cuidadoso racionamiento de los líquidos que consumiría con cada comida. Sabíamos que solo podríamos garantizar que esas condiciones se cumplieran al pie de la letra si nos hacíamos cargo de ellas. Para todos resultaba mucho más práctico atenderlo en la casa donde estábamos; de esa manera nos evitábamos perder tiempo valioso yendo de un lugar al otro, y podíamos verificar su estado cuando quisiéramos. Bastaría con que nos fijáramos en él. Para esas alturas, no había ni la más pequeña posibilidad de que lo dejáramos regresar a la vida solitaria y descuidada que lo esperaba en su casa, por mucho que antes nos hubiéramos esforzado por hacer de ella un lugar más cómodo para estar.

La casa en la que ahora vivíamos era una especie de cuadrado de tamaño mediano, hecho a base de ladrillos limpios pero sin acabados, alrededor del cual habían dispuesto un baño, una cocina y tres habitaciones. Su puerta principal no cerraba con seguro sino solo a presión, y el piso estaba lleno de agujeros por los que se escapaban restos de la mezcla que habían utilizado para fundirlo. La persona encargada había dispuesto de menos materiales de los necesarios, para así hacerse con sobrantes que pudiera llevarse a escondidas después. Un sendero de un metro de ancho, al costado derecho de la casa, servía como el balcón, y por él se podía ver la ciudad, más allá de las montañas.

Paola dormía, junto con Andrés, Karen y Killian, en la primera habitación a mano izquierda, apenas entrar a la casa. Al frente de ellos, luego de un

espacio muerto que utilizábamos como sala, dormíamos mi mamá y yo. La habitación restante, al lado derecho de la nuestra, era la de mi abuelo, quien se había ido a vivir con nosotros al no tener quién se hiciera cargo de él. En ese cuarto aprovechábamos el espacio de sobra en una de sus esquinas para meter algunas pertenencias que no utilizaríamos sino cuando ya estuviéramos viviendo en nuestra casa, cuya construcción seguía detenida.

Confiada en que dichos problemas se solucionarían pronto, mi mamá pensó que un esfuerzo más bien valdría la pena, en especial a la luz de las nuevas circunstancias por las que ahora atravesaba mi papá: aceptó dormir en el sofá de la sala, para que él ocupara su cama. Estaba tan atónito al saber con quién compartiría la privacidad de esa habitación, que no me planteé la posibilidad de ser el que se sometiera a las incomodidades de un sofá. Era tan singular ese escenario, tantas las novedades que llegaban a mi vida en tan poco tiempo, que apenas lo podía concebir.

En la noche de ese primer día, cerca de las ocho vi entrar a mi papá a la habitación. Acostumbraba ver televisión ahí, y no en la sala, pues parte de la distancia que quería mantener con el resto de la familia, ese deseo de no dejarme despojar de mi privacidad, implicaba no frecuentar lugares en donde me viera obligado a interactuar con ellos. Nunca se me había pasado por la cabeza comer en la misma mesa; en la casa anterior teníamos una, pero raras veces comíamos en ella. Ante la falta de costumbre la mesa del comedor pasaba a cumplir una función decorativa, salvo por mi papá, que casi siempre se sentaba en ella a comer. Yo comía de cara al televisor, poniendo un taburete al frente del sillón en el que me sentaba, y eso era lo que recién había hecho esa noche.

Me parecía bastante temprano como para que alguien se fuera a dormir, pero entendí que quizá la incomodidad de estar en medio de tantas personas había empujado a mi papá al anonimato de la habitación, como si buscara en ella la paz y el silencio que disfrutaba en el cuarto de su casa. No quería importunarlo. Sabía que él no me iba a hacer ninguna petición. Ya bastante atrevimiento le parecería estar viviendo con nosotros. Pero me imaginé que estaría mucho más cómodo con menos iluminación, así que

minutos después de que se acostara decidí apagar la luz y bajar el volumen del televisor.

Pocos minutos después, empecé a mirarlo de reojo. No estaba seguro de si se había dormido, y tampoco quería que se enterara de la curiosidad que me causaba. Él descansaba en la esquina contraria a donde se ubicaba mi cama, y a su costado derecho estaba la repisa de madera que sostenía el televisor, cuya pantalla exponía sin querer los pliegues de su cuerpo, como un retrato en el que la luz descubría la mitad de una silueta, en medio de la oscuridad. Cuando me di cuenta de que se había quedado dormido, dejé de verlo. Todavía no lo podía creer, pero todo parecía haber encontrado su lugar, finalmente. La familia estaba reunida, después de tres meses de incertidumbre y zozobra. Solo eso hacía falta para convencerme de que nada malo podría pasarnos en adelante. Ya no tendríamos que preocuparnos. Minutos después, disfrutando del aire tranquilo que se había asentado en la habitación, apagué el televisor y me acosté.

La mañana siguiente, pasado el efecto vigorizante de la llegada de mi papá a la casa, tuve que enfrentar una realidad distinta. Ahora, a la luz del día, veía cómo Paola tenía que ayudarlo a cruzar de la habitación hasta el baño. Él se movía lento, con mucha cautela. Cuando regresaba, por más que dijera que podía hacerlo solo, era evidente lo deteriorada que estaba su visión, pues antes de dar un paso buscaba una superficie sólida a la cual aferrar alguna de sus manos. Como si temiera darse de frente con un borde o calcular mal el tamaño y la ubicación de una puerta.

Verlo así me producía una sensación de fragilidad que me aterraba. Lo primero que pensaba era que si me acercaba mucho para intentar ayudar, iba a lastimarlo. Su situación cifraba todo mi espanto ante lo delicado que puede ser el cuerpo humano en algunas ocasiones y lo desamparada que puede quedar una persona cuando por alguna razón no cuenta con las energías suficientes. Una hoja de papel, una viruta de ceniza. Atrás quedaba la impresión que me había generado verlo en su casa semanas atrás. Ahora el miedo había escalado hasta un grado vital de su humanidad, dejándome en un estado de parálisis inconsciente que se me manifestaba en forma de desconfianza ante mí mismo. No era capaz de mover un dedo en su auxilio.

Me generaba pavor no saber cómo reaccionar ante algún problema inesperado. Mi papá era como una porcelana muy fina y antigua, que más valía ver a la distancia si no quería que se destruyera en mis manos. Así que me aseguré de mantenerme tan alejado de él como pudiera. Entonces, tal como aquella vez con el dinero, dejé que Paola tomara el control y la responsabilidad de todo cuanto tuviera que ver con mi papá; si dependía de mí estaba seguro de que en cualquier momento saldría corriendo, en medio de lágrimas.

Paola no tardó en aceptar el peso de esa responsabilidad, al darse cuenta de la distancia que yo estaba imponiendo ante él, aunque probablemente la sorprendió ese cambio repentino de mi parte. Era de esperarse su desconcierto: contrario de lo que cabría suponer, la calidez de esa casa había desatado los lazos que mi papá y yo veníamos asegurando con las visitas de los últimos meses. Aunque quizá ese mismo hecho lo explicaba todo: como ahora tanto él como yo compartíamos un espacio en el que ambos nos sentíamos como unos intrusos, conviviendo con personas que aceptábamos pero a las que no reconocíamos, habíamos vuelto a optar por el silencio, un mecanismo de defensa que buscaba aferrarnos al pasado que tanto extrañábamos. Sin caer en cuenta habíamos echado al traste nuestra relación. Ya no había un padre y un hijo próximos a verse como iguales, ni una amistad que salvara los años de desatenciones. Ahora no éramos más que una triste ironía: dos personas que comparten la habitación, pero casi nunca hablan entre ellas.

Ese mismo silencio, sin embargo, me brindaba la oportunidad de seguir conociendo a mi papá, a través de lo que podía observar. Si no era capaz de acercarme a él, al menos me quedaba la posibilidad de escrutarlo a la distancia. Eso entendí unas horas después, a mitad de la tarde, recostado sobre una silla mecedora de madera, en el balcón. Estaba a pocos metros de mi papá y lo podía ver a través del marco de la puerta que daba a la sala. Tenía sobre mis piernas un ejemplar de *El Hambre*, del escritor argentino Martín Caparrós. Había empezado el libro cuando mi papá todavía estaba en la clínica, convencido de que la sombra inmediata de sus enfermedades me iba a permitir considerar algunos aspectos del libro que antes había pasado de largo. Guardaba la fe recóndita de que al final sabría explicarme lo que le ocurría, y en esa medida iba a saber cómo proceder.

El tiempo pasaba, y no demoré en sospechar de la incomodidad que él sentía en esa casa. Desde temprano mi papá se había ubicado en el sofá, y ahí permanecía, indiferente, fingiendo interesarse en la televisión. Sabía que su poca visión le impedía ver con claridad. Su propósito era otro, y no me costaba mucho adivinarlo.

Buscaba hacerse invisible, camuflarse, integrarse de tal manera que nadie notara su presencia, y evitar sentirse nervioso de que en cualquier momento le propusieran un tema de conversación. Recostado a lo largo, con la cabeza sobre uno de los brazos del sofá, mi papá daba la impresión de llevar un mundo a cuestas. Parecía estar negando para sus adentros el punto de su vida al que había llegado, en medio de un conflicto interior consigo mismo al no poder hacer más que reposar y reposar. Se sentía azorado. Después de todo él era un hombre que, luego del desprecio de su familia, se había dedicado a ver por él y por los demás, a punta de esfuerzo físico y dedicación diaria, y ahora no podía hacer más que recibir atenciones. Se notaba ausente, concentrado en lo que decían en el televisor, pero yo creía que por dentro mantenía en estado de alerta, a la espera de que le preguntaran si necesitaba algo para poder responder, inmediatamente, que no: de esa manera la vergüenza que lo atenazaba menguaría y guardaría un poco del orgullo que le quedaba. Eso era lo último que le quedaba de su autonomía: decidir hasta qué grado Paola o cualquier otro integrante de la casa pudiera seguirse haciendo cargo de él.

Conforme más lo veía, más me sorprendía su inmutabilidad. Con el paso de los minutos, había empezado a preguntarme cuánta culpa estaría sintiendo, cuánta impotencia podría estar reprimiendo y, sobre todo, cuánto tiempo le costaría acostumbrarse al tipo de vida que tendría que llevar en años futuros. Después, creyendo que no lograría nada rumiando los efectos que su cuerpo dolido estaba causando en su mente, dejaba de verlo y volvía a leer algún pasaje del libro. De repente me detenía una vez más, incapaz de seguir, y lo veía, como si no me pudiera abstraer de la fijación que me suscitaba su cuerpo inmóvil.

Entonces tuve la sensación de que nuestro pasado se hacía presente. No me gustaba admitirlo, pero ese instante era una réplica exacta de lo que habíamos sido poco antes, cuando ninguno sabía que él estaba sufriendo de

tantos achaques, y presentía que era nuestro destino: un padre y un hijo, separados por la barrera trágica del silencio y la indiferencia.

21.

Al día siguiente entendí la complejidad de sentimientos que confluían en mí cuando pensaba en mi papá, y cuánto estaba dispuesto a dar para garantizar su bienestar. Era sábado, el cielo estaba cubierto por nubes. Su primera diálisis ambulatoria había sido agendada para la tarde. Sabía que la pregunta sobre quién lo acompañaría estaba en el aire, y en cualquier momento me la harían, por eso había pasado toda la mañana con el mismo temor de la vez de su hospitalización. Trataba de mantenerme tan al margen como me fuera posible, impostando una suerte de inocente olvido, pero no pasó mucho tiempo antes de que la pregunta llegara.

—Hay que estar allá a las 4 —dijo Paola, con un tono de voz inocente, cuidándose de sonar autoritaria, segura de que entenderíamos la indirecta.

Mi papá seguía recostado en la cama. Mi mamá y yo estábamos sentados en el sofá. Por unos segundos, nadie dijo nada. Pensé de inmediato en lo que me esperaba allá. La idea de permanecer en un mismo lugar por más de tres horas, sin más trabajo que el de esperar, me llenaba de ansiedad, sobre todo al suponer que iba a tener que someterme a un escenario similar al hacinado y descarnado que había atestiguado en el Hospital Mario Correa Rengifo. No quería enfrentarme a esa angustia de nuevo. Apenas y había sabido tolerarla sin perder el dominio de mis nervios. A decir verdad, aquel día había corrido con suerte, y no debía ponerla a prueba de nuevo. Además, no tenía ni idea de cómo moverme de un lugar de la ciudad a otro con una persona enferma, con quiénes hablar al llegar allá, qué trámites hacer. El riesgo de equivocarme era muy alto. Entonces se me ocurrió que podía llegar a un trato con Paola. Ella tenía mucha más experiencia en esos procedimientos: antes solía llevar a mi abuelo a sus citas médicas, y se encargaba de las propias con bastante eficiencia. Sí, era la indicada. Ya luego nos contaría cómo les había ido, y yo iba a ser capaz de prepararme mentalmente, ajustándome a las normas que hiciera falta seguir, para cuando me correspondiera.

—¿Por qué no vas vos hoy y yo voy la próxima? —dije con simpleza. Y, antes de que Paola pudiera dar muestras de incomodidad ante mi evasiva, expuse mi oferta— Yo podría dar para que se devuelvan en taxi...

—Mmm... —dijo Paola, y luego hubo un par de segundos de silencio — ¡bueno! —concluyó, conforme con saber que por lo menos no iban a tener que sufrir las incomodidades del transporte público, una vez terminaran la diálisis.

Ya en la tarde, minutos antes de que salieran, empezó a lloviznar, así que decidí acompañarlos en caso de que las corrientes de agua que bajaban por la calle les dificultaran el paso. Tomé una sombrilla que había comprado un par de años atrás, color azul oscuro, de puño y contera prominentes, y cuyo tamaño familiar a todos les solía parecer exagerado y pretencioso. Empecé a bajar con ellos las escaleras hasta el primer piso. Mi papá usaba una sudadera negra con rayas amarillas en los costados, un buso oscuro que había sido mío hasta hacía pocos años, con una inscripción frontal que decía *Hollister* en un estilo deshinchado color beige, y una bufanda que cubría la abertura a la altura de la tráquea. Bajamos y caminamos unos pocos metros, por un sendero pavimentado que daba hasta la entrada. Paola se adelantó para abrir la reja.

—¿Te ayudo? —le pregunté a mi papá, sin saber si estaba cometiendo una imprudencia, esperando no ofenderlo con una asistencia que aumentara su estado de indefensión.

—No, así estoy bien —me contestó él, en un tono de voz tranquilo que pretendía convencerme de su independencia. No contesté. Paola volvió y, sin preguntarle nada, rodeó con su brazo derecho la cintura de mi papá.

—Bueno, vamos pues —nos dijo.

Ambos la seguimos, sin decir palabra, entregados a su autoridad. Me hice al costado contrario de mi papá, esforzándome porque a ninguno de los dos les cayeran gotas de agua, mientras sentía el frío creciente de mi hombro derecho, que quedaba al descubierto, y se empapaba cada vez más por culpa de la lluvia. Bajamos despacio, en medio del silencio de la calle. Pronto estuvimos en la entrada principal del barrio.

A mí me daba la impresión de que La Sirena, el nombre del lugar al que nos habíamos mudado, era casi un pueblo alejado de la ciudad. Con la diferencia de que en años recientes habían habilitado rutas para que el transporte público llegara hasta allá, lo que se había traducido en carreteras

pavimentadas que lo podían llevar a uno, en menos de diez minutos de trayecto recto, a alguna de las calles principales de Cali. Delante de nosotros, a unos quince metros de distancia, había un puente que conectaba La Sirena con la vía principal, y en sus costados vimos a algunas motos parqueadas, junto con los pocos mototaxistas que salían a trabajar a pesar del clima. Se cubrían de la lluvia debajo de las ramas de gruesos árboles. A pesar de ser mucho más pequeño, el lugar alrededor de ese puente se parecía mucho a “El Plan”, en Siloé. También había tiendas de abarrotes, peluquerías, panaderías, ferreterías y negocios de venta de arepas y demás comidas rápidas a un costado de la vía, aunque la sensación de vértigo que producía era mucho menor, pues de un solo vistazo se podía abarcar la totalidad de actividades que se realizaba. Atravesamos el puente de izquierda a derecha, cuidándonos de las motos que pasaban sorpresivamente, y rodeando los charcos de lodo que comenzaban a hacerse en algunos puntos, debido a los cráteres que surcaban el pavimento.

Llegamos a la parada, un sitio en cuyo andén empezaban a poner las mesas y sillas Rimax que harían parte de un negocio de fritanga, en la noche. Nos resguardamos de la lluvia debajo del parasol de una tienda, hasta que vimos al bus acercarse. Volví a preparar mi sombrilla. Estaba dispuesto a cubrirlos de la lluvia hasta que estuvieran adentro. Menos de cinco minutos después el bus dio la vuelta y se parqueó frente a nosotros. Alcé la sombrilla, sin importarme incomodar a las demás personas con las gotas que les cayeran, y los seguí hasta que empezaron a subir los escalones del bus. Me hice a un lado, para darle espacio a las personas que seguían, mientras Paola registró el pasaje de ambos y ubicó a mi papá en los primeros asientos. Permanecí ahí, expectante en el andén, hasta que el bus arrancó.

Instantes después estaba de frente a la larga pendiente que me separaba de la casa. Mientras caminaba por el costado derecho de esa calle, evitando pequeñas corrientes de agua, admitía que sentirme satisfecho por lo que acababa de hacer era igual a convertirme en el más descarado de todos. Paola tenía cerca de ocho meses de embarazo, y aun así yo había preferido que fuera en mi lugar, sin importarme que para conseguirlo hubiera tenido que recurrir a los pocos ahorros que todavía me quedaban. Gracias a ellos

había empezado a establecer una forma de ayuda que me libraba de ir a ciertos lugares a los que les temía y encargarme de trámites engorrosos para los cuales no contaba con la paciencia y el tesón necesarios. Pero no debía olvidar que mi solvencia económica estaba pronta a acabarse, y para seguir disfrutando de las prerrogativas tendría que empezar a pensar en algún tipo de entrada nueva, incluso si eso suponía hacer ciertos sacrificios que antes no hubiera tolerado.

Desde mucho antes de que supiera lo de mi papá, había empezado a guardar las esperanzas de irme a Bogotá, una ciudad donde sospechaba que estaban todas las oportunidades y contaría con el ambiente necesario para desarrollar mis habilidades con la escritura, que era lo único en lo que quería emplearme. Allá se encontraban los periódicos y revistas más importantes del país, muchos de los cuales yo leía con la firme esperanza de pertenecer a ellos en algún momento. Sabía que ese era el sueño de muchos que querían escribir. Era la capital del país, después de todo, el epicentro intelectual, la ciudad donde ocurrían las conversaciones importantes y se encontraban con frecuencia las personas interesadas en el arte. Tampoco podía ignorarse el aire de superioridad y el tipo de vida estilizado y cosmopolita que algunos de sus ciudadanos exhibían, caminando vestidos con abrigos largos y convencidos de que eran el ejemplo a seguir. Una Europa en pequeña escala. Se sentían dueños de una ciudad arrogante a la que nadie más que ellos tenía derecho. No importaba. Así lo negáramos en público, muchos de nosotros los imitábamos.

En Cali, en cambio, la vida daba la impresión de ser provincial. En ella los días transcurrían en medio de un tedio insoportable que siempre amenazaba con menguar el entusiasmo creador de las personas, tuviera el talento que tuviera. Se trataba de una insularidad intelectual y artística que confinaba a las personas en sus propios mundos, y les impedía el encuentro benéfico de un lugar en común donde exponer sus ideas y alimentarse de las de otros, salvo casos bastantes particulares. Antes había visto, sin poderlo creer todavía, el caso de personas con un futuro prominente en sus artes, quienes de la noche a la mañana pasaban a engrosar las filas de empresas y proyectos mezquinos, donde la burocracia era la norma. Dejaban en un segundo plano sus verdaderos intereses.

Mientras tanto, veía cómo pasaba el tiempo en vano sin que parecieran hacer nada para evitarlo. Tenía la impresión de que esas personas, tarde o temprano, terminarían por perder parte del arrojo que les había permitido sobresalir entre muchos, a cambio de la comodidad y la satisfacción que les brindaría la falsa ilusión del dinero. Que más temprano que tarde verían sus anhelos creativos como una especie de deseo ingenuo, típico de la juventud. Cuando me imaginaba así, sentía cómo bullía la angustia en mi interior. Ese era mi mayor miedo: envejecer sin sentido. Desde entonces había pensado que quedarse en esta ciudad era admitir una derrota prematura. El destino de Cali, para quien quisiera ser alguien, era el de una ciudad de paso. Por eso había planeado irme, una vez cumpliera la condición que me imponía mi carrera.

Para cuando lo había pensado, más de tres años atrás, creía que solo tenía que responder por mí, algo sencillo si tenía en cuenta cuántas privaciones era capaz de permitirme si a cambio obtenía el tiempo necesario para hacer lo que quería. Por lo demás, nadie podría juzgarme por creer con tanta firmeza en un propósito. Pero ahora las circunstancias eran bastantes distintas. Era el único de la familia que había ido a una universidad, y seguramente en este momento complejo todas las esperanzas estaban puestas en mí, de una manera u otra. No podía permitirme arrastrar a la miseria a mi familia, una vez consiguiera un título, porque lo que imponía la lógica era un alza en el nivel de vida. Mi familia estaba convencida de que no me esperaba nada menos que un buen empleo, en una empresa con prestaciones, y ahora empezaba a ver cómo la libertad que me había permitido pensar una vida miserable como el precio a pagar por un futuro a la medida de mis sueños, desaparecía ante el deber de hacerme cargo de mi papá. A lo mejor tenían razón. ¿Quién era yo para creer que podría escribir? ¿Desde cuándo escribir libros había sido un ejercicio de los pobres? Mi mamá y mi papá me habían sabido mantener alejado de cualquier frustración que supusieran nuestras pocas posibilidades económicas, pero la vida real se terminaba por imponer, y la verdad era que debía acostumbrarme a pensar con el pragmatismo de mi papá.

Sí, ni siquiera la imagen más bohemia y triunfal que se me pudiera ocurrir superaba la satisfacción que me provocaría brindarle a él lo que le hiciera falta. Costara lo que costara. Debía ser su sustento, y era lo justo, así que

me dedicaría a eso. Antes de llegar a la casa me había convencido: buscaría un empleo acá, probablemente en el periódico del que tanto renegaba debido a su falta de calidad y esmero. Mientras tanto me las ingeniaría para sacar el tiempo necesario para seguir formándome, con libros y borradores de historias. A lo mejor no habría mayor acto de fe que el trabajo constante. Si lo que de verdad motivaba mi vida era dedicarme a escribir, para eso no haría falta otro aliciente que la necesidad vital que me llamaría, si resultaba ser sincera esa vocación y no el deseo de un niño mimado que le tiene miedo a la vida real. Mejor dejaba de quejarme, me olvidaba de Bogotá y me adaptaba a vivir en donde estaba.

Quizá el mayor descubrimiento que traía consigo la situación de mi papá era que en ese momento, a razón de su enfermedad, había encontrado una justificación digna para acabar con el egoísmo que me había regido hasta entonces y que me impedía entender o concebir que aquellas personas aceptaran sin mayores aspavientos el destino común que Cali les imponía. Poco a poco iba comprobando que no hay ficción, por muy fascinante que parezca, que amerite la angustia de una familia entera. De eso se trata crecer, supuse, antes de entrar en la casa y poner la sombrilla a un lado de la puerta, para que se escurriera.

Tarde en la noche, cerca de las diez, Paola y mi papá llegaron. Todo había resultado más sencillo de lo que esperábamos. Ella había llevado un libro de crucigramas y se había dedicado a llenarlos durante el tiempo muerto de la espera. Incluso había hablado con un encargado que le contó acerca de un servicio de transporte especial, para personas que vivían lejos y no tenían cómo pagar un carro privado. Solo era cuestión de llenar unos formularios, y podríamos empezar a disfrutar de esa ayuda. Esa noticia nos quitó a todos un peso de encima, y me demostró una vez más que el tamaño de mis miedos había sido escandalosamente innecesario.

El miércoles su estado empeoró, inexplicablemente. Mi papá tenía agendada la cita para su segunda diálisis, pero temprano le habían dicho a Paola que había un problema y tendrían que aplazarla hasta el día siguiente, así que decidí aprovechar la oportunidad e ir a la universidad. Por entonces era inminente el regreso a clases, pues la fuerza del paro había sufrido un golpe rotundo y no del todo inesperado a causa de las distracciones de diciembre. Luego de acordar algunos puntos con el gobierno los voceros del movimiento habían empezado a exigir garantías para un retorno a clases que no pusiera en peligro la estabilidad académica de los estudiantes. Se estaban realizando reuniones para informar a las personas de posibles fechas para la reapertura. Por estar allá no supe de su decaimiento sino hasta la tarde, cuando regresé a la casa.

Para mi sorpresa, encontré que Andrés había rasurado a mi papá. Ahora se veía menos huraño sin su canosa barba rala a los costados de la cara. Solo había conservado su bigote. Por un instante me sobrecogió la envidia, y me sentí culpable de no haber pensado antes que a lo mejor a mi papá le vendría bien que le hiciera ese favor. Al final de cuentas, si a alguien le correspondía, ¿no era a mí? No fue difícil hacer a un lado ese sentimiento. Lo importante era que ese acto de renovación tuviera algún efecto positivo sobre mi papá. Sonreí, satisfecho de que le hubieran dado ese gusto, y seguí hacia la habitación a dejar mi maletín. Al rato él entró, también, a recostarse.

Minutos después, llegó un muchacho joven y pequeño a cortarle el cabello a mi abuelo, y Paola aprovechó para que retocara un poco el de mi papá. Ese día estaba dedicado, al parecer, a restaurar su buena apariencia. Él salió de la habitación, pero se notaba que algo malo le pasaba. De repente había perdido sus fuerzas, casi la totalidad de su aliento y vitalidad. Se sentó y dejó que le cortaran el cabello sin decir mayor cosa, y cuando el muchacho terminó mi papá se levantó y, en silencio, regresó a la cama. Nos pareció raro ese deseo insistente en permanecer recostado, y en ese momento comenzamos a sospechar de que realmente estuviera ocurriéndole algo, por mucho que nos esforzáramos por mantener la calma. Estuvo en la cama hasta la noche, cuando Paola lo llamó para que comiera. Yo estaba en la

sala, recostado cerca de la puerta que daba al balcón, sobre la silla mecedora, porque no quería confirmar las sospechas que tenía con respecto a su mala salud: no me sentía capaz de permanecer en el mismo sitio que él, mientras estuviera así. Mi papá salió, luego de abrir con dificultad la puerta de la habitación, algo que intuí por la mueca de dolor que hizo su cara, y se sentó en silencio en la mesa. Comió, sin decir nada, y de inmediato se levantó.

—¿Estás bien? —le preguntó Paola— ¿te ayudo?

—Es que me está doliendo la pierna —le dijo mi papá, antes de que se le entrecortara la voz por un espasmo de dolor al intentar dar un paso. Paola se levantó, se acercó a él, lo rodeó con sus brazos. En esos momentos sintió cómo su temperatura corporal había subido. Abrió la puerta tanto como pudo para que ingresaran los dos al mismo tiempo. Cuando mi papá se sentó sobre la cama, Paola le palpó la pierna izquierda y tuvo la impresión escalofriante de que algo dentro de ella estaba ardiendo.

—Traeme un tarro, también —le dijo mi papá, luego de recostarse sobre la cama—. Tengo como ganas de vomitar.

Paola salió. A los pocos minutos, volvió a entrar con un tarro blanco que encontró en la zona de oficios. Lo dejó a un costado de su cama y salió. Al poco tiempo entré, resignado.

Prendí el televisor y busqué distraerme, pero a los pocos minutos entendí que por más que tratara de ignorar sus quejidos, no lo iba a lograr. Mi papá buscaba, infructuosamente, una posición que le permitiera cierta comodidad, y ante la persistencia de sus dolores susurraba que le dolía mucho, mucho, como para encontrar una razón por la cual no era capaz de dormir. Así fuera lo único que anhelara. Cada que lo escuchaba, me estremecía. Tal como había temido en la sala, ser testigo del dolor intenso que él estaba sufriendo era una experiencia que me sobrepasaba, pero ya que había entrado no podía volver a salir. Ninguno en la casa iba a entender por qué, y para todos iba a ser claro mi espanto. No estaba dispuesto a que me vieran así. Así que me obligué a mantener la mirada fija en el televisor, como si de eso dependiera la poca estabilidad de mis nervios. Quería que esa noche fuera como la primera que habíamos tenido,

cuando todo parecía en orden y ambos nos habíamos ido a dormir sin dificultad, pero un nuevo quejido de mi papá, que ahora se tomaba la pierna con fuerza, esperando que con un breve masaje su dolor se redujera, me revelaba que todo esfuerzo por mantener la cordura sería en vano. Entendí lo ingenuo y crédulo que había sido, y me sentí burlado e indefenso ante el dolor de mi papá. En esos momentos, poco después de apagar el televisor ante la imposibilidad de concentrarme, sentía que, más que tristeza o desesperación, se apoderaba de mí una furia cada vez mayor. Su intensidad aumentaba cada que lo sentía moverse con brusquedad de un lado al otro de la cama.

Me costaba aceptar ser quien estuviera en ese cuarto, tolerando cómo él parecía implorar por un poco de tregua, sin poder hacer nada para ayudarlo. No me atrevía a prender la luz y acercarme para preguntarle si quería una pasta. Paola ya le había dado una. Fuera de eso no pensaba que hubiera una excusa legítima para incomodarlo con mi presencia angustiada. Teníamos que esperar a que el medicamento surtiera efecto. Era una mala noche, nada más, y lo único que podíamos hacer era soportarla como mejor pudiéramos. Sí, estábamos obligados a demostrar entereza, pero pensar así no ayudaba, y llegó un punto en que sentí que la habitación se tornaba pesada y asfixiante. Cada que escuchaba la voz quebrantada, al límite, de mi papá, apretaba los puños de ambas manos. Ya no resistía más esa situación. No lograba contener la mezcla de impotencia y frustración que se había formado en mi interior. Estaba al borde de la histeria.

Completamente enajenado a causa de mis nervios, terminé por descargar contra mi papá toda la tensión que venía guardando, sin percibirlo, desde hacía más de dos meses, y lo mucho que hubiera querido no tener que pasar por nada de eso. Antes de que el abatimiento del día me ganara y pudiera quedarme dormido, miré en dirección hacia donde él estaba y le grité en mi mente ¡que se callara y se quedara quieto, que lo único que quería era que nos dejara descansar de una vez por todas!

23.

El jueves empezó, para mí, a las pocas horas, cerca de las tres y media de la mañana. Bajo el umbral de la puerta principal, recostado sobre una silla Rimax Roja, envuelto en varias cobijas, me encontraba en compañía de mi libro *El Hambre*. Estaba haciendo las veces de vigilante.

Íbamos a continuar con la construcción de la casa, pese a no contar con el visto bueno de las autoridades. Habíamos presentado todo tipo de papeles y no había ningún motivo real para que nos siguieran diciendo que no. Estábamos cansados de la burocracia con la que era tratado nuestro caso. Desde diciembre habíamos decidido que seguiríamos adelante con las obras, que no tomarían mucho tiempo debido a que la instalación de una casa prefabricada no demoraba más de tres días. Solo hasta esa semana nos arriesgamos.

La tarde del día anterior habían terminado de traer las plaquetas de concreto y las bases, además de puertas y ventanas. Las habíamos puesto al frente del lote, a lo largo de la saliente de un muro, en la parte trasera de una casa esquinera de cuatro plantas, con jardín privado, acabados en color blanco y amplios ventanales, protegida por muros altos y alambre de púas. Mi trabajo era cuidar que nadie aprovechara la oscuridad de la noche para robarse algo. Andrés y yo habíamos acordado turnarnos. Él había pasado de largo, desde la comida, y a mí me correspondía sucederlo hasta el amanecer. El momento había llegado.

Desde donde estaba tenía una vista privilegiada del lote, a pesar de que estuviera a más de cien metros, así como del lugar donde habíamos dispuesto los materiales para la casa. Ahí, en medio del silencio, pensé en mi papá. Hacía pocas horas del episodio insoportable de su dolor y, si bien él por fin había logrado conciliar el sueño y olvidarse de sus males por un rato, sentía alivio de poder salir y respirar el frío aire que atravesaba la noche. A mí no me molestaba interrumpir mi descanso de esa manera tan drástica. Por el contrario, agradecía la tranquilidad que me brindaba. Era el único despierto en la casa, y eso tenía sus ventajas. Nadie iba a aparecer de repente, incomodándome sin quererlo con su presencia. Podía estar a mis anchas en ese lugar, como antes en la casa de Siloé. Las horas que tendría en adelante, hasta el amanecer, serían lo más parecido a la vida que había

dejado cuando nos mudamos, y más me valía aprovecharla. Me acomodé en el asiento y, sirviéndome de la luz que emanaba del bombillo al otro lado de la entrada, empecé a leer el libro, subiendo de vez en cuando la mirada y tratando de aguzarla para identificar cualquier movimiento extraño a lo lejos.

Al amanecer, luego de haber cumplido con mi turno como vigilante, regresé a la habitación a recuperar un poco del sueño perdido, pues ese mismo día debía estar apoyando el ensamble de la casa. Una vez estuve adentro, me fijé sin querer en el balde que Paola había dejado la noche anterior al borde de la cama de mi papá, y noté que en su interior había una mezcla de babaza roja. No fui capaz de aceptar esa imagen, el destino que auguraba. De inmediato volteé la cara en dirección a la cama y me acosté, esperando que el sueño no tardara en llegar y me ayudara a escapar de ese momento. Unas cuantas horas después, cerca de las nueve de la mañana, noté que alguien entró. Estaba entredormido, pero supe que se trataba de Paola. Sería cuestión de tiempo antes de que viera lo mismo.

—¡Ay, no! —dijo, con un tono de voz que apenas se podía oír, como si no estuviera dispuesta a escuchar sus propios miedos. Ver que mi papá había empezado a vomitar sangre era la peor señal. Ella lo sabía.

Me levanté, poco después. Excusándome con mi deber con la casa salí rápido y logré evadirme. Mi papá no hacía más que permanecer recostado en la cama. Al mediodía regresé, junto con Andrés y dos señores que habían ido a realizar la instalación. Como de costumbre, decidí almorzar en la habitación, luego de que Paola hubiera ayudado a salir a mi papá, para que comiera también. Mi papá tenía, entonces, un aspecto sospechoso: de un momento a otro las facciones de su cara habían pasado de un estado de delgadez extrema, casi cadavérico, en que sus huesos se pronunciaban con nitidez, a dar la impresión de que fuera una persona con sobrepeso, pues sus mejillas se habían abultado hasta darle una contextura heterogénea, dificultando encontrar los pliegues que hacía poco eran tan notorios. Su cara era ancha, cuadrada. Todos presentíamos que algo grave estaba pasando, y ese repentino aspecto de falsa recuperación no era más que otra prueba.

Mi papá terminó de almorzar y regresó a la cama, luego de que Paola le diera otra pasta para sus dolores. Intenté dormir un poco, antes de regresar al lote, pero no fui capaz, y ante la incapacidad de estar un solo minuto en compañía de él decidí salir cuanto antes. Había empezado a caer una lluvia ligera. Andrés y yo estábamos trasladando las plaquetas, cuyo peso era de 60 kilos cada una, desde el muro hasta donde estaban los dos señores. Trabajábamos en silencio, esperando que el clima mejorara pronto. Hasta que, de repente, alcé la mirada hacia la casa y vi que Paola y Karen ayudaban a bajar a mi papá las gradas. Me quedé mirándolos, y percibí —incluso a esa distancia —cuán vulnerable estaba mi papá, las pocas energías con que contaba. Entonces tuve un pensamiento, cuyo atroz deseo revelaba mi derrota, en cierta medida.

Ya estaba cansado, y no quería exigirle más de lo que él estuviera dispuesto a dar. Someterlo a más dolor, en procura de mantenerlo a nuestro lado, era lo más injusto que le podíamos hacer. Estaba bien que, al principio, nuestra convicción porque se mejorara había sido un ejemplo de lo que podría obtener si se lo proponía. Pero ahora, después de todo, quizá estaba bien pensar en esa frase que me había dicho en el hospital, y creer que ella lo eximía de cualquier culpa por el dolor en el que nos dejaría si decidiera darse por vencido. Antes de quitar mi mirada de ellos, quienes bajaban con lentitud cada escalón, me dije que si iba a estar sometido a tanto dolor, prefería que se muriera. Al menos así descansaría del martirio en el que, de la nada, se había convertido su vida.

Cuando regresé a la casa, luego de que hubiéramos terminado las labores por ese día, supe por mi mamá que Paola había decidido llamar al lugar en donde le harían la diálisis ese día para contarles de la recaída que mi papá estaba teniendo. Allá le contestaron que lo mejor sería llevarlo por urgencias al hospital, directamente, porque ellos no podrían atenderlo si estaba en ese estado.

—Su papá está malo. Malo, malo —había concluido mi mamá, expresando una especie de resignación que rara vez le notaba—. Ya hasta tenía un olor feo.... —Como siempre que me había enterado de una mala noticia sobre su salud, no supe qué decir. Preferí esperar a que Paola nos llamara, aunque en esos momentos decir que tenía un mal presentimiento se quedaba corto. Eran más de las nueve de la noche, y todos en la casa habíamos pasado de la expectativa a la angustia, pues todavía no sabíamos nada desde que se habían ido. Estaba en la sala, en compañía de mi mamá y los niños, en estado de alerta ante cualquier novedad que ocurriera. Entonces sonó mi teléfono. Contesté.

—Aló... Hola, Jhon —me dijo Paola—. Van a dejar a Alde acá, mientras le hacen unos exámenes, pero necesitamos que alguien se quede con él, por si pasa algo.

Sentí que, en cuestión de un segundo, se materializó mi mayor temor. Era obvio a quién se refería, por mucho que hubiera hecho referencia a mi obligación de forma indirecta. No tenía alternativa, pero tampoco me creía capaz de asumirla. No le respondí nada. Estuve ahí, con el teléfono en alto, por un par de minutos.

—Aló, aló... —repitió Paola, que seguramente creyó que la conexión estaba fallando—.

—¡Llamame en cinco minutos! —fue lo único que se me ocurrió decirle, una última vía de escape, aunque no hubiera adónde. Paola aceptó. Bajé el teléfono, les conté a todos lo que ella me había dicho. Sin decirles que probablemente sería quien fuera, me levanté del asiento en el que estaba y atravesé la sala, en dirección al balcón.

Allá, recostado sobre el pequeño muro que nos protegía del vacío, me pregunté si podría hacerlo. Sí, estaba bien que semanas atrás había estado a cargo de mi papá, y al final de ese día me ufanara de haber logrado, incluso, acompañarlo en su traslado a un mejor sitio. Pero las condiciones actuales eran del todo distintas. Me horrorizaba la idea de permanecer en ese hospital, una noche entera. Cuando me imaginaba allá, sin un lugar dónde poder darles descanso a mis nervios, una lápida de ansiedad se asentaba sobre mí. ¿Cómo iba a poder controlarme, si aquel día con apenas media hora había salido corriendo del cuarto donde estaba mi papá, para ir a la relativa calma de la sala de urgencias? El peor escenario que se me venía a la mente era el de alguien más, que tuviera que encargarse de mí mismo, al no haber podido soportar la situación y haber cedido a un ataque de pánico. Además, tenía la seguridad de que iba a encontrar a mi papá en un estado deplorable. No, otra noche con mi papá así, agonizando del dolor, era algo que no podía concebir. ¿Pero quién más? Para esos momentos, había escondido mi cara entre mis brazos. La angustia ante la inminencia de mi viaje se dejaba notar por la insistencia con la que me mesaba el cabello. Estaba desesperado, y mi hermana no demoraría en llamar. Todo estaba dicho, a menos... Pensar que optaría por esa opción era lo más vergonzante, pero al cabo de unos minutos decidí hacerlo. Volteé y, desde donde estaba, le dije a mi mamá:

—Mami, ¿será que usted puede ir a quedarse hoy con Alde? —mi cara daba la impresión de haber salido de una caverna. Tenía el cabello alborotado, una mirada cansada, que apenas se sostenía. Transmitía un abatimiento enorme por el hecho de ser, en el peor de los momentos, un cobarde que obligaba a su mamá a pasar por esas.

—Sí, yo voy —me respondió ella, quien para mi sorpresa antes de que me rindiera y le pidiera ese favor ya había empezado a lavar la loza para dejar todo limpio antes de partir. Me resigné a lo que vendría. Paola volvió a llamar.

—¿Entonces? —me dijo, de inmediato, segura de que me había tomado el tiempo entre una llamada y otra para infundirme el valor necesario para ir.

—No, ya mi mamá va en camino —le dije, con la voz infantil que me salía cada que me apenaba algo. Luego vino un largo intervalo de silencio, en el

que supuse que ella estaba conteniéndose para no juzgarme por la cobardía que estaba demostrando en esos momentos: ¡prefería mandar a mi mamá, quien al día siguiente debía estar temprano en el trabajo, a un lugar en el que no lograría descansar debidamente, mientras yo me quedaba en la miserable comodidad de mi habitación!, ¡como si nada de esto estuviera ocurriendo!

—... Bueno —dijo, consciente de que al final de cuentas a nadie se le podía obligar a hacer lo que no quería.

Mi mamá terminó de organizar sus pertenencias dentro de un bolso y salió. Sin nada más que hacer, decidí entrar a la habitación. Paola no tardó en llegar a la casa. Estaba furiosa, lo sabía, y tenía razón. Lo primero que hizo fue ir directamente a donde estaba yo, y abrir de par en par la puerta. Se paró frente a mí, que en esos momentos no era más que un hombre abatido por sus propios miedos, y me dio un ultimátum:

—Jhon Eduar... —dijo, sin importarle lo arbitraria que pudiera parecer en esos momentos— ¿mañana cómo hacemos: se levanta a hacer el almuerzo o madruga a relevar a mi mamá? —ella sabía, perfectamente, que a mí nadie me había enseñado a cocinar, y que darme esa opción era igual a negarme cualquier alternativa. De todas formas, no había necesidad.

—No, yo madrugo al hospital —le dije, con la poca dignidad que me quedaba en esos momentos.

Antes de las ocho de la mañana, estaba de vuelta en el Hospital Mario Correa Rengifo, recostado sobre un muro al que la humedad le había empezado a quitar la pintura, dejando sobre él las huellas desiguales de grandes casquetes caídos y otros a punto de venirse abajo. Esperaba que mi mamá saliera.

Consciente de que serían mis últimos instantes de paz, me distraía viendo ciertas huellas del abandono en ese sitio, que bien podrían ser la clave para adivinar la clase de servicio que prestaban en su interior. Frente a mí, debajo del letrero de “urgencias”, había tres ventanas, una de las cuales no tenía el vidrio. Había sido cubierta con un par de láminas de cristal corrugado, como la que había en el cuarto de mi papá antes de que hiciéramos la limpieza. El poste de hierro que sostenía la estructura sobre la que habían dispuesto un parasol estaba oxidado en sus cimientos. En la esquina contraria, al final del pasillo que llevaba hasta la entrada, había una banca de cemento, cuya pintura blanca también se había caído con el tiempo. La puerta principal estaba compuesta por dos rejas laterales, unidas en el extremo inferior y aseguradas por una barra de hierro que se anclaba al piso, casi como la estructura de una ventana de cuerpo completo. Por sus cuatro partes se podía ver el interior, pues solo las cubría un cristal borroso. El de la esquina inferior derecha estaba quebrado, pero se mantenía en su lugar, si bien en múltiples partes. Como los vidrios de seguridad que han recibido impactos de balas. De repente, vi salir a mi mamá, aliviada de poder irse a su trabajo y escapar del ambiente de pesadilla que seguro había donde estaba mi papá.

—Están esperando a que entreguen los resultados de un examen de orina que le hicieron hace un rato, porque parece que es una infección —me dijo, y de inmediato atravesó el pasillo hasta uno de los puestos de fritangas que había cerca, puestos que se identificaban por las sombrillas playeras y las mesas sobre las que había termos con café y aguadepanela, y regresó con una arepa y un vaso desechable con café. Eran para mi papá. Desde la noche anterior no había comido nada. Pero el guardia, al ver que yo lo recibía, nos advirtió que no lo podíamos ingresar. Ya me había resignado

por completo a mi suerte, y no tenía el más mínimo deseo de quejarme. Le dije a mi mamá que se lo comiera. Ingresé.

Saber que ya lo habían atendido, y que solo quedaba por esperar los resultados de un examen, me llenó de alivio. Por lo menos ahora tenía una idea concreta de lo que iba a pasar. El tiempo allá tendría un final estipulado. Estábamos a merced de la diligencia del laboratorio, y esa era una buena señal. Alguien se estaba apersonando de la situación, el dolor de mi papá no estaba a la deriva. Cuando sintiera que había pasado mucho tiempo, podría recordarme que ya solo había que esperar un poco más, tan solo un poco: unos exámenes de orina no iban a demorar mucho en salir.

Mi papá estaba en la sala de espera, para mi sorpresa. Apenas lo vi, percibí un desamparo desgarrador. Estaba sentado sobre uno de los asientos de metal, en la primera fila, cruzado de piernas, con una mano sobre la otra puesta en uno de sus muslos y la cara baja, que cada tanto se le contraía por una mueca de dolor. Parecía el cuadro de un mártir, alguien que cuenta con muy pocas fuerzas y lo único que le queda es esperar el final de su vida, en silencio: la síntesis de lo que habían buscado muchos pintores impresionistas, en cuyas pinturas se expresaba el mayor grado de aflicción y pesadumbre humanas. Me acerqué. A un costado estaba la maleta con las cobijas y demás implementos que habían llevado, además de una botella de agua. Detrás de él, a la altura de la espalda baja, se alcanzaba a ver una cobija que mi mamá le había puesto para hacer más llevadera la espera.

—Q'hubo, Alde —le dije, pero ya no había en esas palabras el mayor entusiasmo. Me había referido a él con mucho tacto, buscando inconscientemente que mi vitalidad no fuera muy agresiva ante su deterioro. Él apenas me saludó, luego volvió a hacer una mueca de dolor. Me levanté y le dije que ya volvía. Fui hasta el cuarto en el que lo había encontrado semanas antes y me acerqué al cubículo de los médicos para obtener alguna otra información sobre su caso.

—Tenemos que esperar otra muestra —me dijo uno de ellos, con una indiferencia que rayaba en el absurdo: hablaba de un hombre al que no le funcionaban los riñones, y aún así me decía que lo único que podíamos hacer era esperar a que volviera a orinar—, porque la que nos llegó hace un rato estaba contaminada —luego abrió un cajón y me entregó un tarro de

muestras, y me pidió que lo trajera tan pronto como mi papá hubiera depositado algo en su interior.

En otras palabras: mi papá había ido a un hospital, y había aguantado toda una noche sin tener descanso del dolor que lo había abatido por más de tres días, para que ahora resultara que solo él podía ayudarse. Su recuperación se reducía a la única acción que su cuerpo ya no podía realizar. Salí, con la frustrante sensación de que hasta ahora estábamos empezando. Otra vez más, desde ceros.

Regresé y le conté a mi papá lo que me habían dicho. Me senté a su lado. Sabía que para entonces, después de lo que había tenido que vivir los últimos días, no era justo esperar que me hablara como si nada, así que procuré no angustiarse haciéndole preguntas como la vez pasada. Nuestra comunicación quedaba en pausa, pero ahora no por un deseo tácito por negar su estado sino por la compasión que me despertaba su estado de inanición. Era lo mejor que me quedaba por hacer: no atormentarlo más. Cada vez lo veía más incómodo. Sus pocas fuerzas ya no le permitían sostenerse en el asiento. Al poco tiempo tenía que echarse para atrás, para así evitar la caída, sometándose al dolor indecible que le producía ese esfuerzo en esos momentos, y que solo se evidenciaba en sus muecas de dolor, un espasmo breve que levantaba uno de los costados de su labio inferior a la vez que cerraba con fuerza uno de sus ojos. Traté de acomodar la cobija de nuevo, luego de que alguien detrás de nosotros me hubiera avisado de que se había caído. Con el empujón de ese movimiento me acomodé mucho más cerca de mi papá. Quería que él se recostara sobre mí, y así dejara de esforzarse de más en tratar de mantenerse sobre la silla.

—Imagínese —le contaba un señor alto y fornido a otro, frente a nosotros— llevo más de seis meses tratando de que me autoricen una cirugía que tienen que hacerme, y aquí estoy todavía... —se notaba, sin embargo, enérgico, impasible de cuanto ocurría a su alrededor— Lo bueno es que ya casi me dan salida. Solo faltan unos papeles y me voy con mi mujer. Ya la llamé —a sus pies, separada del suelo por sábanas, un par de personas esperaba ser atendida, pero ante la obviedad de la demora había decidido recostarse a dormir un rato.

De repente, un muchacho mucho más joven que yo, de unos 17 años y contextura delgada, llegó con una mujer mayor, al parecer la abuela, cargada en sus brazos. Lo vi, impresionado por la entrega con la que se hacía cargo de la señora. Comparado con él, yo quedaba relegado al papel del llorón. Esperé a ver qué hacía.

—¿Entonces? —le preguntó a la señora —si quiere nos vamos a buscar otro hospital donde nos atiendan más rápido... —desde donde estaba podía notar que su voz era casi una declaración de amor, una que contenía la firme convicción de que él en realidad estaría dispuesto a todo por asegurar su bienestar. Después de unos minutos atentos, en los que miró y miró en todas direcciones, salió de la sala.

Desde que supo que el examen había fallado, mi papá sabía que en su cuerpo recaía la posibilidad de aliviar sus dolores, de una vez por todas. Entonces me pidió que lo acompañara al baño. Creía que tenía ganas de orinar. Ante lo que vendría, mi vergüenza se activó al instante, pero tuve el coraje para mantenerla a raya e imponerme algo de aplomo. Lo ayudé a levantarse, pasé mi brazo derecho por su cintura como lo había hecho Paola y me dispuse a ser el bastón que le permitiera cruzar los cinco metros que nos separaban del baño. El trayecto demoró algunos minutos, sin embargo, y en ese tiempo tuve que convencerme de que solo estábamos él y yo, para no darle paso a ningún tipo de timidez, y así mi papá entendiera que estaba en todo su derecho de tomarse el tiempo que quisiera. Una vez adentro, entendí la vergüenza inmediata que le produjo a mi papá la idea de que presenciara ese acto tan privado, pero no había de otra. Él no se podía sostener. Traté de quitarle gravedad al asunto, haciéndole ver que lo más importante era que estuviera bien. No era el momento para el pudor. Lo sostuve, de la cintura, mientras él intentaba que algo de orina cayera en el tarro. Pronto me confesó que no podía. Regresamos, con la misma pasividad, a la silla, cuyas pertenencias le había confiado a la persona de atrás.

—¿No habrá un espacio por ahí...? —me preguntó luego, señalándome con el dedo en cualquier dirección. Entendí que quería echarse al suelo, tal y como lo hacía esa pareja cerca de nosotros, para así descansar mejor. Pero

no era capaz de secundarlo. Su fragilidad me parecía tan excesiva que no estaba seguro de si, una vez lo intentáramos, podría ayudarlo a levantarse de nuevo sin causarle un dolor más grande. Tenía la impresión de que cualquier roce le dolería como cien puñaladas. Era preferible mantener el que estaba sufriendo en esos momentos que agravarlo con una mala fuerza.

—No, Alde, están ocupados —le mentí, ignorando la ruindad y mezquindad de mi respuesta.

Al rato, llegó una enfermera con un pequeño carro en cuyo interior traía los almuerzos para las personas que llevaban mucho más tiempo esperando, quienes se diferenciaban de aquellos pacientes que —como mi papá— todavía seguían a la espera de ser atendidos, porque los primeros llevaban bajo el brazo una bolsa de suero, casi siempre sin nada en su interior. Ocupado en mantener tanto como me fuera posible la comodidad de mi papá, había olvidado mi reloj, y con ello el tic que me llevaba a verlo obsesivamente cada dos minutos, pero sabía que ya casi sería el mediodía. Pensé que era justo llamar a Paola, y preguntarle si alguien más me iba a relevar pronto, así que le dije a mi papá que iba a hacer una llamada y no demoraba. Fui hasta la entrada y la llamé.

—Paola, ¿vos no sabés quién va a venir ahora? Todavía están esperando a que orine porque la otra muestra no sirvió.

—Sí, ya llamé a mi tía Liliana y ahora va para allá... —Me despedí de ella y regresé donde mi papá, tranquilo de que pronto me llamaría mi tía para que yo pudiera irme.

Para esas alturas, él había intentado orinar nuevamente, sin resultados. Estaba exhausto. Tal como la vez pasada, también fui la persona ante quien tuvo el coraje de admitir la inminencia de su derrota, aunque sus palabras ahora no fueran resultado de lo cerca que había estado de la muerte, una meditación sobre la levedad del ser, sino una rendición anticipada:

—Yo ya no puedo más, yo ya no puedo más... —decía, con las pocas fuerzas que le quedaban.

Lo escuchaba en silencio y trataba de hacer caso omiso de sus palabras. Poco tiempo después recibí la llamada de mi tía, y le dije que ya salía.

—Alde, ahorita viene mi tía. Yo me voy. Ya casi sales de esta, solo es cuestión de esperar un poco más y ya está —le dije, con la profunda sensación de que le estaba mintiendo, pero también con el deseo de renovar cualquier esperanza a la que nos pudiéramos atar, en las próximas horas. No lo abracé, ni lo besé. Solo le puse una mano en el hombro, con cuidado, y después de eso me levanté y salí.

Afuera me vi con mi tía y le entregué la cédula de mi papá. Le conté que estaban a la espera de que le hicieran una muestra de orina más. Ella ingresó. Volteé y empecé a alejarme, hasta que estuve de frente a la parada del bus, que justo llegaba en esos momentos. No solía correr por buses, prefería que se fueran a arriesgarme a emprender un viaje que pudiera resultar en una burla, al no llegar a tiempo, pero en ese momento mi angustia acababa de encontrar la excusa perfecta para liberarse, e inconscientemente sentí que debía hacerlo. Quería salir corriendo, literalmente. Y así lo hice. Ya en el bus, viendo cómo quedaban atrás amplias extensiones de tierra desierta a lado y lado de la carretera, me sentí aliviado de que mi papá estuviera en buenas manos, una mujer con experiencia en esos trámites que supiera qué hacer, con quién hablar. Alguien más que un espectador mudo y ansioso.

Claro, seguramente se iban a demorar un poco más, pero pronto lo trasladarían de nuevo a Recuperar, tal como había ocurrido la vez pasada. Todo habría sido un gran susto, al final de cuentas. Ahora lo que restaba era llegar a casa y empacar los elementos que le iban a pedir allá, y disponernos a ir en cualquier momento de la tarde a llevárselos. Me sentía entusiasmado, pensando que ese iba a ser el escenario futuro, donde me podría desenvolver con experiencia y soltura. Aunque tuviéramos que pasar por otras dos semanas de idas y venidas, la salud de mi papá volvería a mejorar.

El resto de la tarde esperamos la llamada con la que nuestra tía nos iba a informar del traslado, pero no fue sino hasta la noche cuando ocurrió. Estábamos todos en la sala, distraendo nuestra inquietud ante la demora frente al televisor, cuando sonó el celular de Paola. Se trataba de mi tía Luz Dary, quien había aceptado relevar a mi tía Liliana horas antes en el hospital. Según se podía notar por la cara contrariada de Paola, era poco lo

que podía entenderle. Pasaron varios minutos, sin que ella pudiera saber muy bien qué estaba ocurriendo del otro lado de la línea, hasta que poco a poco se fue enterando de que a mi papá lo estaban trasladando, justo en esos momentos. No era necesario llevar pertenencias a donde iban, pero alguien tendría que ir a primera hora al siguiente día, para estar a su lado. Paola le aseguró a mi tía Luz Dary que ella madrugaría, en un tono decidido y comedido. Luego colgó. Al poco tiempo nos fuimos a dormir, con el alivio de saber que después de tres días de estar agobiado por el dolor, por fin atenderían a mi papá como era debido.

El descubrimiento de la nostalgia

Desde pequeño aprendí que una vez todas las luces de una casa se han apagado una llamada telefónica suele ser la peor señal. Heredé ese miedo de mi mamá, quien siempre dejaba escapar una frase de preocupación cada que oíamos sonar el teléfono, tarde en la noche. Convencida de que, si estábamos todos en la casa, ya nada malo podría ocurrir, ella era incapaz de concebir ningún desbarajuste en nuestras vidas. Se acostaba a dormir con la tranquilidad que le daba la presencia de su familia en la casa, segura de que no le debíamos nada a nadie y por lo tanto nada iba a interrumpir nuestro descanso. Por eso se sobresaltaba tanto cuando alguien llamaba.

“Ay, ¿y ahora qué habrá pasado?”, solía decir, angustiada, y se apuraba a levantarse de la cama y correr hasta la sala a contestar. Yo permanecía en silencio, rogando porque no fuera una mala noticia, a un lado de ella. En la mayoría de las ocasiones todo resultaba en una falsa alarma. Sobre todo cuando era mi tío Hernando quien llamaba. Él era su hermano mayor y trabajaba realizando actividades de remodelación en interiores. Bebía en exceso. Era fácil ubicarlo todos los fines de semana en la cantina cerca de la casa de mi abuelo, a pocos minutos de la que mi mamá tenía en Siloé, donde había vivido siempre. Cuando entendía que era él, me decía a mí mismo que no había nada de qué preocuparse. Bastaba notar cómo la zozobra de mi mamá desaparecía y empezaba a quejarsele a él de que la estuviera llamando a la medianoche a decirle que la quería mucho.

Pero había otras en las que no contábamos con la misma suerte de que fuera mi tío en medio de sus borracheras. En cambio, habíamos enfrentado la incertidumbre que quedaba tras el accidente de tránsito de alguno de nuestros familiares. Esas eran las llamadas que casi siempre terminaban imponiendo en la casa una atmósfera tensa, cargada de preocupación y ansias. Aunque para aquellos momentos era muy pequeño como para entender la magnitud de lo que transmitían esas noticias, por el cambio que mi mamá experimentaba de inmediato, ese estallido instantáneo de sus nervios, yo había desarrollado una especie de premonición pesimista que aceleraba mi ritmo cardíaco cada que oía un teléfono sonar cuando no debía.

Algo de esa predisposición había perdurado, y para el momento en que me di cuenta de que mi celular estaba sonando, a un costado de mi cama, entendí que el sosiego que habíamos obtenido horas antes por la llamada de mi tía Luz Dary, no resultaba del todo cierto. En mi interior, oculto por las densas brumas de mi consciencia, todavía residía un pequeño vestigio del temor que había vivido el día anterior. Apenas caí en cuenta de lo que estaba ocurriendo me levanté de un golpe de la cama para contestar.

—... Aló —oí que alguien me decía, dubitativo, casi sin saber cómo hablar conmigo—... Espere un momento, que mi mamá quiere hablar con usted. — Esperé, atento, mientras sospechaba que debía de ser muy temprano, porque a través de la ventana se podía percibir cómo la ciudad seguía a oscuras —¡Aló, m'hijo! Es su tía Luz Dary. Es que me llamaron de la clínica y me dijeron que su papá se puso malo y que mejor fueran.

—Listo, tía, ya vamos —le respondí al instante, en un acto de reflejo. Mi mamá se había despertado también y estaba sentada sobre la cama, esperando que yo le contara. Le dije que me pedían que fuera. Ella dijo que me acompañaría. No lo consideraba necesario, pero tampoco quería discutirlo. Nos alistamos. Antes de irnos, entreabrí la puerta de la habitación de Paola, para cerciorarme de que ella no hubiera oído la conversación. No valía la pena angustiarse. Mejor le contábamos cuando supiéramos la razón de que nos citaran antes de lo planeado.

Media hora después, llegamos a una clínica llamada Esensa, un edificio blanco de cuatro pisos, cuyo bloque frontal sobresalía un metro del resto y en el que habían dispuesto 40 placas de cristal a modo de ventanal extenso. Se ubicaba a un costado del puente que atraviesa la autopista sur de la ciudad, a la altura de la carrera 44. Subimos los siete escalones anchos que nos separaban de la entrada. Le dijimos al guardia que nos habían llamado, pidiéndonos que fuéramos porque algo le había ocurrido a nuestro familiar, quien había ingresado la noche anterior. Él asintió y se hizo a un costado, para que pudiéramos ingresar, y luego nos indicó el camino, al fondo de un largo y oscuro corredor. Hacia allá nos dirigimos. Pronto llegamos, sin saber si nos habíamos equivocado, a lo que parecía ser la entrada a una zona especial, protegida por una puerta de acceso restringido. A la derecha

de nosotros, en una esquina de la puerta, un par de médicos hablaban entre ellos. Apenas se percató de nuestra presencia, uno de ellos se acercó.

—Buenos días —le dije—. Es que nos llamaron y nos dijeron que viniéramos. Somos familiares de Aldemar Gamboa.

—Sí... Don Aldemar ingresó muy grave, en la noche —nos respondió. Era un hombre de poco menos de 30 años, contextura gruesa y piel clara, de cejas tupidas y barba recortada con pulcritud. Al costado izquierdo de la bata azul oscuro que vestía, una inscripción bordada lo identificaba como el médico Carlos Alfonso Lemos Paredes —A lo largo de la noche, tuvo tres paros cardiorrespiratorios. El primero lo logramos estabilizar —algo de la premonición que me había quitado el sueño reaccionó y me llevó a suponer, de inmediato, el motivo real de ese conteo. Ya sabía lo que vendría—... El segundo también lo logramos estabilizar... Pero ya para el tercero no pudimos hacer nada... Don Aldemar falleció a las 5:45 de la mañana.

En ese momento, sentí cómo mi mamá se apretó contra mi pecho para contener el llanto que la había dominado, de repente, mientras yo me mantenía impávido, viendo a los ojos al médico que me acababa de decir que todo había llegado a su fin. Parecía que sus palabras no me hubieran llegado todavía y por lo tanto no entendiera lo que significaban.

—... Si quieren, puede entrar una persona a verlo.

—Yo voy —dije, con una parquedad que parecía reducir esa última visita entre él y yo a un trámite más. Había aceptado sin saber muy bien por qué.

—¡No, no se vaya a hacer ese daño! —me rogó mi mamá, una petición a la que condescendí porque creí que así le evitaría un dolor mayor. En ese momento era ella quien sufría, y ante la inesperada frialdad con la que yo recibía la noticia pensaba que era mi deber no agravar su sufrimiento. El doctor se despidió de nosotros, diciéndonos que iría a realizar el certificado de defunción para que nos pudiéramos llevar el cuerpo.

La muerte de mi papá nos planteaba, a esas alturas, la dificultad aún mayor de contarle a Paola lo sucedido. Conforme se acercó la hora de volver a

casa, nos empezó a preocupar lo que esa noticia podría ocasionar en ella, teniendo en cuenta que estaba a poco menos de un mes de dar a luz. ¿Cómo haríamos? Esconderle esa noticia no era una opción. Ella debía saberlo. Pero... ¿y si pasaba algo? Los antecedentes de ella, el temor que nos siempre nos oprimía cuando recordábamos los días del aneurisma que había sufrido hacía años, eran razón suficiente para creer que una emoción como la que recibiría iba a ser muy peligrosa. Aun así, teníamos que hacerlo. Regresamos en un taxi. Nos bajamos en el puente. Decidimos acercarnos a una de las tiendas cercanas y comprar algunas bolsas con hierbas aromáticas, para adormecer la fuerza de sus nervios, como una medida de protección ante lo que vendría. Cuando subíamos las gradas de la casa, mi mamá decidió adelantarse para tener tiempo de poner un poco de agua a calentar. Esperé algunos minutos, y luego entré también, justo cuando mi mamá le estaba pasando un vaso humeante, sin que Paola supiera muy bien el motivo de tantas atenciones repentinas. Al ver que llegábamos, ella había salido, y ahora estaba sentada sobre uno de los brazos del sofá.

—Se murió... —le dijo con pesar mi mamá, y entonces noté que una mueca de dolor le desdibujó la cara a Paola, un gesto que en ese momento me pareció idéntico al que hacen los niños cuando están a punto de estallar en llanto: el labio superior que se esconde sobre el inferior, que a su vez adquiere un mayor volumen, mientras los párpados se cierran cada vez más uno sobre otro, y la cabeza cae en señal de derrota.

Me acerqué, me abalancé contra ella. Olvidando que desde hacía mucho no lo hacía, la abracé.

Se me ocurrió que lo mejor que podía hacer en esos momentos era recordarle que nuestro papá se había muerto luego de asegurarse de que nosotros nos pudiéramos mantener por cuenta propia. Quizá buscaba que su falta no supusiera más dolor y angustia de la necesaria, y frente a un futuro del que nos podríamos hacer cargo, Paola sintiera la libertad de pensar en él siempre con cariño y evitara el rencor de haberla dejado de un momento a otro, con el mal sabor de una recuperación a medias. No sabía por qué, pero incluso en esos momentos me encontraba resarciendo a mi

papá, tratando de que su muerte no pareciera un acto egoísta para con nosotros.

¿Qué más me quedaba por hacer, luego de haber fallado en lo más importante? Eximirlo de toda responsabilidad, reconocer que esas dos veces en que había logrado recuperar el ritmo de sus latidos, la fuerza para continuar con ellos, era la prueba más sincera que nos quedaba de que hasta el final nuestro papá había intentado permanecer junto a nosotros. Estaba muy cansado, eso era todo, y no estaba mal que hubiera expresado con su cuerpo lo último que me había dicho: “yo ya no puedo más”. No, él no era culpable de nada, y así merecía permanecer en nuestra memoria: un hombre que había aceptado la austeridad como una característica extrema que le permitía enfocar sus energías en lo que de verdad le importaba — brindarnos todo lo que podía—. Y que partía con la seguridad que le daba el haber atestiguado cómo sus dos hijos eran tan capaces de sí mismos que se habían adjudicado la responsabilidad de cuidar de él cuando más lo requirió, a pesar de la vergüenza que le provocaba; había experimentado el amor, con la misma distancia con que él lo había expresado ante nosotros. Era lo que le correspondía. “Dime lo que necesitas, y te haré saber cuánto te amo”, esa había sido la filosofía de vida de mi papá, aunque probablemente la palabra “filosofía” no era una a la que hubiera estado habituado.

Sentir cómo ella lloraba acabó con la frialdad con que me había desenvuelto desde que el médico me dio la noticia. Lloramos, por unos minutos, como si en la casa solo estuviéramos ella y yo, sintiendo que ese dolor que compartíamos no era algo que los demás pudieran comprender. Nadie más importaba. Todo lo que nos había unido en los últimos meses, para bien y para mal, había muerto hacía pocas horas. Había llegado el momento de revelar las angustias y preocupaciones que habíamos acumulado en silencio, en la voz ahogada y quebrantada de dos hermanos que acaban por entender que la muerte es un hecho impostergable, y que aceptan el deber que trae consigo toda orfandad: cuidar el uno del otro, pues tarde o temprano no habrá otra persona en el mundo con quien compartir la misma sangre.

Horas después, cuando caía la tarde, experimenté la contrariedad y la irritación que imponía mi nueva condición. Al ser el hijo de un hombre que acababa de morir, me convertí en el centro de atención de todos. Lo único que esperaba es que fuera mi papá alrededor de quien sucediera todo, en los homenajes que vendrían a continuación.

Lo velamos en una de las salas de un sitio llamado Jardines del Recuerdo, filial de Grupo Recordar, una compañía exequial con sede en Bogotá, a la que teníamos derecho gracias a que desde años atrás mi mamá venía pagando por adelantado el costo del sepelio de cualquiera de nosotros, por medio del recibo de los servicios públicos. Igual a como había ocurrido con mi abuela Rosaura.

El edificio de la funeraria estaba ubicado en el barrio San Fernando, detrás de la Clínica Imbanaco, adonde se llegaba por una de las tantas desviaciones que atravesaban la Calle Quinta. Una calle atestada de furgonetas, taxis y ambulancias que prestaban servicios de transporte para los diferentes centros médicos de los alrededores. Era una construcción de dos plantas, con paredes pintadas de blanco y recubiertas hasta la mitad por baldosas corrugadas color gris. La entrada principal estaba asegurada por una reja de hierro mostaza oscuro que se ajustaba a la mitad. A ambos lados grandes ventanales de bases negras que daban la impresión de haberse oxidado por culpa de las lluvias y el sol, si se veía desde lejos, y cuyos cristales reflejaban el rostro de quien se detuviera a curiosear el interior.

Llegamos cerca de las cuatro y, a medida que nos aproximábamos, sentía que quedaba atrás el bullicio de ese sector de la ciudad y me azotaban con furia los primeros vientos de la tarde, impidiéndome mirar al frente por más de unos segundos. Mi cabello se alborotaba y ondeaba peligrosamente la camiseta negra que vestía. Anhelaba pasar desapercibido por todos, pero en esos instantes sabía que todas las miradas se posaban, una a una, sobre mí. Luchaba por caminar sin demasiados aspavientos, ignorando en cuanto pudiera la forma desmesurada con que ese lugar me recibía. Pero la verdad era que agradecía tener que realizar esos esfuerzos mientras caminaba. Agachar la cabeza y apresurar el paso me evitaba los incómodos encuentros y pésames que otras personas quisieran darme, y me permitiría llegar hasta

la sala de velaciones sin tener que ver a la cara a nadie, a pesar de que entre más me acercaba mayor era el peso de sus miradas, pendientes de la más mínima muestra de dolor por parte mía. Entré. Luego de preguntar dónde estaba, me dirigí hacia la sala de la mitad, por un pasillo estrecho de baldosas relucientes en las que alumbraban pequeños círculos de los bombillos en el techo, y en cuyas esquinas se encontraban materas con pequeñas palmeras. Apenas llegué a la entrada, cuyas puertas de madera marrón oscuro estaban abiertas de par en par, me encontré con una amplia sala en forma de ele, compuesta por hileras de asientos del mismo color que la puerta, con espaldar largo y cojines blancos, a cada lado. El ataúd donde estaba el cuerpo de mi papá estaba al fondo, sobre una superficie que sobresalía varios centímetros del resto del salón. Las luces dispuestas en el techo se dispersaban con facilidad a lo largo de las paredes blancas y se reflejaban sobre el piso, produciendo una sensación de bastedad que solo era atenuada por las sillas.

Fui hacia donde estaba el ataúd, consciente de que durante esos pocos segundos gozaba del derecho a estar solo, sin verme obligado a recibir palabras de consuelo. No dejaba de pensar que la última vez que había visto con vida a mi papá le había mentido, creyendo que la inocencia con la que le aseguraba que pronto lo atenderían nos exoneraba a ambos de cualquier responsabilidad, y ahora que había muerto no me quedaba más que aceptar que nuestro último recuerdo iba a ser la trampa de un miedo. Cando lo tuve al frente, vi un rostro macizo, donde todavía se podían identificar los estragos de los últimos días. Aunque se tratara de una mentira, pues se debía a los líquidos que habían empezado a represarse a lo largo de su cuerpo, me alivió ver que su cara no daba el aspecto demacrado con el que habíamos tenido que lidiar en las últimas semanas. Sus mejillas abultadas, su frente amplia, la paz de sus párpados cerrados, la familiaridad que imponía su bigote, todo ello confluía alrededor de su rostro hasta el punto de asemejar, ante mis ojos, una figura superior, monumental, una especie de faraón que se ha ganado el lujo de su descanso eterno.

Volteé y me senté en el asiento en la esquina más próxima al ataúd. Pronto vinieron los pésames. Los agradecía, pero no tanto porque sintiera que gracias a ellos disminuía algún dolor —que hasta entonces no experimentaba— sino porque me parecía que nadie estaba en la obligación

de fijarse en mí, y si aun así lo hacían debía responder con gratitud. Todavía no entendía quién era en esos momentos. Me seguía pareciendo incómodo que, con el pasar de los minutos, me convirtiera en el protagonista de una historia que no era, enteramente, mía. Se trataba de mi papá, y era a él a quien debían entregarle todas las palabras que sintieran necesarias. A su ataúd. En algún momento mi tía Liliana se me acercó y, quizá sintiendo que la muerte de mi papá acababa con el único vínculo que nos ligaba a Paola y a mí con esa parte de la familia, me dijo:

—M'hijo, yo espero que la muerte de su papá no nos separe.

Hasta entonces, sin más que hacer salvo recibir atenciones y palabras de todas las personas que llegaban, no se me ocurría algo distinto que decirle que no iba a ser así, aunque para ser sincero apenas había reparado en lo que vendría en adelante. ¿Qué importaba si nos volvíamos a ver o no? Soporté con estoicismo y buen semblante su charla por unos minutos más, pero pronto tuve el presentimiento de que las horas que me restaban en ese lugar iban a ser increíblemente tediosas si me dedicaba a reducirme a aquello en lo que, poco a poco, me estaba convirtiendo. Un desdichado, alguien enmudecido por el dolor. Me negaba a ser el anfitrión de la muerte de mi papá, quien se encargara de dosificar y mantener a raya el sufrimiento de otros con una cara cálida y palabras de agradecimiento. Ya no más. No creía que muchos llegaran a decirme algo de mi papá. A esas alturas estaba claro que se llevaría todos sus silencios hasta la tumba. Además, cuando los pésames empezaron a sucederse sin tregua, me pareció que ninguno de ellos lo sentía de verdad, y que lejos de ir a despedir al hombre que habían conocido desde hace tantos años se encontraban cumpliendo con un compromiso inevitable: ir al velorio de un vecino más. Ser consciente de que podría hacer parte de una puesta de escena me incomodó, y antes de que la monotonía de los encuentros banalizara la ceremonia decidí salir de ahí.

A algunos de mis amigos les había comentado, horas antes, lo que había pasado, y ellos se habían comprometido a acompañarme. A mí no me parecía necesario. Les había contado como prueba de lo mucho que confiaba en ellos. Quería que fueran partícipes, o al menos conocedores, de

aquello por lo que estaba atravesando, algo que todavía no sabía expresar pero que ciertamente no llegaba a ser dolor. La muerte de mi papá no era más que el fin de muchas resignaciones, me parecía, y lo que me correspondía era hacer lo que se hace en esos casos: avisarles a los seres queridos. Fuera de esas acciones que realizaba como si fueran un protocolo al que tuviera que ceñirme, no había una urgencia de la cual tuviera que ser rescatado. Era evidente que no reaccionaba ante lo que sucedía entregándome a un desconsuelo sordo e indiferente, ni me sumía en silencios profundos esperando obtener la respuesta acerca de por qué la vida de mi papá había acabado así. En esos momentos mi rol era el de un espectador privilegiado: tenía la libertad de ir y venir en cualquier momento, y también gozaba de todas las prerrogativas que deseaba: desde ese día, comenzaría un período de luto, que si no justificaba los cambios repentinos que pudieran existir en mi forma de ser, al menos respondería los interrogantes que despertara. De todas esas posibles prerrogativas, la única que deseaba en esos momentos era la de permanecer junto a quienes reconocía como las personas más cercanas en mi vida, aunque no necesariamente fueran mis familiares. Quizá eso esperaba, al haberles contado a mis amigos la noticia de la muerte de mi papá.

Minutos después de estar afuera, sentado sobre el muro que cubría el pequeño jardín de una fuente por la que desde hacía mucho no corría el agua, al costado derecho de la entrada principal, empezaron a llegar mis amigos. Sentí, de inmediato, una alegría inmensa. Eran pocos, como siempre había sido, pero me bastaba con ellos para sentir la responsabilidad que no había querido adquirir con mis familiares y demás conocidos. Estaba feliz de hacer las veces de anfitrión. Eran cuatro, en total. A dos de ellos los había conocido en la universidad; a los otros dos, de mucho antes, pues eran mis antiguos compañeros en Intro New Dance, un grupo de baile urbano al que había pertenecido años antes y para el que solía entrenar todas las noches. Cuando terminaron de llegar los presenté entre ellos, y también a mi mamá. Mis amigos de la universidad se quedarían por unos cuantos minutos solamente, un lapso corto que acepté dado lo abrupto que había sido la noticia del velorio. Poco antes de que terminara de caer la noche me despedí de ellos, no sin antes agradecerles el gesto. A partir de ese momento me quedé con mis amigos de Intro.

Uno de ellos, Julián, estudiaba ingeniería en sistemas, sus ojos eran de color miel, me llevaba dos años, y nos conocíamos desde las primeras veces que yo había asistido a un ensayo de baile, mucho antes de que se conformara Intro. Hacía cerca de 10 años. La otra que había llegado con Julián se llamaba Carolina, y aunque nuestra amistad no venía de tan lejos, pues se había afianzado en la mitad de nuestro proceso en Intro, era de las pocas mujeres a quienes les había permitido una intromisión casi casual en lo más privado de mi vida. Ella era una mujer alta, de cabello largo color castaño claro, quien hacía poco había dejado de necesitar brackets para fijar su dentadura. Ellos eran los únicos vestigios que quedaban de ese grupo de amigos que habían sido mi vida durante la totalidad de mi juventud.

Julián había parqueado la moto a la izquierda de la fuente, en el sitio que le indicó el encargado de organizar esa parte del parqueadero, un señor vestido con pantalón serio azul marino, camisa lila y un chaleco con un logo en el costado izquierdo que lo acreditaba como trabajador de la funeraria. Nos sentamos cerca, en un muro frente a la acera, cuyos acabados en cerámica negra buscaban hacer juego con la entrada de la funeraria. Nos protegía un árbol enorme que subía hasta superar el segundo piso, a lo largo y ancho de ramas moteadas de colores morados y blancos debido a los hongos que las afectaban. Contrario de muchos que habían llegado hasta ese momento, ni Julián ni Carolina dio muestras de querer ir a ver a mi papá. Lo pasé por alto, contento de que estuvieran conmigo. Habían venido a verme a mí, a sacarme del tedio que significaban esas apariencias.

A partir de entonces, la noche cobró otro sentido. Era como si se tratara de un encuentro más entre los tres. Siempre había disfrutado de su presencia, sobre todo la de Julián, cuya facilidad para encontrar el doble sentido de cualquier frase, incluso la más cándida, siempre había sido el acicate para sacar a relucir también la mía, un don innato que los dos parecíamos compartir. Cuando estábamos en compañía de otros, creaba un vínculo que ambos sentíamos al instante: una especie de lenguaje críptico que disfrutábamos sin atenuantes. En ese instante, la simplicidad de Carolina era lo único que necesitábamos para pasarla bien. Todo consistía en reír, sin parar, salvo las ocasiones en las que mi mamá me iba a buscar para que saludara a alguien que había llegado. Casi siempre conocidos de ella,

aunque en una ocasión se trató de dos personas que no esperaba encontrarme ahí, nunca.

Dos amigos de mi papá, con quienes él había compartido sus días como vendedor ambulante en el cementerio, que llegaban con ramos de flores. Cuando entré a la sala, vi que estaban llorando, pero su llanto no era el llanto callado y medido que cabría esperar. Era uno cuyo desconsuelo se notaba a leguas. Me sentí apenado por ellos, al instante. Uno era bajito, y cuando se me acercó a darme el pésame vi que sus ojos estaban rojos y cubiertos de lágrimas. Me asombró, de inmediato, y no pude más que estirar mi mano y verlo con impotencia, mientras se refería a mi papá. Asentía mientras él me contaba algunos de sus recuerdos. De repente algo de la culpa que había sufrido pocos días atrás emergió de nuevo, ahora ante la frustración que me provocaba el dolor que estaba viendo en él. Volví a sentirme avergonzado por no haber hecho más para evitar la muerte de mi papá. Era cierto, me afectaba el dolor, pero no en nombre propio: me afligía entender la pena que causaba la muerte de mi papá en otros. El problema era que todavía no conseguía sentir la mía propia. Decidí que lo mejor era darle espacio a solas con el féretro, así que me despedí y regresé a donde mis amigos.

El tiempo pasó, sin que me diera cuenta, y cuando menos lo pensé ya había llegado la hora de regresar a casa. Nadie quiso quedarse a pasar la noche en el interior de la sala. Al día siguiente podríamos ver un poco más el cuerpo de mi papá, antes del entierro. Después de acordar con Julián y Carolina que nos veríamos al día siguiente en el cementerio, directamente, les agradecí haber estado hasta esas horas, cerca de la medianoche. Los vi irse en la moto. También regresé a casa, y después de un largo día me acosté, luego de ver que mi mamá encendía una vela electrónica por el alma de mi papá. No dejaba de asombrarme la diversidad de ceremonias con que se les rendía tributo a los muertos. Y, sobre todo, ignoraba por qué todavía no era capaz de percibir el más mínimo rastro de tristeza por la muerte de mi papá, como bien me hubiera correspondido.

Cuando faltaban poco menos de dos horas para que trasladaran el cuerpo, empecé a caer en la cuenta de lo irreversible de aquella situación, y experimenté un súbito vacío que me iba dejando, sin que pudiera explicármelo, sin palabras. A mi papá lo llevarían hasta el cementerio Jardines del Recuerdo, un lugar cuya entrada estaba constituida por un blanco muro de cuatro columnas macizas que se unían en lo alto, como sirios que fundían sus llamas. Estaba enclavado a lo largo de una montaña cercana a donde nosotros vivíamos, en la que se distribuían lápidas, osarios y discretos mausoleos. Su traslado estaba programado para las dos de la tarde. Nosotros llegamos poco después del mediodía. No quería volver a vivir el tedio de la tarde anterior, así que no me esforcé porque estuviéramos allá desde más temprano. Creía que el tiempo que habría entre un compromiso y otro era el suficiente como para mantener a raya mi impaciencia. Así que cuando ingresé de nuevo en la sala, y vi que ya había llegado la mayoría de mis familiares, supuse que no estaba mal permanecer sentado hasta que fuera la hora de irnos al cementerio.

Sin embargo, pronto empecé a advertir una extraña sensación de abandono que me perturbaba cada vez más. Ante la novedad que eso suponía en tales momentos lo primero que se me ocurrió fue creer que todo se trataba de un terco ataque de ansiedad. Decidí salir a respirar un poco de aire fresco. Me senté al borde de la fuente. Luego de varios minutos entendí cuán irónica podía ser la vida en aquellas circunstancias. Lejos de la impasible atmósfera que se instauraba dentro de la sala de velación, cuya imagen extática y sumisa me llenaba de desespero, en la calle que se presentaba ante mis ojos asistía a un espectáculo de vitalidad casi insultante. El hecho de que la funeraria se ubicara cerca de distintos centros de salud —la entrada de uno de ellos, la Clínica Imbanaco, daba de frente a donde estaba— establecía una triste metáfora: de un lado, dolientes como yo tenían que someterse al avance indiferente de carros que iban y venían, como si sus conductores nos aclararan que una persona no era suficiente para que la gran máquina a tracción que es la vida en una ciudad perdiera su fuerza. Una certeza que para esos momentos venía en forma de burla macabra: cuando ellos tuvieran que enfrentar la catástrofe de una muerte cercana, esa actitud les iba a pasar una agria factura. Del otro lado, eran personas como

yo, vestidas de negro y blanco, estábamos destinadas a recordarles a los familiares que entraban y salían de ese centro médico, a quienes se les podía ver deteniendo a médicos a mitad del pasillo, pues el piso de urgencias en ese sector solo estaba cubierto por paneles de cristal desde el piso hasta el techo, cuán infructuosos iban a ser sus esfuerzos. La muerte era implacable. Y la esperanza, si bien podría ser patrimonio secreto de la humanidad, no era más que una ilusión sin sustento.

Cuando pensé eso sentí que dentro de mí ese vacío innombrable se agudizaba. Volví a entrar, pero esta vez dejé que mis pasos me llevaran en dirección contraria a la sala, y me fui a sentar en un banquillo que había al final del pasillo, al frente de la zona de los baños. Quería estar solo, pero estaba seguro de que no era porque me fastidiara la presencia de quienes procuraban consolarme. Debía haber otra razón, pero todavía no sabía cuál. Tampoco podía hablar, estaba nervioso. Antes de sentarme, me había servido un vaso de agua de un dispensario al frente, y ahora tomaba sorbos rápidos. Pronto iba a tener que ir por más. Fue entonces cuando Jovanny, un hombre de contextura gruesa, cuyo sentido del humor se traducía en bromas subidas de tono, y a quien conocía porque era el marido de mi tía Liliana, se me acercó y buscó saber por qué, de la nada, me aislaba de todos:

—¿Qué lo tiene tan pensativo, Jhon Eduar?

Obligado a pensar en una respuesta, pensé en mi papá. Recordar que estaba a dos salas de distancia, y que pronto llegaría el carro de la funeraria, me permitió descubrir lo que me había estado ocurriendo desde hacía unos minutos: cada vez faltaba menos tiempo para que me alejaran para siempre de su cuerpo, la única prueba que me quedaba para aferrarme a la ilusión de que todavía contábamos con él. Tanta inquietud no era más que el desespero que me provocaba su pérdida definitiva. Era como las veces cuando, en mi niñez, él se preparaba para ir al cementerio, y yo me quedaba solo en la casa porque mi mamá estaba trabajando y Paola se había ido a sus clases. La misma angustia callada que me invadía había vuelto, ese no saber qué iba a ser de mi vida en las próximas horas. No fui capaz de explicarle a Jovanny a qué se debía mi cambio. Opté por seguir tomando del vaso de agua que tenía en las manos, y aceptar con gratitud que él

estuviera ahí, mientras trataba de ignorar su pregunta. Él era la primera persona que había notado cuánto había cambiado mi ánimo, que en esos momentos se afianzaba cada vez más en el extremo opuesto de quien había sido ayer, en medio de la alegría y la celebración por la presencia de mis amigos. Que mi decaimiento fuera tan notorio me avergonzaba. Minutos después nos avisaron que tendríamos que entrar, pues un párroco iba a realizar una corta ceremonia de despedida antes de que trasladaran el cuerpo de mi papá.

Me ubiqué en el primer asiento, a mano derecha del féretro. El párroco estaba en la entrada, y el resto se congregaba a los lados y en la puerta. Empezaron las oraciones. Tenía la mirada en el suelo, y trataba de ignorar la molestia que me causaba la atención que todos podrían estar posando sobre mí. ¿Quiénes eran ellos, en definitiva, para darse cuenta de lo que me ocurría? ¿Quién les había dado el privilegio de acudir a un acto que solo nos correspondía a mi papá y a mí? Si bien quería pasar desapercibido, y no hacer nada que revelara algún sentimiento en esos momentos, en un instante tuve un raptó de decisión y empecé a alejarme de la silla, en dirección al costado izquierdo del ataúd. Que nadie supiera qué me pasaba, salvo él, era lo que deseaba. Me recosté sobre el ataúd. Su ancho rostro seguía ahí, imperturbable. “Entonces era cierto”, pensé para ambos, “ya casi te vas... No te preocupes. Todas las semanas te iré a visitar, claro. Será mi más grande hábito, yo que me he pasado la vida buscando hábitos que me permitan dedicarme a lo que me interesa. Pues ya ves, este será uno de ellos. No podré olvidarte, porque siempre estaré allá, cuidando de que tu tumba esté libre de maleza. No vas a tener nada que envidiarle a otra. Así será”.

Para esas alturas, mientras detrás de mí seguían las oraciones, había entendido que lo que había emergido minutos antes, esa inédita sensación de abandono y zozobra, era el dolor por su muerte. Finalmente se abrió paso a través de las duras capas de mi razonamiento, ese que siempre me impedía sentir lo que debía sentir en su momento. Había sido el tardío descubrimiento de una nostalgia prematura, que sin embargo cargaría para siempre. Ahora entendía que no iba a haber palabras que me mostraran el camino a seguir, ni excusas que inventar para no pensar más en ello. El

dolor seguía su ascenso, y conforme veía el rostro de mi papá tenía la certeza de que en cualquier momento me iba a desbordar.

Entonces decidí que, si iba a llorar, iba a hacerlo de tal forma que no me quedaran más lágrimas a su nombre. Nunca más. Si había llegado el momento de mi quiebre, que se diera como si se tratara de una presa cuyas compuertas se abren para dejar correr el agua aprisionada en su interior. El océano de toda una vida una vida juntos.

Porque, Alde, jamás pensé que tu muerte me fuera a afectar de esta manera. Siempre me creí a salvo de esos apegos y solía vanagloriarme de haberme hecho cargo de mí, desde niño. Nada me afectaba, porque al parecer no había desarrollado esos lazos que mantienen unidas a las familias. El origen del amor, el fin de la vida misma. Pero ya ves cuán equivocado estaba... Jamás entendí lo que era un padre, porque entre los dos no hubo mayores palabras, pero acepto que así es como tenía que darse este momento. Como un hueco sin nombre que me descolocó desde que empezó a abrirse dentro de mí, y que ahora se lleva todo el aplomo y la falsa fuerza con la que traté de vivir estos últimos meses. Y, con ello, la ilusión de un futuro más grato, lleno de preguntas y respuestas... De manera que ahora estoy ante ti, sin que importe nadie más porque no soporto la idea de que alguien más deba sentirse afligido por tu muerte. Ninguno de ellos podrá decir que fuiste su héroe discreto, ni podrá agradecerte la compañía que le brindaste en las mañanas y en las tardes, luego del trabajo. Nadie te debe tanto como yo. Tu presencia era suficiente para olvidar el miedo que siempre le tuve a la soledad cuando era niño, sí, aunque suene curioso. Me bastaba saber que estabas en la cama de al lado, para encontrar sosiego... Ahora estoy aquí para declarar mi derrota, y que seas solo tú quien vea cómo lloro igual que el niño mimado que siempre fui y sepa que en adelante me dará mucho miedo vivir sin tu soporte. Me habría gustado ser tu amigo, para serte sincero. Saber que podría visitarte, de vez en cuando. Seguir reconociéndome en ti, aunque no lo supieras... Quizá el tiempo que pasamos juntos en estas semanas, incluso con lo atropellado que fue, haya sido lo que nos correspondía en esta vida. Quién sabe...

Mis lágrimas caían, una detrás de otra, y no importaba quién se acercara, si era mi mamá con una aromática o Paola a frotarme un costado de mi

brazo, si eran mis tías para decirse entre ellas que yo lo quería mucho y al final lo importante era que él lo había notado a través de mis cuidados, estaba dispuesto a mantenerme firme en mi aflicción. Seguí llorando, de frente a su cara, hasta que llegó el momento del traslado. El párroco ofreció una pequeña oración final, en una hoja de bloc, para que alguno la leyera. A mi mamá se le ocurrió que quizá esa era la mejor manera de reacomodar mis emociones. Me la pasó. No tuve fuerzas para negarme. Intenté sostenerla, ahora de frente a todos, furioso conmigo mismo por haberme permitido semejante debilidad: me daba cuenta de que ahora mi estado descompuesto le había robado por completo protagonismo a mi papá. Leí:

No me digas Adiós

No me digas adiós, sino hasta luego

Dios determinó que en el cielo estoy mejor.

No me digas adiós, sino hasta luego

Tuve que partir a un lugar donde no voy a sufrir

No me digas adiós, sino hasta luego

No se preocupen más por mí, que donde estoy espero por

Ustedes.

No me digan adiós, sino hasta luego

Cuando vi el verso que seguía, tuve que esforzarme por controlar mi voz para que no se quebrara, Me parecía que ella contenía todo el dolor que mi papá había tenido que atravesar en sus últimos días, y cómo después de todo su muerte no era más que un descanso que nadie estaba en el derecho de arrebatarse. Una última enseñanza, ahora desde donde fuera que estuviera, y que hubiera querido decirle, para que pudiera partir en paz con todos:

No tengan miedo de morir

Que aunque tenga que alejarme será solo por un momento

Porque yo estaré esperándoles en el cielo.

Hoy me despido con un beso eterno

Entregué la hoja, temblando todavía, y salí tan rápido como pude de la sala, sin sospechar que esa evasiva, el deseo de que nadie más viera mi sufrimiento, dejaba en otros la tarea final de cargar el ataúd hasta el carro fúnebre. Para entonces, con los nervios sedados gracias al llanto, me encontraba en la salida, cerca de la fuente, consciente de que mi mirada sería suficiente para entender lo poco que podía sentir en esos momentos, el estado de mutismo en el que había entrado mi espíritu. ¿Qué se podía decir, si ya no quedaban palabras pendientes? Luego de que metieran el ataúd en la parte de atrás del carro negro de la funeraria que lo trasladaría, me acerqué a la puerta del acompañante. Todo indicaba que uno de nosotros podía ir en ella, y quería ser esa persona. Se lo dije a mi mamá, quien estaba a la expectativa al lado de la puerta, pero ella pareció creer que esa no iba a ser una buena idea. No me respondió nada. Cuando vi que se iba en busca de Paola o alguien más, la llamé y le dije con la mayor determinación que ella había visto en mí:

—Yo voy.

Tal como la vez que había aceptado la oferta de ver el cuerpo de mi papá, en el hospital, con la diferencia de que algo en mi voz, cierta pesadez y rotundidad, la convencieron de que ni ella ni nadie iba a impedirme ir en ese carro. Era lo que me correspondía. Al final de cuentas, era su hijo.

Quien haya montado en un carro fúnebre, con un cuerpo sin vida detrás, sabrá que no existe un trayecto más lánguido y desalentador que aquél en el universo. Estos carros son el reverso de las ambulancias. En ellos todo es entrega, resignación. Al principio creí que se debía a que la calle estaba atestada de carros y debíamos avanzar con cautela, pero cuando la carretera desembocó en un carril más rápido, empecé a inquietarme de que el conductor no diera muestras de prisa, y siguiera con la vista al frente, serio y sereno, aunque continuáramos avanzando a pocos kilómetros por hora. ¿Cuándo iba a acelerar, qué se lo impedía? A ese ritmo llegaríamos mucho más tarde de lo planeado, aunque el cementerio Jardines del Recuerdo no estuviera lejos, me decía.

En el interior de la cabina no se oía el mayor ruido. Temí que la lentitud de ese viaje reavivara mi ansiedad, pero ya para entonces no valía la pena seguir comportándome con tanto afán. Que fuera lo que tuviera que ser. Volví la vista hacia la ventana, y me dediqué a ver la ciudad que poco a poco iba quedando atrás. Ese último ritual, que buscaba exhibir impunemente el dolor ajeno por donde sea que transitáramos, era a su vez un tiempo extra con mi papá, una especie de audiencia privada que debía agradecer. Pensé en él.

Todo este tiempo había sido una metáfora de lo que nosotros dos habíamos sido, y ese último viaje no hacía más que confirmarlo. Si bien se podría pensar en un intento fallido por conquistar nuestra amistad, conforme avanzábamos resultaba en una verdad que recién comprendía: para mí, pese a las distancias y las taras, siempre fuimos él y yo.

Me bastaba con recordar una de las tantas veces en que habíamos ido juntos de un lugar al otro, para convencerme de que así era. Había ocurrido, para variar, cuando era niño. Entonces las circunstancias no podían ser más distintas, pero en mi mente no había otra explicación a lo que vendría: me disponía a competir en una secreta carrera ciclística junto a mi papá. Hace poco había llegado a nuestro lugar de acondicionamiento y me había recostado sobre un muro a esperarlo. Eran poco más de las doce del mediodía, recién había almorzado. Protegido por la sombra de un árbol cercano, veía que el sol caía crudo sobre el pavimento. Será un trayecto

exigente, pensaba. Cargaba en una de mis manos una chaqueta amplia, gruesa, que me cubriría de cualquier sorpresa, debido a mi mamá, quien había tomado toda precaución ante cualquier amenaza desde que me habían diagnosticado esa asma bronquial cuyas crisis tanto me esforzaba por ocultar en las noches. Entonces lo vi aparecer, justo cuando empezaba a sentirme incómodo y avergonzado de estar ahí, solo. Mi papá venía con su paso tranquilo. Cada vez me parecía más grande. Sujetaba su vieja bicicleta de carreras, de breve marco en aluminio, con ambas manos: en la parte de atrás, atada a la parrilla de acero, cargaba el sustento de su trabajo. Llegó, por fin. Me saludó. Me preguntó si estaba listo. Le contesté que sí, sin dudas ni certezas, mientras él abría las puertas del sitio, liberaba la caja de las cuerdas que la mantenían firme, la ponía a salvo adentro, y me decía que mejor nos apurábamos. Caminamos hasta llegar a la partida.

Aquella iba a ser una competencia inusual. Compartiríamos la carretera con carros particulares, taxis, camiones y motos. Por eso era requisito indispensable que yo fuera en la misma bicicleta que mi papá. En él descansaría toda la gloria del ganador o el escarnio del perdedor. Cuando llegamos, tomé la chaqueta por el final de sus mangas y rodeé con ellas mi cintura, para luego asegurarla con un nudo fuerte a la altura de mi ombligo. Estiré una pierna, con cuidado de no enredarme ni trastabillar, puse mi mano derecha sobre su hombro y me impulsé para sentarme en la parrilla. Me terminé de acomodar en ella y me agarré con ambos índices de las presillas del pantalón de mi papá. Salimos.

Desde el tranquilo asiento del copiloto, a quien ese día no le correspondía decir nada porque la experiencia de su piloto era inestimablemente superior, veía que la carretera se abría imprevista, peligrosa, luego de avanzar unos cuantos metros. Toda suerte de carros atravesaba la avenida, cada vez más próxima. Las motos serpenteaban de un lado al otro, dejándose caer con desdén, rozando el pavimento. Sentí que mi papá frenó, justo al atravesar una tapa de cañería que dividía una vía con la otra. Su postura rígida cedía y empezaba a irse hacia adelante, alejándose del sillín, mientras al tiempo ponía el pie izquierdo sobre el pavimento y dejaba que nuestro peso descansara sobre él. Tenía los frenos apretados: quería asegurarse de que mientras no fuera la hora no se movería de ese sitio, aunque los iba a soltar en cualquier instante.

Miraba hacia ambos lados, adelante, y una vez más hacia ambos lados. Mi papá sabía que no podía darse el lujo de perder tiempo, hoy no. Yo esperaba, paciente, a la expectativa. Apenas vio un resquicio, soltó los frenos, subió el pie y, con el impulso del pedalazo, se volvió a erguir sobre la bicicleta. Un poco más adelante, como si se tratase de un pacto secreto entre ambos, volteó por una calle a su izquierda. Empezaríamos, desde ese momento, nuestro trayecto en soledad. Se trataba de un atajo, claro. Atrás quedaba la ruta habitual, con su insistencia de motores y las nubes negras a ras del suelo que se evaporaban de inmediato. Sabíamos que esa nueva ruta pondría a prueba nuestra suerte, debido a las dificultades que ofrecería, pero eso también significaba que nadie más nos iba a seguir. No tardamos más de unos segundos en confirmar que ese día el destino se pondría en nuestra contra: al llegar a un desnivel en el que el pavimento era desplazado por el barro de una calle sin arreglar, me vi en la obligación de bajarme de la bicicleta y apurarme hasta llegar al final de la pequeña colina, mientras mi papá la atravesaba solo, evitando así que el peso extra que implicaba le complicara el ascenso. Cuando lo logró, acomodó la bicicleta a mi frente, dejándola caer un poco hacia donde estaba para que me fuera más fácil la maniobra. ¡Vamos, vamos! No lo pensaba más y me montaba, anunciándole que estaba listo con un “ya” preciso. Al final de cuentas, el camino en trocha al que nos enfrentaríamos nos complicaría las cosas, pero en definitiva era mejor opción que el que recién dejábamos.

Seguimos, solitarios, nuestra competencia. De tanto en tanto me sacudía cuando alguna de las llantas se veía obligada a corregir su camino por una roca en el camino. Cuando eso ocurría, apretaba las presillas de mi papá como si mi vida dependiera de ello. Me quedaba callado, y entonces el silencio nos acompañaba a lo largo del camino de tierra. ¿Y si nos pinchamos?, ¿y si nos caemos y nadie viene a ayudarnos?, ¿y si nos roban? Será mejor estar pendiente de cualquier movimiento extraño, pensé. No tardamos en ver, para nuestro alivio, el final. Volvimos al pavimento, minutos después de habernos jugado todo, con la sensación victoriosa de haber salvado tiempo indispensable, a pesar de lo árido del terreno. Nos dirigimos hacia una nueva carretera, esta vez sin la opción de más atajos, en donde mi papá iba a poner a prueba sus habilidades y yo, como su secreto copiloto, lo dirigiría desde la clandestinidad de mis pensamientos.

Gracias al cielo de ese día, la carretera no nos complicaba de más. Pronto estábamos a unas cuantas calles de llegar a la meta. Nuestra apuesta, lo creía en esos instantes, había sido un éxito: no encontraba a ningún otro conductor preocupado por adelantarnos, ni siquiera una figura imprecisa a lo lejos. Supuse que se habrían quedado rezagados en algún atasco inesperado. Pobres. Me regocijé de nuestro secreto as bajo la manga. Seguro ganaremos, seguro. Pronto esa soberbia dio paso a una inesperada preocupación, cuando sentí que mi papá volvía a echar el cuerpo hacia adelante, sostenía nuestro peso con su pie izquierdo y aseguraba los frenos.

Un abrupto cruce nos había vuelto a detener. Estábamos obligados a tomar en consideración cuatro direcciones por las cuales cualquier vehículo se podía decidir sin que nadie supiera cuando. En esta ocasión, la paciencia de mi papá, quien también había visto realizada su hazaña, había vuelto a ponerse a prueba, y a mí me parecía que ya no le quedaba mucha. ¡Estábamos tan cerca, no podíamos perder! Él se había aparcado, además, en un lugar peligroso, cerca de la mitad de una calle en doble vía, y cada tanto nos sacudía el viento rápido de carros y motos que seguían derecho, sin ningún problema. Pasaron algunos minutos. Empezaba a sentir que algo de la impaciencia de mi papá se me contagiaba. Temía que en cualquier momento nos dieran alcance nuestros rivales. Pero no podía decirle nada. Mientras tanto, me negaba a mirar hacia atrás. Estábamos en manos desconocidas, lastimosamente, y quién sabía hasta cuándo. Debido al alto tráfico de la vía, llegué a pensar que solo un accidente podría darnos espacio.

De repente sentí que mi papá se lanzó al cruce. Sostuve el aliento por un instante que pareció eterno, pero en cuestión de segundos estábamos del otro lado. Ante nosotros se volvía a presentar una carretera por la que ningún otro vehículo circulaba. Avanzábamos sin problemas, satisfechos, confiados. Cuando nos acercamos a la última curva, estuve tan seguro de nuestro triunfo que me di la libertad de ser el narrador deportivo que le faltaba a la carrera, porque nadie podía perderse este final: aquí tienen ustedes, señoras y señores, una bicicleta que ha sabido rodar por cualquier terreno por más de dos décadas, y sobre ella a un hombre de 49 años con su hijo a la retaguardia, el dúo ganador, orgullosos de su desempeño en una etapa que era a todo o nada. Miran hacia ambos lados en actitud de

agradecimiento frente a los hinchas que se han apostado a lado y lado de las calles para verlos. Se los presento, ahí van. Su victoria está asegurada. Y al cruzar la curva, por si nos faltaran pruebas, veíamos que no había nadie más celebrando. Nos esperaban a nosotros, sí. Llegábamos. Ganábamos.

Me bajaba de la bicicleta y tocaba el timbre de la casa donde mi mamá trabajaba desde antes de que yo naciera. Ella abría la reja amplia del parqueadero. Entraba y me despedía de mi papá a la distancia, sin mostrar señales de cariño porque el pudor me lo impedía. “Chao, Alde”, era todo lo que le decía. Él se despedía, también. Entonces lo veía volver a pedalear, alejándose del lugar de su victoria por la calle contraria, conmigo a salvo del día al cuidado de mi mamá. Segundos después, ya adentro de la casa, oía a una de las personas a las que recién había saludado decirle a ella que mi papá era un inconsciente. “¿Cómo se le ocurre que lo va a mandar en un bus, solo?”, eran sus palabras.

A mí nadie me había dicho que, si las cosas se hubieran dado de otra forma, la competencia sería en buses, y tendría que ir por mi propia cuenta. Ante la confusión que me provocaban esas palabras, levanté mis hombros como diciendo quién sabe de qué estará hablando. Me despreocupé. Seguí y dejé mi chaqueta en el cuarto de aseo, el sitio de mi mamá. Cuando volví a la sala, preferí no darle más importancia al hecho de que ese señor hubiera llamado a mi papá de esa manera.

Para mí, y esto era lo único valioso, mi papá había sido el hombre que aceptó llevarme, luego de su trabajo, hasta el de mi mamá, y así dejarme a su cuidado por el resto de la tarde, guardándose para para él los riesgos a los que había estado expuesto conmigo atrás de su bicicleta. Siempre con la vista segura en el frente, confiando en que su silencio contendría la respuesta a todas las dudas que yo tuviera en el camino, para que en esos momentos pudiera sentirme libre de celebrar con tranquilidad la competencia en la que acabábamos de triunfar.

Ahora ese hombre que había sido mi papá estaba muerto. Si en él había algo de temor ante el hecho de que sus restos fueran transportados por un extraño, podría estar tranquilo. Lo mejor sería que se habituara a descansar en paz. Me encargaría de que nada malo ocurriera en el último viaje que haríamos juntos en esta vida.